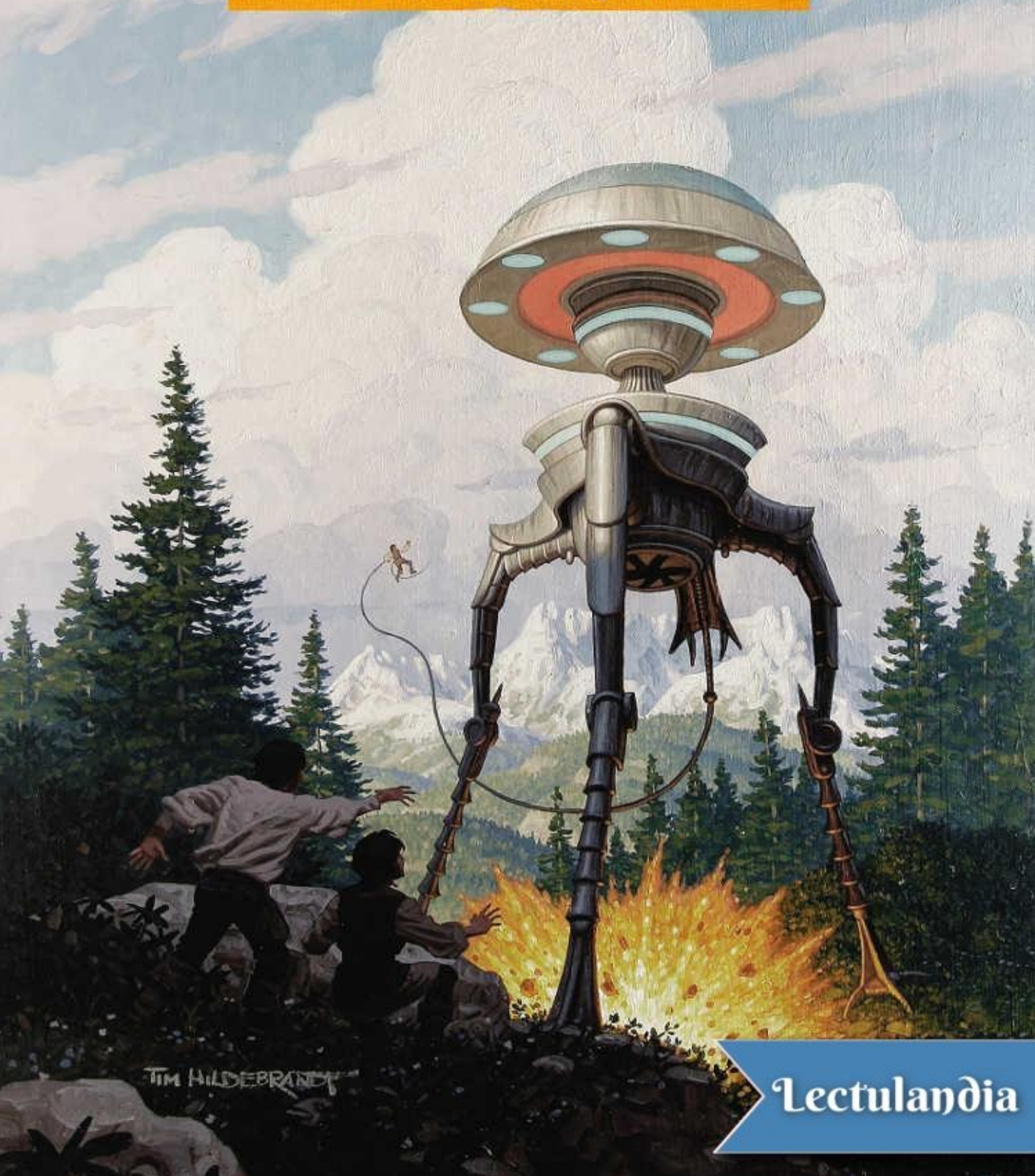


La trilogía de los Trípodes

Las Montañas Blancas

John Christopher



TIM HILDEBRAND

Lectulandia

Una raza alienígena, compuesta por gigantescos robots, los Trípodes, ha dominado la Tierra, reduciendo a todos sus habitantes a la esclavitud. Controlan a los humanos mediante la inserción en sus cráneos de una placa metálica. A partir del día de la solemne Ceremonia de la Placa, que tiene lugar a los catorce años, los chicos y las chicas son considerados ya como personas mayores. ¿Personas? ¿Se puede ser persona si no se posee libertad, si no se es dueño de los propios pensamientos? ¿Vale la pena la esclavitud mental a cambio del bienestar material? A Will Parker, un muchacho que está a punto de recibir la Placa se le plantean serias dudas. Un encuentro casual con un miembro de la casta de los Vagabundos le proporciona una revelación: todavía quedan algunos hombres dispuestos a luchar por mantener su independencia. Habitan en unas lejanas montañas, al otro lado del mar. Will decide llegar hasta ellos, junto con su antiguo enemigo Henry y otro curioso y reconcentrado muchacho, llamado Larguirucho. Tierras extrañas, gentes diversas y los Trípodes, agresivos y omnipresentes... Pero las Montañas Blancas se alzan a lo lejos como una llamada de libertad.

Lectulandia

John Christopher

Las Montañas Blancas

Trilogía de los trípodes - 1

ePUB v1.0

Almutamid 04.07.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The White Mountains*

Autor: John Christopher, 1967

Traducción: Eduardo Lago

Ilustración portada: Tim Hildebrandt

Editor original: Almutamid (v1.0)

ePub base v2.0

VOLUMEN I

CAPÍTULO 1

LA CEREMONIA DE LA PLACA

Sin contar el de la torre de la iglesia, en el pueblo había cinco relojes que marcaban la hora aceptablemente, y uno era de mi padre. Estaba en el salón, en la repisa de la chimenea, y todas las noches, antes de acostarse, mi padre sacaba la llave de un florero y le daba cuerda. Una vez al año venía el relojero desde Winchester, trotando a lomos de un viejo caballo de carga, para limpiarlo, engrasarlo y rectificarlo. Después tomaba manzanilla con mi madre y le contaba las novedades de la ciudad, así como lo que había oído en los pueblos por los que había pasado. En aquel momento mi padre, si no estaba moliendo, se iba con paso arrogante, haciendo algún comentario desdeñoso sobre el chismorre; pero luego, a la noche, yo oía cómo mi madre le contaba aquellas historias. Él no mostraba gran entusiasmo, pero les prestaba oídos.

No obstante, el gran tesoro de mi padre no era el reloj, sino el Reloj, con mayúscula. Se trataba de un reloj en miniatura, con una esfera que tenía menos de una pulgada de diámetro y una correa para ponérselo en la muñeca, y que estaba guardado con llave en un cajón de su escritorio; sólo lo sacaba para ponérselo en las grandes celebraciones, como el Festival de la Cosecha o la Ceremonia de la Placa. Al relojero sólo se le permitía que lo viera una vez cada tres años y en tales ocasiones mi padre permanecía de pie junto a él, viendo cómo trabajaba. No había ningún otro Reloj en el pueblo, ni tampoco en los pueblos de los alrededores. El relojero decía que en Winchester había varios, pero que ninguno era tan bueno como éste. Yo no sabía si lo decía para agradar a mi padre, que daba claras muestras de satisfacción al oírlo, pero creo que se trataba genuinamente de una pieza de artesanía muy buena. La caja del Reloj era de un acero muy superior a ninguno que pudieran fabricar en la fragua de Alton, y la maquinaria era un portento de complejidad y técnica. En la parte delantera se veía escrito «Antimagnetique» e «Incabloc», lo cual nosotros suponíamos sería el nombre del artesano que lo hizo.

La semana anterior nos visitó el relojero y a mí me dieron permiso para mirar un rato mientras él limpiaba y engrasaba el Reloj. El espectáculo me fascinó y, después de que se fuera, me encontré con que mis pensamientos no dejaban de ocuparse de aquel tesoro, nuevamente encerrado bajo llave en su cajón. Naturalmente, a mí me estaba prohibido tocar el escritorio de mi padre, y la mera posibilidad de abrir uno de sus cajones, cerrado con llave, ni tendría que haberseme ocurrido. Sin embargo, la idea seguía allí. Y uno o dos días después me confesé a mí mismo que lo único que me detenía era el miedo a que me cogieran.

El sábado por la mañana me encontré con que estaba solo en casa. Mi padre estaba en el molino, moliendo, y se había llevado a los criados —incluso a Molly, que

normalmente no sale de casa durante el día—, para que ayudaran. Mi madre había ido a visitar a la anciana señora Ash, que estaba enferma, y estaría fuera al menos una hora. Yo había terminado los deberes y aquella luminosa mañana de mayo nada me impedía salir a buscar a Jack. Pero lo que ocupaba completamente mi cabeza era la idea de que tenía la oportunidad de contemplar el Reloj con poco riesgo de que me descubrieran.

Yo me había fijado en que la llave estaba guardada junto a las demás llaves en una cajita, al lado de la cama de mi padre. Había cuatro, y la tercera era la que abría el cajón. Saqué el Reloj y me quedé mirándolo. Estaba parado, pero yo sabía que se le daba cuerda y que se ponían las manecillas en hora accionando un botoncito lateral. Si sólo le daba un par de vueltas se volvería a parar enseguida, —no fuera que a mi padre se le ocurriera echarle un vistazo aquel día, un poco más tarde—. Así lo hice, y me quedé escuchando su golpeteo rítmico y suave. Luego lo puse en hora por el reloj de la chimenea. Después de eso ya sólo me quedaba ponérmelo en la muñeca. Incluso ajustándomelo en el primer agujero, la correa me quedaba floja; pero tenía el Reloj puesto.

Una vez alcanzado lo que me había parecido una ambición insuperable descubrí —me parece que es lo que suele suceder—, que me seguía faltando algo. Llevarlo puesto era un triunfo, pero que te vieran con él puesto... Le había dicho a mi primo, Jack Leeper que le vería aquella mañana en las antiguas ruinas situadas a un extremo del pueblo. Jack, que tenía casi un año más que yo y que iba a ser presentado en la próxima Ceremonia de la Placa, era la persona que yo más admiraba después de mis padres. Sacar el Reloj de casa significaba convertir la desobediencia en algo desmesurado, pero como ya había ido tan lejos, me resultó más fácil pensar en ello. Una vez decidido, tomé la determinación de no perder ni un segundo del precioso tiempo de que disponía. Abrí la puerta principal, metí muy dentro del bolsillo del pantalón la mano en que llevaba el Reloj y salí corriendo calle abajo.

El pueblo estaba situado en un cruce de caminos; la carretera que pasaba por delante de nuestra casa discurría paralela al río (éste le suministraba energía al molino, por supuesto) y la segunda carretera lo cruzaba a la altura del vado. Junto al vado había un pequeño puente de madera para los viandantes y yo lo crucé deprisa, fijándome en que el río estaba más crecido de lo normal debido a las lluvias primaverales. Mi tía Lucy se acercaba al puente cuando yo salía del mismo por el extremo opuesto. Me saludó de lejos y contesté el saludo, después de tomar la precaución de pasar al otro lado de la carretera. Allí se encontraba la panadería, con bandejas de bollos y pasteles expuestas, y era lógico que yo me encaminara allí: tenía un par de peniques en el bolsillo. Pero pasé de largo corriendo y no aminoré la marcha a un paso normal hasta llegar al punto donde las casas se dispersaban y por fin desaparecían.

Las ruinas estaban cien yardas más allá. A un lado de la carretera se encontraba el prado de Spiller, donde pastaban las vacas, pero por mi lado había un seto de espino y, detrás, un campo de patatas. Pasé ante un claro del seto sin mirar, tan concentrado estaba en lo que le iba a enseñar a Jack, y un momento después me sorprendió un grito desde atrás. Reconocí la voz de Henry Parker.

Henry, al igual que Jack, era primo mío, —yo me llamo Will Parker— pero, a diferencia de Jack, no era mi amigo. (Yo tenía varios primos en el pueblo: la gente no solía viajar lejos para casarse). Tenía un mes menos que yo, pero era más alto y más robusto y, que yo recordara, nos odiábamos desde siempre. Cuando nos tocaba pelear, cosa que sucedía muy frecuentemente, yo estaba en desventaja física y tenía que recurrir a la agilidad y rapidez si no quería perder. Había aprendido de Jack algunas técnicas de lucha, lo cual me había permitido el año pasado afianzar mi habilidad, y en el último encuentro que tuvimos conseguí derribarlo con fuerza suficiente para hacerle una llave y dejarle boqueando sin aliento. Pero para la lucha libre se necesitan las dos manos. Hundí más la mano izquierda en el bolsillo y, sin responder a su llamada, seguí corriendo en dirección a las ruinas.

Sin embargo lo tenía más cerca de lo que creía, corriendo vigorosamente en pos de mí mientras profería amenazas. Aceleré, miré hacia atrás para ver la delantera que le llevaba y cuando quise darme cuenta patiné en un charco de barro. (En el interior del pueblo había adoquines, pero aquí fuera la carretera estaba tan mal como siempre, y las lluvias lo habían agravado). Luché denodadamente tratando de mantenerme en pie, pero no quise, hasta que fue demasiado tarde, sacar la otra mano para ayudarme a conservar el equilibrio. En consecuencia, fui resbalando y haciendo aspavientos hasta que al fin me caí. Antes de poder recuperarme, Henry estaba de rodillas encima de mí, sujetándome la parte posterior de la cabeza con la mano y hundiéndome la cara en el barro.

En circunstancias normales esta actividad le habría satisfecho durante algún tiempo, pero se encontró algo más interesante. Al caer, yo había empleado instintivamente las dos manos para protegerme y él vio el Reloj que llevaba en la muñeca. Un momento después me lo había quitado y se había puesto en pie para examinarlo. Me levanté como pude e intenté arrebatárselo, pero él lo sostenía con facilidad por encima de su cabeza, fuera de mi alcance.

Dije, jadeando:

—¡Devuélveme eso!

—No es tuyo, —dijo—. Es de tu padre.

Me daba un miedo atroz que el Reloj pudiera haber sufrido algún desperfecto, o incluso haberse roto cuando me caí, pero aun así traté de meter la pierna entre las tuyas para hacerle caer. Me esquivó, dio un paso atrás y dijo:

—No te acerques, —se preparó como para arrojar una piedra—. Si no, probaré a

ver hasta dónde lo lanzo.

—Como lo hagas, —dije—, te darán una paliza.

En su cara gorda apareció una sonrisa.

—A ti también. Y tu padre pega más fuerte que el mío. Te diré lo que voy a hacer: me lo quedaré prestado algún tiempo. Puede que te lo devuelva esta tarde. O mañana.

—Alguien te verá con él.

Él volvió a sonreír.

—Me arriesgaré.

Me agarré a él: pensaba que lo de tirarlo era un farol. Casi le hago perder el equilibrio, pero no lo conseguí. Nos enzarzamos, nos tambaleamos y después caímos juntos rodando hasta la cuneta. Estaba algo encharcada pero seguimos peleándonos, incluso después de que llegara hasta nosotros una voz desafiante. Jack, —pues fue él quien nos dijo que nos levantásemos— tuvo que bajar y separarnos por la fuerza. Esto no le resultó difícil. Era tan corpulento como Henry y además tenía una fuerza tremenda. Nos subió a rastras a la carretera; fue directamente al grano, le quitó el Reloj a Henry y lo despidió con un cachete en la parte posterior del cuello.

Yo dije, lloroso:

—¿Está bien?

—Creo que sí —lo examinó y me lo entregó—. Pero eres un idiota por haberlo traído.

—Quería enseñártelo.

—No valía la pena, —dijo, concisamente—. De todos modos, será mejor que nos ocupemos de devolverlo. Te echaré una mano.

Desde que tengo memoria, Jack siempre estaba dispuesto a echarme una mano. Qué raro, pensé camino del pueblo, saber que dentro de algo más de una semana me iba a quedar solo. Ya se habría celebrado la Ceremonia de la Placa, y Jack habría dejado de ser un muchacho.

Jack montó guardia mientras yo guardaba el Reloj en su sitio y volvía a poner la llave del cajón donde la había encontrado. Me cambié los pantalones y la camisa, que estaban mojados y sucios, y volvimos sobre nuestros pasos, camino de las ruinas. Nadie sabía qué habían sido antaño aquellas construcciones, y creo que una de las cosas que nos atraía era una inscripción que había en una placa de metal mellada y oxidada:

PELIGRO
6.600 VOLTIOS

No teníamos ni idea de lo que habrían sido los Voltios, pero la noción de peligro, por remota que fuera, resultaba emocionante. Había más letras, pero la herrumbre había destruido casi todo. «Lect ci dad»: Quizá las últimas letras significaban ciudad y lo demás fuese un nombre medio borrado; nos preguntábamos si sería el nombre de la ciudad de la que procedía aquello.

Algo más allá estaba la guarida construida por Jack. Se llegaba a ella atravesando un arco medio desmoronado; el interior era seco y disponía de un sitio para hacer fogatas. Jack había encendido el fuego antes de salir a buscarme y había despellejado, limpiado y ensartado un conejo en una vara y lo tenía listo para asar. En casa no faltaba comida —los sábados la comida de medio día era siempre muy abundante—, pero esto no impedía que yo aguardara con impaciencia golosa la perspectiva de comer conejo asado con patatas a la brasa. Tampoco iba a impedirme hacer justicia al pastel de carne que tenía mi madre en el horno. Aunque yo era más bien menudo, tenía buen apetito.

Vigilábamos y olíamos el conejo mientras se hacía en medio de un silencio cordial. Nos llevábamos muy bien sin necesidad de hablar mucho, aunque normalmente yo siempre tenía la lengua preparada. Demasiado preparada, quizá. Sabía que buena parte del problema con Henry era consecuencia de mi incapacidad para contenerme cuando veía alguna posibilidad de tomarle el pelo.

Cualesquiera que fuesen las circunstancias, Jack nunca hablaba mucho, pero para sorpresa mía, después de un rato rompió el silencio. Al principio habló de cosas sin importancia, comentando sucesos que habían tenido lugar en el pueblo, pero a mí me daba la sensación de que estaba tratando de desviarse hacia algo distinto, algo más importante. Después se detuvo, se quedó callado, mirando fijamente durante un par de segundos el cuerpo crujiente del animal, y dijo:

—Este lugar será tuyo después de que me pongan la Placa.

No sabía bien qué decir. Me imagino que, de haberlo pensado alguna vez, habría supuesto que me cedería la guarida, pero no había pensado en ello. No se solía pensar demasiado en cosas que estuvieran relacionadas con la inserción de la Placa y, desde luego, no se hablaba de ello. Que entre toda la gente fuera precisamente Jack el que lo hiciera resultaba sorprendente, pero lo que dijo a continuación fue más sorprendente aún:

—En cierto modo, —dijo—, casi tengo la esperanza de que no resulte. No estoy seguro de no preferir ser un Vagabundo.

Debería decir algo sobre los Vagabundos. Por lo general, había unos cuantos en cada pueblo, —que yo supiera, en aquel momento había cuatro en el nuestro—, pero el número cambiaba constantemente porque algunos se iban y otros ocupaban su lugar. A veces trabajaban en algo, pero tanto si lo hacían como si no, el pueblo les daba sustento. Vivían en la Casa de los Vagabundos, que en nuestro caso se

encontraba situada en la intersección de las dos carreteras y era más grande que las demás casas, a excepción de unas pocas (entre las cuales se encontraba la de mi padre). Podía albergar sin problemas a una docena de Vagabundos y, en algunas ocasiones, casi se alcanzó ese número. Se les daba comida, —sin lujos, pero bastante decente— y un criado se ocupaba del lugar. Cuando la casa estaba completa se enviaban más criados para que ayudasen.

Lo que se sabía, aunque no se comentaba, era que los Vagabundos eran gente con la cual la inserción de la Placa había salido mal. Tenían Placa, igual que la gente normal, pero no funcionaba bien. Cuando esto iba a suceder, generalmente aparecían síntomas uno o dos días después de la inserción: la persona a la que le habían puesto la Placa se mostraba acongojada y aquel estado se intensificaba con los días, hasta que al fin se convertía en una fiebre cerebral. Se apreciaba claramente que padecían grandes dolores. Afortunadamente la crisis no duraba mucho; afortunadamente también sólo sucedía raras veces. En la inmensa mayoría de los casos la inserción de la Placa era un éxito rotundo. Me parece que sólo una de cada veinte veces daba lugar a un Vagabundo.

Cuando volvía a sentirse bien, el Vagabundo iniciaba su incesante errar. Él o ella; porque de vez en cuando pasaba con una chica, aunque era mucho más raro. Si la causa era que se veían a sí mismos al margen de la comunidad de gente normal, o bien era que la fiebre había provocado en ellos un desasosiego permanente, eso era algo que yo no sabía. El caso es que se iban y vagabundeaban por la tierra, parando un día aquí, puede que hasta un mes allá, pero siempre cambiando de lugar. Indudablemente sus mentes quedaban afectadas. Ninguno era capaz de atenerse a una sucesión prolongada de pensamientos, y muchos veían visiones y hacían cosas raras.

Se les aceptaba como algo que está ahí y se les cuidaba pero, al igual que ocurría con la inserción de la Placa, no se hablaba mucho de ellos. Los niños, por lo general, los veían con suspicacia y los evitaban. Ellos, a su vez, tenían aspecto melancólico y no hablaban mucho, ni siquiera entre sí. Me sorprendía muchísimo oírle decir a Jack que medio quería ser un Vagabundo, y no sabía qué contestarle. Pero él no parecía necesitar ninguna respuesta. Dijo:

—El Reloj... ¿Alguna vez piensas en cómo debió de ser la época en que se hacían cosas así?

Lo hacía de vez en cuando, pero se trataba de otro asunto en relación al cual no se estimulaba la especulación, y Jack jamás me había hablado de aquel modo. Dije:

—¿Antes de los Trípodes?

—Sí.

—Bueno, sabemos que era la Edad Negra. Había demasiada gente y faltaban alimentos, de modo que la gente pasaba hambre y luchaban unos contra otros, y había toda clase de enfermedades y...

—Y se hacían cosas como el Reloj. Las hacían los hombres, no los Trípodes.

—Eso no lo sabemos.

—¿Te acuerdas, —preguntó—, hace cuatro años, cuando estuve en casa de mi tía Matilda?

Me acordaba. Era tía suya, no mía, aunque fuéramos primos: se había casado con un extranjero. Jack dijo:

—Vive en Bishopstoke, al otro lado de Winchester. Un día salí de paseo y llegué hasta el mar. Vi las ruinas de una ciudad que debió de ser veinte veces más grande que Winchester.

Yo había oído hablar de las grandes ciudades en ruinas de los antiguos, por supuesto. Pero también se hablaba poco de ellas, y cuando se hacía era con desaprobación y con un poco de miedo. A nadie se le ocurriría acercarse a ellas. Resultaba inquietante incluso mirarlas, como había dicho Jack. Dije:

—Era en esas ciudades donde había tanta matanza y enfermedad.

—Eso nos cuentan. Pero yo vi una cosa allí. Era el casco de un barco, estaba corroído por el óxido, de modo que por algunas partes se veía de lado a lado. Y era más grande que el pueblo. Mucho más grande.

Enmudecí. Estaba tratando de imaginármelo, de verlo mentalmente tal como él lo había visto en la realidad. Pero mi mente no podía aceptarlo.

Dijo Jack:

—Y lo construyeron los hombres. Antes de que llegaran los Trípodes.

Nuevamente no daba con las palabras. Por fin dije, sin convicción:

—Ahora la gente es feliz.

Jack dio una vuelta al asador del conejo. Después de un rato, dijo:

—Sí. Supongo que tienes razón.

El buen tiempo duró hasta el Día de la Placa. De la mañana a la noche la gente trabajaba en los campos, cortando hierba para hacer heno. La lluvia había sido tan copiosa que la hierba se elevaba lujurante, promesa de un buen forraje invernal. El Día en cuestión, por supuesto, era festivo. Después del desayuno fuimos a la iglesia y el sacerdote habló de los derechos y deberes inherentes al hecho de ser hombre, condición a la que Jack iba a acceder. No habló de la condición femenina porque no iban a insertarle la Placa a ninguna chica. En efecto, allí estaba Jack, en pie, solo, vestido con la túnica blanca que estaba prescrita. Le miré, preguntándome qué sentiría, pero cualesquiera que fuesen sus emociones, no las dejaba traslucir.

Ni siquiera cuando, acabada la ceremonia religiosa, aguardábamos en pie delante de la iglesia la llegada del Trípode. Las campanas tocaban el Repique de la Placa, pero aparte de esto todo estaba en silencio. Nadie hablaba, ni susurraba, ni sonreía. Sabíamos que para todos los que recibieron la Placa, aquélla había sido una gran

experiencia. Hasta los Vagabundos acudían y permanecían en pie, manteniendo aquel silencio profundo. Pero para nosotros los niños el tiempo se alargaba de un modo desesperante. ¿Y para Jack, que estaba aparte de todos, en mitad de la calle? Sentí por primera vez un escalofrío de miedo al darme cuenta de que en la siguiente Ceremonia de la Placa yo estaría allí de pie. No estaría solo, desde luego, porque se haría la presentación de Henry conjuntamente con la mía. Aquel pensamiento no me proporcionó un gran consuelo.

Por fin oímos a lo lejos, por encima del tañido de las campanas, el profundo y potente tableteo y todo el mundo dejó escapar una especie de suspiro. El sonido se hizo más cercano y entonces, de repente, pudimos verlo por encima de los tejados de las casas que daban al sur: el gran hemisferio metálico se mecía en el aire sobre las tres patas articuladas, tres veces más alto que la iglesia. Su sombra pasó ante ésta y cayó sobre nosotros cuando se detuvo, con dos patas a horcajadas sobre el río y el molino. Aguardábamos, y ahora yo me estremecí de verdad, incapaz de detener los temblores que recorrían mi cuerpo.

Sir Geoffrey, nuestro Señor Feudal, dio un paso adelante e hizo una reverencia breve y rígida en dirección al Trípode; era un anciano y no podía inclinarse mucho ni con facilidad. Y entonces descendió uno de los enormes tentáculos bruñidos, con suavidad y precisión, y su extremo se enroscó en la cintura de Jack y lo levantó por los aires hasta un agujero que se abría como una boca en el hemisferio, y lo engulló.

Al principio de la tarde se celebraron juegos y la gente circulaba por el pueblo, haciendo visitas, riendo y charlando, y los hombres y mujeres jóvenes que estaban solteros paseaban juntos por los campos. Luego, al atardecer, tuvo lugar la Fiesta, disponiéndose mesas en la calle, pues seguía haciendo buen tiempo, y el olor a carne asada se mezclaba con los olores de la cerveza, la sidra y la limonada, y con los de toda clase de pasteles y púdines. Del exterior de las casas colgaban lámparas; las encenderían cuando oscureciese, y brillarían como flores amarillas a lo largo de la calle. Pero antes de que empezara la fiesta, nos fue devuelto Jack.

Primero se oyó el sonido distante, después vinieron el silencio y la espera, y las pisadas de los gigantescos pies, que conmovían la tierra. El Trípode se detuvo como antes, en un lateral del hemisferio se abrió la boca, y entonces descendió velozmente el tentáculo, depositando a Jack en el lugar que se le había asignado, a la derecha de Sir Geoffrey. Yo estaba muy alejado, en un extremo, con los niños, pero podía verle bien. Tenía aspecto pálido, pero por lo demás su rostro no estaba nada cambiado. La diferencia estribaba en la cabeza, blanca y afeitada, de la que sobresalía como una tela de araña un metal de tono más oscuro con un diseño geométrico. Pronto le volvería a crecer el pelo, por encima y alrededor del metal y, como él tenía el pelo negro y tupido, al cabo de unos meses la Placa sería casi imperceptible. Aunque de

todos modos seguiría allí, formando parte de él hasta el día en que se muriera.

Sin embargo aquél era un momento de regocijo y alegría. Era un hombre y mañana desempeñaría el trabajo de un hombre y recibiría la paga de un hombre. Le cortaron la mejor tajada de carne y se la trajeron junto con una espumosa jarra de cerveza suave, y Sir Geoffrey brindó por su salud y su fortuna. Yo olvidé mis temores de antes y le envidié, pensando que al año siguiente yo me encontraría allí, transformado en hombre.

Al día siguiente no vi a Jack, pero al otro me lo encontré cuando, después de acabar los deberes, me encaminaba a la guarida. Iba con otros cuatro o cinco hombres, de regreso de los campos. Lo llamé, sonrió y, tras un momento de duda, dejó que los demás siguieran. Estábamos cara a cara, a sólo unas yardas del lugar donde, hacía poco más de una semana, nos separó a Henry y a mí. Pero las cosas eran muy distintas.

Dije:

—¿Qué tal estás?

No era simplemente una pregunta cortés. A estas alturas, si la inserción de la Placa había de fallar, él ya sentiría los dolores y el desasosiego que, a su debido tiempo, acabarían convirtiéndolo en un Vagabundo. Dijo:

—Estoy bien, Will.

Vacilé y le esperé:

—¿Qué se siente?

Negó con la cabeza.

—Sabes que no está permitido hablar de eso. Pero te puedo prometer que no te hará daño.

Dije:

—¿Pero por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué tienen que llevarse los Trípodes a la gente y ponerles una Placa? ¿Qué derecho tienen?

—Lo hacen por nuestro bien.

—Pero no veo por qué ha de ser así. Prefiero seguir como soy.

Sonrió.

—Ahora no puedes entenderlo, pero cuando ocurra lo entenderás. Es... —hizo un gesto negativo con la cabeza—. No puedo describirlo.

—Jack, —dije yo—, he estado pensando, —él aguardó sin demasiado interés—, en lo que dijiste acerca de las cosas maravillosas que hacían los hombres antes de los Trípodes.

—Eso eran tonterías, —dijo, se dio la vuelta y siguió camino del pueblo. Lo

observé un tiempo y después, sintiéndome muy solo, me dirigí hacia la guarida.

CAPÍTULO 2

ME LLAMO OZYMANDIAS

Hasta que no le pusieron la Placa no me di cuenta de lo mucho que había dependido de Jack en el pasado por lo que a camaradería se refiere. Nuestra alianza me había aislado de los demás chicos que tenían aproximadamente mi edad, tanto en el pueblo como en los alrededores. Me imagino que habría sido posible superar aquello, —por lo pronto, Joe Beith, el hijo del carpintero, trataba de ser amigo mío—, pero dado el estado de ánimo en que me encontraba, prefería estar solo. Solía bajar a la guarida y quedarme horas sentado pensando en todo. Una vez vino Henry, hizo algunos comentarios burlones y nos peleamos. Estaba tan enfadado que le gané claramente y después de eso se mantuvo apartado de mi camino.

De vez en cuando veía a Jack e intercambiábamos palabras carentes de significado. Su actitud hacia mí era afable y distante: en ella había indicios de una amistad que había quedado interrumpida, daba a entender que él aguardaba en la otra orilla de un abismo; a su debido tiempo yo lo cruzaría y entonces todo volvería a ser como antes. Sin embargo esto no me reconfortaba, pues a quien yo echaba de menos era al antiguo Jack, y éste había desaparecido para siempre. ¿Igual que me sucedería a mí? La idea me aterraba y yo procuraba desdeñarla, pero siempre volvía a mí.

Por alguna razón, en medio de mis dudas, temores y reflexiones, me di cuenta de que me estaba interesando por los Vagabundos. Recordé la observación de Jack y me pregunté qué habría sido de él si hubiera fallado la inserción de la Placa. A estas alturas lo más seguro es que se hubiera ido del pueblo. Miraba a los Vagabundos que vivían entre nosotros y pensaba que ellos, en sus pueblos, habrían sido un día como Jack y yo: cuerdos, felices, y con proyectos de futuro. Yo era el único hijo que tenía mi padre y de mí se esperaba que algún día me ocupara del molino. Pero si cuando me pusieran la Placa no resultaba bien...

Había tres, dos recién llegados y un tercero que llevaba varias semanas entre nosotros. Era un hombre de la edad de mi padre, pero llevaba la barba descuidada, tenía el pelo ralo y gris, y a través del mismo se apreciaba la mala de la placa. Se pasaba el tiempo recogiendo piedras en los campos cercanos al pueblo y con ellas estaba erigiendo una señal, junto a la Casa de los Vagabundos. Puede que recogiera unas veinte piedras al día, cada una aproximadamente del tamaño de medio ladrillo. Era imposible entender por qué prefería una piedra y no otra, o cuál era el objeto de aquella señal. Hablaba muy poco y empleaba las palabras como lo hacen los niños que están aprendiendo a hablar.

Los otros dos eran mucho más jóvenes, a uno de ellos seguramente no haría más de un año que le habían puesto la Placa. Hablaba mucho y lo que decía parecía casi tener sentido, pero nunca lo tenía del todo. El tercero, unos años mayor, era capaz de

hablar de modo inteligible, pero no lo hacía con frecuencia. Parecía hallarse sumido en una gran tristeza, y se pasaba todo el día tumbado junto a la Casa, mirando fijamente el cielo.

Se quedó cuando los otros se fueron; el joven lo hizo por la mañana y el que erigió la señal de piedras por la tarde del mismo día. Allí quedó el montón de piedras, inacabado y carente de significado. Aquella tarde lo contemplé y me pregunté qué estaría haciendo yo dentro de veinticinco años. ¿Moler grano en el molino? Puede. O puede que errar por el campo, viviendo de limosnas y haciendo cosas inútiles. Ignoro por qué razón la alternativa no consistía, como yo había supuesto, en algo tan sencillo como escoger entre el blanco y el negro. No sabía por qué, pero me parecía vislumbrar el significado de lo que Jack dijo aquella mañana en la guarida.

El nuevo Vagabundo llegó al día siguiente; cuando me dirigía a la guarida le vi venir por la carretera del oeste. Me pareció que tendría treinta y tantos años, y era un hombre de complexión fuerte, pelirrojo y barbudo. Llevaba una vara de fresno y el acostumbrado hatillo a la espalda, y al tiempo que caminaba iba entonando, bastante armoniosamente, una canción.

—Chico, —dijo—, ¿cómo se llama este lugar?

—Se llama Wherton, —le dije.

—Wherton, —repitió—. Ah, es el pueblo más bonito de la llanura; aquí no hay angustia, aquí no hay dolor. ¿Me conoces, muchacho?

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—No.

—Yo soy el rey de esta tierra. Mi esposa era la reina de un país lluvioso, pero la dejé llorando. Me llamo Ozymandias. Contemplad mis obras, poderoso, y desesperad.

Decía tonterías, pero por lo menos hablaba y las palabras eran comprensibles. Sonaban un poco a poesía y recordé que el nombre de Ozymandias aparecía en un poema que leí en un libro, uno de los doce que había en el estante del salón. Cuando prosiguió en dirección al pueblo, fui tras él. Volvió la vista atrás y dijo:

—¿Me seguís, muchacho? ¿Queréis ser mi paje? Ay, ay. El zorro tiene su madriguera y el pájaro se refugia en el roble grande y frondoso, pero el hijo del hombre no tiene donde reposar su cabeza. Así pues, ¿no tienes ningún asunto propio?

—Nada importante.

—Nada es importante, cierto, pero ¿qué ha de hacer un hombre para encontrar Nada? ¿Dónde habrá de buscar? Te digo que si yo pudiera encontrar Nada, no sería rey, sino emperador. ¿Quién vive en la Casa este día y a esta hora?

Supuse que hablaba de la Casa de los Vagabundos.

—Sólo hay uno, —dije—. No sé cómo se llama.

—Su nombre será Estrella. ¿Y el tuyo?

—Will Parker.

—Will es un buen nombre. ¿A qué se dedica tu padre, Will? Vas muy bien vestido para ser hijo de un trabajador.

—Lleva el molino.

—Y el eterno estribillo de su canción parece ser: No me importa nadie, no, a mí no, y a nadie le importo yo. ¿Tienes muchos amigos, Will?

—No. No muchos.

—Buena respuesta. Pues aquel que proclama tener muchos amigos revela no tener ninguno.

Dije, obedeciendo a un impulso que me sorprendió cuando reflexioné sobre ello:

—En realidad no tengo ninguno. Tenía uno, pero le pusieron la Placa hace un mes.

Se paró en la carretera y así lo hice yo también. Estábamos en las afueras del pueblo, frente a la casa de la viuda Ingold. El Vagabundo me miró atentamente.

—Ningún asunto, al menos de importancia y ningún amigo. Alguien que habla con los Vagabundos y va con ellos. ¿Cuántos años tienes, Will?

—Trece.

—Eres pequeño para eso. ¿Entonces el verano que viene te pondrán la Placa?

—Sí.

Vi que la viuda Ingold nos observaba a través de las cortinas. El Vagabundo también dejó escapar una ojeada en aquella dirección y súbitamente inició en la carretera un bailoteo breve y estrafalario. Cantó con voz cascada:

*—¿Quién en el bosque bajo el árbol frondoso
Conmigo quiere echarse y cantar armonioso
Entonando alegres notas, como canta
Aquel pajarillo de dulce garganta?*

Todo lo que quedaba de camino hasta la Casa de los Vagabundos se lo pasó diciendo tonterías y yo me alegré cuando nos separamos.

Mi preocupación por los Vagabundos no había pasado desapercibida y aquella tarde mi padre me regañó por ello. En algunas ocasiones era severo, pero las más de las veces era bondadoso; esto estaba en relación con su forma de entender las cosas, pero él veía el mundo compuesto de matices muy simples, todo era blanco o negro, y le costaba mucho aceptar cosas que le parecían estupideces. Él no era capaz de ver ningún sentido en el hecho de que un muchacho anduviera merodeando por la Casa de los Vagabundos: se les tenía lástima y era un deber humanitario darles comida y techo, pero ahí debiera terminar la cosa. Aquel día me habían visto con el último que

llegó, el cual parecía estar aún más loco que la mayoría. Era algo estúpido y servía de pretexto para las habladurías. Él esperaba no volver a oír más rumores así y yo no debía ir a la Casa de los Vagabundos bajo ningún concepto. ¿Lo entendía?

Indiqué que sí. Me di cuenta de que no se trataba sólo de que le preocupara que la gente hablara de mí. Puede que estuviera dispuesto a prestar oídos, de un modo distanciado, a las noticias procedentes de otros pueblos y de la ciudad, pero el chismorreo y los comentarios malintencionados sólo merecían su desprecio.

Yo me preguntaba si lo que temía no sería algo totalmente distinto y mucho peor. De niño, un hermano suyo, mayor que él, se había convertido en Vagabundo. En nuestra casa jamás se habló de aquello, pero Jack me lo había contado hacía mucho. Había quienes decían que esta especie de debilidad reaparecía en las familias; y acaso él pensara que mi interés por los Vagabundos era un mal presagio con respecto a la Ceremonia de la Placa que tendría lugar dentro de un año. Esto no era lógico, pero yo sabía que una persona incapaz de soportar la necesidad ajena podía sin embargo tener fallos propios.

Por lo que, teniendo en cuenta esto y la vergüenza que sentí por la forma de comportarse del nuevo Vagabundo en presencia de los demás, tomé una especie de resolución en el sentido de obrar como se me había ordenado, y estuve un par de días bien alejado de los Vagabundos. Dos veces vi al hombre que se llamaba a sí mismo Ozymandias payaseando y hablando solo en la calle, y me escabullí. Pero al tercer día fui al colegio no por el camino de atrás, siguiendo el sendero que va a lo largo de la orilla del río, sino que salí por la puerta principal y pasé por delante de la puerta de la iglesia. Y por delante de la Casa de los Vagabundos. No había ni rastro de ninguno, pero cuando regresaba a mediodía, vi a Ozymandias, que venía en dirección contraria. Aceleré el paso y nos encontramos en el cruce.

Dijo:

—¡Bienvenido, Will! No os he visto todos estos muchos días. ¿Habéis tenido enfermedad alguna, muchacho? ¿Una plaga? ¿O por casualidad un vulgar resfriado?

En él había algo que me había interesado, incluso fascinado, y aquello fue lo que me llevó hasta allí, con la esperanza de volver a encontrármelo. Admití aquello pero, en el momento de admitirlo, reparé una vez más en las cosas que me habían mantenido alejado. Inmediatamente junto a nosotros no había nadie, sólo otros niños que venían del colegio y no estaban mucho más atrás; algunas personas que me conocían estaban al otro lado del cruce.

Dije yo:

—He estado ocupado, haciendo cosas, —y me dispuse a continuar.

Me puso la mano en el brazo:

—¿Queréis pararos, Will? Aquel que carece de amigos puede viajar a su paso y detenerse, cuando así lo quiera, para conversar unos minutos.

—Tengo que volver, —dije—. La comida ya estará.

Había apartado la vista de él. Tras una breve pausa, dejó caer la mano.

—Entonces no dejes que te retenga, Will, pues aunque no sólo de pan vive el hombre, el pan es lo primero que precisa.

Su tono era desenfadado, pero a mí me pareció detectar algo más. ¿Decepción? Eché a andar, pero después de dar unos pasos me detuve y volví la vista. Aún seguía mirándome. Dije en voz baja, atropelladamente:

—¿Sales al campo alguna vez?

—Cuando hace sol.

—Siguiendo la carretera donde te encontré... hay unas ruinas a la derecha... allí tengo una guarida, en el lado de más allá, el que está cerca del bosquecillo... la entrada es un arco derruido y fuera hay una piedra antigua de color rojo que parece un asiento.

Él dijo suavemente:

—Entiendo, Will. ¿Pasas mucho tiempo allí?

—Normalmente voy allí después del colegio.

Asintió.

—Hazlo.

De un modo brusco, apartó la vista de mí y la elevó al cielo, extendió los brazos por encima de la cabeza y gritó:

—Y aquel año llegó Jim, el Profeta de los Hallazgos Inesperados, y con él una cohorte de ángeles a lomos de caballos blancos que surcaban el cielo, levantando una polvareda de nubes, sus pezuñas despedían chispas que incendiaban el trigo de los campos y el mal de los corazones humanos. Así habló Ozymandias. ¡Selah! ¡Selah! ¡Selah!

Los demás subían por el camino que sale del colegio. Yo le dejé y me fui deprisa a casa... Le estuve oyendo gritar hasta que dejé atrás la iglesia.

Después del colegio me fui a la guarida con sentimientos entremezclados de expectación y malestar. Mi padre me había dicho que esperaba no volver a oír más rumores acerca de que yo me mezclaba con Vagabundos, y me había prohibido expresamente acudir a la Casa de los Vagabundos. Yo había obedecido la segunda parte y tomaba medidas para evitar la primera, pero no me llamaba a engaño: a él esto no le parecería sino una desobediencia deliberada. ¿Y con qué objeto? Para tener la oportunidad de hablar con un hombre cuya conversación era una mezcla de sensatez e insensatez, con gran predominio de la segunda. No valía la pena.

Y sin embargo, al recordar aquellos ojos azules bajo la masa de pelo rojo, no podía evitar tener la sensación de que aquel hombre tenía algo que hacía que el riesgo y la desobediencia valieran la pena. Camino de las ruinas me mantuve ojo avizor y

cuando estuve cerca de la guarida di una voz. Pero allí no había nadie; ni tampoco durante un buen rato después. Empezaba a pensar que no vendría, que tenía el juicio tan deteriorado que no había entendido lo que quise decir, o hasta que se le había olvidado por completo, cuando oí crujir una rama y, echando una ojeada hacia fuera, vi a Ozymandias. Estaba a menos de diez yardas de la entrada. Ni cantaba ni hablaba, sino que se movía silenciosamente, casi con sigilo.

Entonces me entró miedo de otra cosa. Corrían historias sobre un Vagabundo que, hacía años, asesinó niños en una docena de pueblos antes de que lo cogieran y lo colgaran. ¿Serían ciertas? ¿Sería éste otro tipo así? Yo le había invitado a venir, sin decírselo a nadie, y nadie oiría un grito de socorro, estando tan lejos el pueblo. Me quedé rígido, apoyado en la pared de la guarida, poniéndome en tensión para salir disparado por delante de él y salir al aire libre, donde estaría relativamente seguro.

Pero me bastó echarle una sola ojeada, mientras él se asomaba, para tranquilizarme. Loco o no, tenía la seguridad de que se podía confiar en aquel hombre. Sus rasgos faciales revelaban buen humor. Dijo:

—Así que te he encontrado, Will, —miró en torno a sí, de modo aprobatorio—. Este sitio está muy bien.

—Lo hizo casi todo mi primo Jack. Es más habilidoso con las manos que yo.

—¿Al que le insertaron la Placa este verano?

—Sí.

—¿Presenciaste la ceremonia de la Placa? —Asentí—. ¿Qué tal está después de eso?

—Bien, —dije—, pero ha cambiado.

—Al convertirse en un hombre.

—No es sólo eso.

—Explícate.

Dudé un momento, pero su voz y ademanes, además del rostro, me inspiraban confianza. También reparé en que hablaba con naturalidad y sensatez, sin emplear nada las extrañas palabras ni las expresiones arcaicas que había utilizado anteriormente. Empecé a hablar, al principio de manera inconexa y después con más facilidad, de lo que había dicho Jack y de mi propia perplejidad posterior. Él escuchó, asintiendo a veces, pero sin interrumpir. Cuando hube terminado, dijo:

—Dime, Will, ¿qué piensas de los Trípodes?

Dije sinceramente:

—No lo sé. Antes los aceptaba como algo con lo que hay que contar, y me daban miedo, digo yo... pero ahora... Surgen preguntas en mi cabeza.

—¿Se las has planteado a tus mayores?

—¿De qué serviría hacerlo? Nadie habla de los Trípodes. Eso se aprende de pequeño.

—¿Quieres que te responda yo? —preguntó—. En la medida en que pueda hacerlo.

De una cosa estaba seguro y lo solté de sopetón:

—¡Tú no eres un Vagabundo!

Sonrió.

—Depende del significado que se le dé a esa palabra. Cambio constantemente de lugar, como ves. Y me comporto de manera extraña.

—Pero para engañar a la gente, no porque te sea inevitable. No te han cambiado la mente.

—No. Como a las mentes de los Vagabundos, no. Ni tampoco como a tu primo Jack.

—¡Pero a ti te han puesto la Placa!

Se tocó la mal a metálica situada bajo su espeso pelo rojo.

—De acuerdo. Pero no fueron los Trípodes. Fueron hombres, hombres libres.

Dije, perplejo:

—No entiendo.

—¿Cómo ibas a entender? Pero escucha y te lo diré. Primero los Trípodes. ¿Sabes lo que son? —Hice un gesto negativo con la cabeza y él prosiguió—: Nosotros, con certeza, tampoco. De ellos se cuentan dos historias. Una dice que eran máquinas construidas por los hombres, y que se rebelaron contra ellos y los esclavizaron.

—¿En la antigüedad? ¿En la época del barco gigante, de las grandes ciudades?

—Sí. Es una historia que me cuesta trabajo creer, porque no acierto a ver cómo dotar a las máquinas de inteligencia. La otra historia dice que no proceden originariamente de este mundo, sino de otro.

—¿Otro mundo?

De nuevo me encontraba perdido. Dijo él:

—En la escuela no te enseñan nada sobre las estrellas, ¿no es verdad? Por eso quizá sea más probable que la segunda historia sea la verdadera. A ti no te dicen que las estrellas nocturnas, —todos los cientos de miles que hay—, son soles iguales al nuestro y que tal vez haya planetas girando alrededor de algunas, del mismo modo que nuestra tierra gira alrededor del sol.

Me sentía confuso y la idea hacía que me diera vueltas la cabeza.

Dije:

—¿Es eso cierto?

—Completamente cierto. Y es posible, en primer lugar, que los Trípodes vinieran de uno de esos mundos. Es posible que los Trípodes no sean sino vehículos manejados por criaturas que viajan en su interior. Jamás hemos visto el interior de un Trípode, de modo que no lo sabemos.

—¿Y las Placas?

—Son el medio que utilizan para que los hombres les sean dóciles y obedientes.

Pensándolo de buenas a primeras resultaba increíble. Después me pareció increíble no haberme dado cuenta antes. Pero toda mi vida la inserción de la Placa me había parecido algo natural. A todos mis mayores les habían insertado la Placa y ellos se sentían satisfechos de que así fuera. Era la marca del adulto, la ceremonia en sí era algo solemne y mentalmente estaba asociada con las ideas de día festivo y celebración. Pese a los pocos que padecían dolor y se convertían en Vagabundos, era un deber que todos los niños anhelaban. Sólo recientemente, cuando se podían empezar a contar los meses que faltaban, habían surgido dudas en mi interior; las dudas no llegaron a adquirir forma concreta y era difícil sustentárselas frente al peso de la seguridad que tenían los adultos. Jack también había tenido dudas, pero después, con la inserción de la Placa, habían desaparecido. Dije:

—¿Hacen a los hombres pensar las cosas que los Trípodes quieren que piensen?

—Controlan el cerebro. Cómo o en qué medida, es algo de lo que no estamos seguros. Como tú sabes, el metal queda insertado en la carne, de modo que no es posible quitarlo. Parece que cuando se instala la placa se dan ciertas órdenes de carácter general. Más adelante pueden darse órdenes concretas a personas concretas, pero, por lo que respecta a la mayoría, no parece que les preocupe.

—¿Cómo surgen los Vagabundos?

—Una vez más eso es algo sobre lo que no podemos sino hacer conjeturas. Es posible que algunas mentes sean débiles inicialmente, y se desmoronen con el esfuerzo. O quizá sea al contrario: son demasiado fuertes, de modo que se rebelan contra la dominación, hasta que estallan.

Lo pensé y me estremecí. Tener una voz dentro de la cabeza, inevitable e irresistible. Ardía de cólera en mi interior, no sólo por causa de los Vagabundos, sino por todos los demás: mis padres, mis mayores, Jack...

—Tú has hablado de hombres libres, —dije—. ¿Entonces los Trípodes no dominan toda la tierra?

—Prácticamente toda. No hay ningún territorio en el que no estén presentes, si te refieres a eso. Escucha, cuando los Trípodes llegaron por primera vez, —o cuando se rebelaron—, ocurrieron cosas terribles. Se destruyeron las ciudades como si fueran hormigueros, y millones y millones de personas fueron asesinadas o murieron de hambre.

Millones... Traté de imaginármelo, pero no pude. Nuestro pueblo, que no estaba considerado como un lugar pequeño, tendría unas cuatrocientas almas. En la ciudad de Winchester y sus alrededores vivían unas treinta mil. Sacudí la cabeza.

Él prosiguió:

—A los que quedaban, los Trípodes les ponían la Placa, y una vez tenían la Placa se ponían al servicio de los Trípodes y ayudaban a matar o capturar a otros hombres.

Así, al cabo de una generación, las cosas eran muy parecidas a como son ahora. Pero en un lugar, por lo menos, escaparon unos cuantos hombres. Lejos, hacia el sur, al otro lado del mar, hay altas montañas, tan altas que están todo el año cubiertas de nieve. Los Trípodes no salen de las llanuras, quizá porque les resulta más fácil viajar por ellas, o porque no les guste el aire enrarecido de las alturas, y éstos son lugares que los hombres libres que se mantienen alerta pueden defender frente a los que tienen Placa y viven en los valles circundantes. De hecho, nosotros hacemos incursiones en sus granjas para procurarnos alimentos.

—¿Nosotros? ¿Entonces vienes de allí? —él asintió—. ¿Y la Placa que llevas?

—Se la cogí a un muerto. Me afeité la cabeza y la moldearon para que encajara en mi cráneo. Cuando volvió a crecerme el pelo, resultaba difícil distinguirla de una Placa auténtica. Pero no transmite órdenes.

—Así que puedes viajar como un Vagabundo, —dije—, sin que nadie sospeche de ti. ¿Pero por qué? ¿Con qué fin?

—En parte para ver cosas e informar de lo que veo. Pero hay algo más importante. Vine a por ti.

Me quedé sorprendido.

—¿A por mí?

—A por ti y a por otros como tú. Aquellos a los que todavía no se les ha insertado la Placa pero tienen edad suficiente para hacer preguntas y entender las respuestas. Y para hacer un viaje largo, difícil y tal vez peligroso.

—¿Al sur?

—Al sur. A las Montañas Blancas. Al final del viaje hay una vida dura. Pero libre. ¿Y bien?

—¿Me vas a llevar allí?

—No. Todavía no estoy preparado para regresar. Y sería más peligroso. Un chico que viaja solo puede ser uno de tantos que se escapan, pero uno que viaja con un Vagabundo... has de ir solo. Si decides ir.

—El mar, —dije—, ¿cómo lo voy a cruzar?

Me miró fijamente y sonrió.

—Es la parte más fácil. Y para lo demás también puedo proporcionarte alguna ayuda, —sacó algo del bolsillo y me lo enseñó—. ¿Sabes lo que es esto?

Asentí.

—He visto una. Una brújula. La aguja siempre señala el Norte.

—Y esto.

Introdujo la mano en el chaquetón. Tenía un agujero en la costura; metió los dedos por allí, cogió algo y lo sacó. Era un largo cilindro de pergamino; lo desenrolló y lo desplegó sobre el suelo, colocando una piedra en un extremo y sujetando el otro. Vi algo dibujado, pero no tenía sentido.

—Esto se llama mapa, —dijo—. Los que tienen Placa no los necesitan, por eso nunca los has visto. Indica el modo de llegar a las Montañas Blancas. Mira esto. Señaliza el mar. Y aquí, al fondo, las montañas.

Explicó cuanto aparecía en el mapa, describió las señales que yo debería buscar y me dijo cómo tenía que usar la brújula para orientarme. Y con respecto a la última parte del viaje, más allá del Gran Lago, me dio instrucciones que debía memorizar. Era por si descubrían el mapa. Dijo:

—Pero en todo caso, guárdalo bien. ¿Puedes hacerte un agujero en el forro del chaquetón, como yo?

—Sí. Lo guardaré bien.

—Ahora sólo queda la travesía del mar. Vete a esta ciudad, —la señaló—. En el puerto verás barcos de pesca. El «Orión» pertenece a uno de los nuestros. Un hombre alto, muy moreno, de nariz larga y labios finos. Se llama Curtis, capitán Curtis. Dirígete a él. Él te llevará al otro lado del mar. Allí empieza lo difícil. Habla otro idioma. Tienes que evitar que te vean, o que te hablen, y has de robar los alimentos durante el trayecto.

—Eso lo puedo hacer. ¿Tú hablas su idioma?

—El suyo y otros. Como el tuyo. Por esa razón se me encomendó esta misión, —sonrió—. Sé hacer el loco en cuatro idiomas.

Dije:

—Yo me dirigí a ti. Si no lo hubiera hecho...

—Habría dado contigo. Tengo cierta habilidad para detectar a los muchachos adecuados. Pero ahora tú puedes ayudarme. ¿Hay por aquí algún otro a quien tú creas que vale la pena abordar?

Negué con la cabeza:

—No, nadie.

Se puso en pie, estiró las piernas y se frotó la rodilla.

—Entonces mañana reemprenderé el camino. Antes de irte deja que pase una semana para que nadie sospeche que existe relación entre nosotros dos.

—Antes de irte...

—¿Sí?

—¿Por qué no destruyeron totalmente a los hombres, en lugar de insertarles Placas?

Se encogió de hombros.

—No podemos leer su mente. Hay muchas razones posibles. Parte de la comida que se cultiva aquí está destinada a los hombres que trabajan en el subsuelo, extrayendo de las minas metales para los Trípodes. Y en algunos lugares se celebran cacerías.

—¿Cacerías?

—Los Trípodes cazan hombres, del mismo modo que los hombres cazan zorros, —me estremecí—. Y se llevan a sus ciudades hombres y mujeres por razones sobre las que sólo podemos formarnos conjeturas.

—¿Entonces tienen ciudades?

—A este lado del mar, no. Yo no he visto ninguna, pero conozco a gente que sí. Torres y agujas de metal, según cuentan, rodeadas por una gran muralla. Sitios feos y refulgentes.

Yo dije:

—¿Sabes desde cuándo es así?

—¿Que los Trípodes llevan gobernando? Más de cien años. Pero para los que tienen la Placa, es lo mismo que si fueran diez mil. —Me dio la mano—. Hazlo como mejor sepas, Will.

—Sí —dije yo. Su apretón era firme.

—Espero volver a verte, en las Montañas Blancas.

Al día siguiente, tal como dijo, se había ido. Empecé a hacer los preparativos. En la pared trasera de la guarida había una piedra floja y detrás un escondrijo. Sólo lo conocía Jack, y Jack no iba a volver por allí. Allí puse las cosas, —comida, una camisa de muda, un par de zapatos—, que me llevaría de viaje. Cogía un poco de comida cada vez, escogiendo lo que aguantaría mejor, —carne de vaca en salazón, jamón, un queso pequeño, avena, y cosas por el estilo—. Creo que mi madre se dio cuenta de que faltaban cosas y estaba intrigada.

Me entristecía la idea de dejarla, dejar a mi padre, pensar en lo desgraciados que se sentirían al ver que me había ido. Las Placas no servían para aliviar el dolor humano. Pero no podía quedarme, exactamente igual que una oveja no podría atravesar la puerta del matadero después de saber lo que le aguardaba dentro. Y yo sabía que preferiría morir antes que llevar una Placa.

CAPÍTULO 3

LA CARRETERA DEL MAR

Hubo dos cosas que me obligaron a esperar una semana antes de salir. La primera fue que había luna nueva, apenas una pizca de luz, y yo pensaba viajar de noche. Para ello precisaba como mínimo media luna. Lo otro fue algo que yo no me esperaba: se murió la madre de Henry.

Ella y mi madre eran hermanas. Estaba enferma desde hacía mucho tiempo, pero su muerte ocurrió de modo repentino. Mi madre se ocupó de todo y lo primero que hizo fue traer a Henry a casa e instalarle una cama en mi habitación. Esto no me hacía gracia desde ningún punto de vista, pero naturalmente no podía oponerme. Le di el pésame con frialdad y con frialdad lo recibió él, y después cada uno fue por su lado, en la medida en que eso les resultaba posible a dos chicos que compartían una habitación no demasiado grande.

Pensé que era una molestia, aunque no tenía verdadera importancia. Por la noche aún no había suficiente luz como para que yo viajara y suponía que él volvería a su casa tras el funeral. Pero cuando la mañana del funeral le dije a mi madre algo al respecto, supe, horrorizado, que me equivocaba.

Me dijo:

—Henry se queda con nosotros.

—¿Cuánto tiempo?

—Para siempre. Hasta que os hayan puesto la Placa, en cualquier caso. Tu tío Ralph tiene demasiado trabajo en la granja como para ocuparse de un chico, y no quiere dejarlo todo el día al cuidado de la servidumbre.

No dije nada, pero mi expresión debió ser reveladora. Me dijo con severidad inusitada:

—¡Y no quiero ver que refunfuñas! Ha perdido a su madre y lo menos que puedes hacer es mostrar algo de compasión.

Dije yo:

—¿No puedo, por lo menos, quedarme con mi habitación? La habitación de las manzanas está libre.

—Te habría devuelto tu habitación si no fuera por como te has portado. Dentro de menos de un año serás un hombre. Debes aprender a comportarte como un hombre y no como un niño enfurruñado.

—Pero...

—No quiero discutirlo contigo, —dijo, enfadada—. Si dices una palabra más, hablaré con tu padre.

Tras lo cual se fue de la habitación; su falda rozó airadamente la puerta y desapareció tras ella. Lo pensé y llegué a la conclusión de que daba casi igual. Si

ocultaba la ropa en la habitación de la molienda, podría, escabullirme después de que él se quedara dormido y cambiarme allí. Estaba decidido a irme, tal como había planeado, cuando hubiera media luna.

Los dos días siguientes llovió mucho, pero después aclaró y una tarde de calor abrasador secó casi todo el barro. Todo iba bien. Antes de acostarme, escondí las ropas y la bolsa junto con un par de barras de pan grandes. Después de eso sólo era cuestión de quedarse despierto y, con lo excitado que estaba, no resultó difícil. Finalmente la respiración de Henry, que estaba al otro lado de la habitación, se hizo profunda y pausada en medio del sueño. Tumbado, pensaba en el viaje: el mar, las extrañas tierras que hay al otro lado, el Gran Lago y las montañas, cubiertas de nieve durante todo el verano. Aun sin contar con lo que había aprendido acerca de los Trípodes y las Placas, la idea resultaba emocionante.

La luna se elevó por encima del límite de mi ventana y me deslicé de la cama. Abrí cuidadosamente la puerta del dormitorio y cuidadosamente la cerré tras de mí. La casa estaba muy silenciosa. Las escaleras crujieron levemente al pisarlas, pero nadie se fijaría, aunque lo oyera. Era una casa vieja, de madera, y no eran raros los crujidos nocturnos. Pasé por la puerta grande a la habitación de la molienda, busqué la ropa, y me vestí apresuradamente. Después salí por la puerta que da al río. La rueda estaba inmóvil y se oía gorgotear y chapotear el agua, por todas partes negra, con vetas de plata.

Después de cruzar el puente me sentí mucho más seguro. Al cabo de unos minutos habría salido del pueblo. Un gato atravesó el adoquinado, caminando delicadamente, de puntillas, y otro se lamía la piel, iluminada por la luna, en el escalón de una puerta. Ladró un perro, quizá suspicazmente, al oírme, pero no estaba lo bastante cerca como para resultar alarmante. Cuando dejé atrás la casa de la viuda Ingold eché a correr. Llegué a la guarida jadeando, sin respiración, pero satisfecho de mí mismo por haberme escapado sin ser advertido.

Con acero, pedernal y un trapo empapado en petróleo encendí una vela y me puse a llenar la bolsa. Había sobrestimado la cantidad de espacio disponible; después de ordenarlo todo varias veces, seguía sin caberme una barra de pan. Bueno, de momento podía llevarla en la mano, y tenía intención de comer al amanecer. Entonces habría sitio. Eché una última ojeada a la guarida para asegurarme de que no me dejaba nada que fuera a necesitar, apagué la vela, me la metí en el bolsillo y salí.

Era una buena noche para irse. En el cielo brillaban las estrellas —¿todas soles, como el nuestro?—, la media luna ascendía y hacía un aire suave. Cogí la bolsa y me la coloqué. Al hacerlo oí una voz procedente de las sombras, a unos cuantos pies de distancia. Era la voz de Henry.

Dijo:

—Te oí salir y te seguí.

No podía verle la cara, pero me pareció que en su voz había un tono burlón. Puede que me equivocara, —puede que no fueran más que mis nervios—, pero en aquel preciso momento me pareció que se jactaba de haberme seguido. Me cegó la ira y, dejando caer la bolsa, me abalancé sobre él. Yo había salido victorioso en dos de los tres últimos encuentros que tuvimos y confiaba en volver a ganarle.

Según se demostró, el exceso de confianza y la cólera ciega no sirven de mucho. Me derribó, yo me levanté y volvió a derribarme. Poco después yo me encontraba en el suelo y él sentado encima de mí, sujetándome las muñecas con la mano. Sudé, forcejeé y me revolví, pero no sirvió de nada.

Me tenía firmemente sujeto.

—Escucha, —me dijo—. Quiero decirte una cosa. Sé que te quieres escapar. Estoy seguro, por la bolsa. Lo que te digo es que quiero irme contigo.

En respuesta di una rápida sacudida en redondo, pero su cuerpo rodó con el mío y siguió manteniéndome sujeto. Me dijo, jadeando un poco:

—Quiero ir contigo. Aquí ya no tengo nada.

Su madre, mi tía Ada, fue una mujer alegre, vivaz y cariñosa, incluso durante los largos meses de enfermedad. Mi tío Ralph, por el contrario, era un hombre lúgubre y taciturno que siempre había querido, —quizá con un sentimiento de alivio—, que su hijo se fuera a otra casa. Me di cuenta de lo que quería decir Henry.

Además, había otra cuestión, de mayor importancia práctica. Si yo hubiera ganado la pelea, ¿entonces qué? ¿Dejarlo allí y correr el riesgo de que diera la alarma? No podía hacer otra cosa. Mientras que si se venía conmigo... podría darle esquinazo antes de llegar al puerto, junto al capitán Curtis. No tenía ninguna intención de llevármelo conmigo. Seguía cayéndome mal y, aunque no fuera así, me habría sentido reacio a compartir los secretos que me transmitió Ozymandias.

Había dejado de forcejear. Le dije:

—Déjame levantarme.

—¿Puedo ir contigo?

—Sí.

Me dejó levantarme. Me sacudí el polvo y nos miramos fijamente a la luz de la luna. Dije:

—Naturalmente no te habrás traído comida. Tendremos que compartir la mía.

Al cabo de un par de días tendríamos el puerto a nuestro alcance y había suficiente pan para los dos durante ese tiempo.

—Vamos, —dije—. Más vale que salgamos ya.

Avanzamos bastante a la luz de la luna y cuando amaneció nos encontrábamos bien lejos de nuestra tierra. Decidí hacer un alto breve; descansamos, nos comimos media barra de pan con queso y bebimos agua de un arroyo. Después proseguimos,

cada vez más cansados, mientras el día transcurría penosamente y un sol abrasador surcaba el cielo azul y seco.

Sería mediodía y estábamos sudorosos y acalorados cuando llegamos a la cima de una pendiente; contemplamos un valle en forma de plato. Se veía la tierra bien cultivada. Había un pueblo y otros lugares habitados diseminados por doquier; las figuras de los hombres que trabajaban los campos semejaban hormigas. La carretera atravesaba el valle y el pueblo. Henry me asió del brazo y señaló:

—¡Mira!

Cuatro hombres se dirigían a caballo hacia el pueblo. Podía ser que fueran a hacer cualquier cosa normal. Pero por otra parte, también podía tratarse de un grupo de búsqueda que iba a por nosotros.

Tomé una determinación. Habíamos bordeado un bosque, dije:

—Nos vamos a quedar en el bosque toda la tarde. Podemos dormir algo y por la noche estaremos frescos.

—¿Crees que lo mejor es viajar por la noche? —preguntó Henry—. Ya sé que es más difícil que nos vean, pero tampoco podremos ver nosotros. Podríamos rodear la cumbre de la loma, aquí arriba no hay nadie.

Yo dije:

—Tú haz lo que quieras. Yo me voy a descansar.

Se encogió de hombros.

—Nos quedaremos aquí si tú lo dices.

Su pronta aquiescencia no me aplacó. Tenía la incómoda sensación de que a lo que él había dicho no le faltaba razón. Me dirigí al bosque en silencio y Henry me siguió. Encontramos un lugar muy adentrado en la maleza, donde no era probable que nos descubrieran, ni siquiera si pasaban muy cerca, y allí nos tumbamos. Debí caer dormido casi inmediatamente.

Cuando me desperté casi había oscurecido. Vi a Henry dormido a mi lado. Si me levantara sigilosamente podría escabullirme sin despertarle. La idea era tentadora. Sin embargo no estaba bien dejarle allí, en un bosque, próxima a caer la noche. Extendí la mano para sacudirle y, al hacerlo, me di cuenta de una cosa: se había anudado la tira de la bolsa alrededor del brazo de modo que yo no habría podido irme sin molestarle. ¡Seguramente a él también se le había ocurrido aquella posibilidad!

Cuando lo toqué se despertó. Nos comimos el resto de la barra y un pedazo de jamón antes de irnos. Era un bosque tupido y no pudimos ver bien el cielo hasta que salimos. Entonces me di cuenta de que la oscuridad no se debía solamente a la cercanía de la noche: el cielo se había nublado mientras dormíamos y de vez en cuando sentía una gruesa gota de lluvia en los brazos o en el rostro. Estando tan cubierto, el cuarto creciente no nos iba a ser de gran ayuda.

Mientras la luz se iba disipando nos dirigimos hacia el valle y después

ascendimos la pendiente que estaba al otro lado. En las ventanas de las casas había luces encendidas, lo cual nos permitía evitarlas. Cayó un chaparrón, pero hacía un anochecer tibio y nos secamos al tiempo que caminábamos. Desde la cima contemplamos la luz arracimada del pueblo y luego proseguimos hacia el sudeste. Después cayó la oscuridad, bruscamente. Nos encontrábamos en una altiplanicie ondulada, casi todo era hierba cortada a ras de tierra. En determinado punto nos tropezamos con una cabaña destartalada, evidentemente abandonada, y Henry sugirió que nos quedáramos allí hasta que hubiera mejor visibilidad, pero yo me negué y él me siguió pesadamente.

Pasó algún tiempo antes de que ninguno hablara. Entonces Henry dijo:

—Escucha.

Un tanto molesto, dije:

—¿Ahora qué pasa?

—Creo que nos sigue alguien.

Yo también lo oí: se oía que pisaban la hierba detrás de nosotros. Y no eran sólo un par de pies. La gente del pueblo podía habernos visto, advertidos por los cuatro jinetes de que estuvieran atentos por si aparecíamos. Y acaso hubieran subido la pendiente en pos de nosotros y ahora podrían estar cercándonos sigilosamente. Susurré:

—¡Huye!

Sin aguardarle, eché a correr a través de la negrura de la noche. Oía a Henry correr cerca y también creí oír a los que nos perseguían. Corrí aún más deprisa. Al hacerlo rodó una piedra que pisé con el pie derecho. Sentí una sacudida de dolor y me caí, jadeando mientras mis pulmones despedían aire trabajosamente. Henry me oyó caer. Se detuvo y dijo:

—¿Dónde estás? ¿Estás bien? Cuando traté de apoyarme en el pie derecho sentí un vivo dolor. Henry intentó levantarme y yo solté un bufido de protesta.

—¿Te has hecho daño? —preguntó.

—El tobillo... creo que me lo he roto. Es mejor que sigas tú. Llegarán en cualquier momento.

Dijo, con voz extraña:

—Creo que ya están aquí.

—¿Qué?

Sentí un aliento cálido en la mejilla. Extendí la mano y toqué algo lanoso que retrocedió inmediatamente.

—¡Ovejas!

Henry dijo:

—Me imagino que tendrían curiosidad. A veces hacen cosas así.

—Eres un imbécil, —dije—. Por tu culpa nos hemos puesto a correr y era un

rebaño de ovejas; ahora mira lo que ha pasado.

—No creo que se haya roto. Seguramente será un esguince, o algo así.

Pero tendrás que estar inmóvil un par de días.

Le dije, acerbamente:

—Pues mira qué bien.

—Es mejor que te lleve de vuelta a la cabaña. Te llevaré al estilo bombero.

Me habían vuelto a caer encima algunas gotas aisladas. Ahora empezaba a caer fuerte, —lo suficiente como para debilitar mi intención de responder airadamente y rechazar su ayuda—. Me cargó a sus espaldas. Fue un trayecto de pesadilla. Tenía dificultades para sujetarme bien y creo que yo pesaba más de lo que él había calculado. Tenía que bajarme de vez en cuando y descansar. Estaba oscuro como boca de lobo y llovía a cántaros. Cada vez que me bajaba, sentía una puñalada de dolor en el pie. A medida que transcurría el tiempo empecé a pensar que se había confundido de dirección y que había perdido en la oscuridad la pista de la cabaña; no habría sido extraño.

Pero al fin la vislumbramos en medio de la noche y cuando levantó la clavija, la puerta se abrió. Se oyó corretear, —seguramente ratas—; recorrió conmigo los últimos pies del trayecto y me dejó en el suelo, exhalando un suspiro de agotamiento. Buscó a tientas y en un rincón encontró un montón de paja; yo me arrastré hacia allí. El pie me daba punzadas, yo estaba empapado y me sentía fatal. Además, nos habíamos pasado una buena parte del día anterior durmiendo. Tardé mucho en conciliar el sueño.

Cuando me desperté era de día y ya no llovía. A través del marco de una ventana que no tenía cristales se veía el cielo intensamente azul del amanecer. Todo el mobiliario de la cabaña consistía en un banco y una mesa de caballete, junto con una cacerola vieja, un cacharro de hervir agua y dos tazas de loza que colgaban de los ganchos que había en una pared. Había una chimenea, una pila de leña y el montón de paja donde estábamos tumbados. ¿Estábamos? Henry no estaba allí: se veía en la paja el hueco que dejó al dormir. Lo llamé y, al cabo de un momento, lo volví a llamar. No hubo respuesta. Me levanté a rastras, haciendo una mueca de dolor y logré alcanzar la puerta yendo a pata coja y apoyándome en la pared.

No había ni rastro de Henry. Entonces me di cuenta de que la bolsa no estaba en el suelo, en el lugar donde la dejé la noche anterior.

Salí cojeando y me senté apoyado en la pared de piedra de la cabaña. Los primeros rayos horizontales del sol me dieron calor mientras yo pensaba en mi situación. Parecía claro que Henry me había abandonado, llevándose consigo el resto de la comida. Después de haberme impuesto su presencia me había dejado allí, desvalido y, —tanto más cuanto más lo pensaba—, hambriento. De nada servía tratar de pensar con claridad. Sentía una furia irresistible, que me ahogaba. Por lo menos

me servía para olvidar las punzadas del pie y el vacío del estómago.

Ni siquiera cuando me encontré lo bastante tranquilo como para ponerme a pensar mejoró la cosa demasiado. Me encontraba a un par de millas, como mínimo, del más próximo lugar habitado. Supuse que podría recorrer aquella distancia arrastrándome, aunque probablemente no sería nada divertido. O quizá alguien, —tal vez un pastor—, pasara lo suficientemente cerca como para oír voces. Cualquiera de las dos posibilidades significaba que me llevaran de vuelta a Wherton, caído en desgracia. En resumidas cuentas, un final triste y humillante para la aventura. Empecé a sentir lástima de mí mismo.

Me encontraba bajo de ánimo cuando oí a alguien en el extremo opuesto de la cabaña y, seguidamente, la voz de Henry.

—¿Dónde estás, Will?

Respondí y él se acercó. Dije:

—Creí que te habías largado. Te llevaste la bolsa.

—Bueno, es que la necesitaba para meter cosas.

—¿Qué cosas?

—En un par de días no podrás moverte. Me pareció que lo mejor era agenciarme algo, si podía.

Abrió la bolsa y me enseñó una barra de pan, un trozo de asado de vaca frío y un pastel de carne de cerdo.

—Lo cogí en una granja de ahí abajo, —dijo—. La ventana de la despensa estaba abierta. No era muy grande. Hubo un momento en que creí que me quedaba atascado.

Me sentí inmensamente aliviado, pero a la vez resentido. Me miró sonriendo, esperando que le felicitara por su habilidad. Le dije con aspereza:

—¿Y la comida que ya estaba en la bolsa?

Henry se quedó mirándome:

—La puse en la repisa. ¿No la has visto?

Naturalmente, no la había visto, pues no había mirado.

Pasaron tres días antes de que mi tobillo se fortaleciera lo suficiente como para poder viajar. Nos quedamos en la cabaña, y Henry bajó dos veces más al valle a saquear comida. Dispuse de tiempo: tiempo para pensar. Henry, es cierto, había dado una falsa alarma con lo de las ovejas, pero sólo porque tenía mejor oído: yo me llamé a engaño tanto como él. Y fui yo el que insistió en viajar de noche, sin luna, mientras que él prefería descansar. Y ahora dependía de él. Aún me quedaban recelos, —no se supera en unos días una hostilidad tan prolongada como la nuestra, sobre todo si se está en deuda—, pero no veía clara la forma de llevar a cabo el plan de deshacerme de él antes de llegar a Rumney. Al final se lo conté todo, —dónde me dirigía, lo que me había dicho Ozymandias.

Dijo:

—La verdad es que quería irme por lo de la Placa. No pensaba en ningún lugar concreto, por supuesto, pero pensé que podría esconderme, al menos durante algún tiempo.

Me acordé de que Ozymandias me había preguntado si había algún otro que pudiera querer ir al sur, y de mi respuesta. Introduje los dedos en el forro de la chaqueta.

—Éste es el mapa, —dije.

CAPÍTULO 4

LARGUIRUCHO

Llegamos a Rumney a media tarde, un día en que alternativamente hizo sol y hubo tormenta; estábamos mojados y cansados, y a mí me dolía el tobillo. Nadie nos prestó la menor atención. En primer lugar, naturalmente, porque era una ciudad, y en las ciudades la gente no espera saber de todo el mundo si es de allí o de fuera, como sucede en los pueblos. Y por otra parte, estábamos en un puerto de mar, —en un lugar donde la gente viene y va, algo muy distinto a la familiaridad y el escaso movimiento que hay en el campo—. Había muchísimo bullicio y ajeteo; se vislumbraba el mar al fondo de una calle, hombres que llevaban jerseys azules le daban chupadas a sus pipas, unas cuantas gaviotas lentas alborotaban el aire buscando comida. Y luego todos los olores: a tabaco, a alquitrán, a especias, el mismo olor a mar.

Cuando llegamos al puerto la oscuridad del crepúsculo se estaba haciendo más intensa. Había docenas de barcos de todos los tamaños amarrados, y otros estaban anclados puerto adentro, con las velas bien arrizadas a los mástiles. Deambulamos por el muelle, leyendo sus nombres. Vimos el «Maybelle», el «Cisne Negro», el «Aventurero», el «Alegre Gordon», pero no había ningún «Orión».

—A lo mejor se ha hecho a la mar, —dije yo.

—¿Qué crees que debemos hacer?

—Tendremos que encontrar un lugar donde dormir.

Henry dijo:

—No me importaría encontrar también algo de comida.

Se nos habían acabado las provisiones por la mañana.

Las ventanas de las tabernas que jalonaban el paseo herían luminosamente el crepúsculo, y a través de algunas se oía cantar. De otras manaban apetitosos olores a comida que hacían emitir a mis tripas ruidos de protesta a causa de su vaciedad. En una ventana próxima había un letrero escrito con tiza que decía: «Empanadillas calientes a seis peniques». Aún tenía un poco de dinero que llevé conmigo y que hasta entonces no me había atrevido a gastar. Le dije a Henry que me esperara y atravesé la puerta.

Era una habitación de techo bajo, con vigas de madera y míseras mesas de pino en las que había gente comiendo; engullían la comida y tomaban tragos de las jarras de cerveza. No los examiné detenidamente, sino que fui directamente al mostrador, puse allí mi chelín y cogí las dos empanadillas que me dio una chica morena que hablaba todo el tiempo con un marinero sentado en la mesa más cercana. Me dirigí a la puerta llevando aquello, pero alguien extendió una mano y me agarró muy fuerte del brazo.

Tenía aspecto de ser un hombre muy grande, hasta que se puso de pie. Entonces

me fijé en que era robusto pero, debido a la cortedad de sus piernas, sólo medía un par de pulgadas más que yo. Tenía barba amarillenta y pelo amarillento, peinado hacia atrás; a su frente se asomaba la mal a de la Placa. Dijo con voz áspera y rugiente:

—Bueno, mozalbeta, ¿te apetece ser marinero?

Negué con la cabeza.

—No.

Se quedó mirándome.

—¿Eres de por aquí?

—Sí.

—¿Crees que los tuyos se pondrán a buscarte si esta noche no regresas?

Dije osadamente:

—Vivo sólo a tres calles de aquí. Se pondrán a buscarme si no vuelvo inmediatamente.

Guardó silencio durante un segundo y después se rió, con una risa profunda y desagradable.

—¡No me digas! ¿Con ese acento? Tú eres del campo, o si no, en mi vida he visto un muchacho del campo. —Hice un giro brusco, tratando de librarme—. Oye, oye, tranquilo. Reserva tus fuerzas para el «Cisne Negro».

Me arrastró hasta la puerta. Nadie le prestó la más mínima atención y comprendí que aquella escena no debía ser infrecuente. Chillar tampoco iba a servir de mucho. En el caso de que no me ignoraran era muy posible que se pusieran a hacerme preguntas que yo no quería responder. Tal vez cuando estuviéramos fuera surgiera una ocasión para soltarme. Y el «Cisne Negro» estaba amarrado a no más de cien yardas.

Lo vi cuando llegamos a la puerta: era un hombre alto, de cara alargada, con los labios finos, barba negra y la piel atenazada. Grité:

—¡Capitán Curtis!

Me dirigió una rápida ojeada y le dijo con firmeza al que me apresaba:

—Déjale en paz, Rowley. Ese chico es mío. Firmó para mí esta tarde.

Por un momento pareció que el hombre al que llamó Rowley iba a discutir, pero el capitán Curtis dio un paso hacia él y me soltó el brazo. Dijo:

—Deberías retenerlo a bordo y no dejarle vagabundear por la ciudad.

—Yo sé cuidar de mi tripulación, —dijo el capitán Curtis—. No necesito tus consejos.

Ozymandias había dicho que la parte más fácil sería cruzar el mar, y tenía razón. El «Orión» era uno de los barcos anclados puerto adentro —estuvimos a punto de perderlo porque zarpaba con la marea de medianoche— y el capitán Curtis nos llevó

a bordo en un bote. Remando con un solo remo cruzó el puerto, sorteando cabos y boyas hasta que llegamos junto al casco oscuro de la barca. Era una trainera, de no más de mil toneladas, pero a mí me pareció enorme mientras subía a cubierta por una escalera de cuerda, bamboleándome y desollándome los nudillos. Sólo estaba a bordo uno de los seis tripulantes, un hombre alto, desgarrado, de hablar suave, que llevaba aretes de oro en las orejas. El capitán Curtis dijo que los demás tenían Placa, pero que éste era de los nuestros.

Era esencial que el resto de la tripulación no nos viera, pues resultaría muy difícil explicar que sólo hiciéramos el trayecto de ida. Nos instalaron en el mismo camarote del capitán Curtis, donde había dos literas. No se nos ocurrió preguntar dónde iba a dormir él. Estábamos los dos cansados. Me quedé dormido enseguida y sólo me despertó a medias, algo más tarde, un sonido de pasos en cubierta y el fragor rechinante que hacía la cadena al levar anclas.

Había oído decir que el movimiento de las olas mareaba a la gente pero, pese a que el «Orión» se balanceaba un poco cuando me desperté a la mañana siguiente, no llegó a causarme molestias. El capitán nos trajo el desayuno: huevos fritos con panceta y una montaña de patatas fritas, y unos tazones llenos de un líquido caliente de color marrón que despedía un olor raro pero delicioso. Henry olió el suyo.

—¿Qué es?

—Café. Viene de muy lejos, y los hombres de tierra pagan mucho por él. ¿Estáis bien? —Asentimos—. Nadie entrará aquí. Saben que mi puerta está siempre cerrada con llave. Pero de todos modos no hagáis ruido. Será solamente hoy. Con este viento estaremos en puerto antes de que se ponga el sol.

En el camarote había una portilla, a través de la cual podíamos mirar las olas azules, esporádicamente coronadas de blanco. Para los chicos que jamás habían visto una extensión de agua mayor que el lago de la Casa Solariega, aquél era un espectáculo extraño; al principio estábamos fascinados, pero pronto nos acostumbramos y al final llegamos a cansarnos. A lo largo del día sólo sucedió una cosa que rompió la monotonía, aunque fue un sobresalto.

A media tarde, por encima del crujir de las cuerdas y estayes y del batir de las olas, oímos un sonido nuevo, un lamento agudo, distante, que parecía brotar del mismo mar. Henry estaba junto a la portilla. Dijo:

—Ven a mirar, Will.

Su voz indicaba urgencia. Dejé la madera que había estado tallando, intentando darle forma de barco, y fui junto a él. En el mar azul verdoso no había nada, lo único que se veía era una franja plateada de luz solar contra el horizonte. Pero entre la neblina de plata se movía algo, un parpadeo en medio de la luz. Hasta que, después de cruzar el surco de sol y penetrar en lo azul, adquirió forma. Un Trípode, seguido de un segundo, y un tercero, hasta un total de seis.

Dije asombrado:

—¿Pueden andar por el agua?

—Vienen hacia aquí.

Se desplazaban velozmente. Me fijé en que no movían las patas, como ocurre cuando van por tierra, sino que las mantenían en una posición triangular fija, y cada pie levantaba una ola tal que, suponiendo que el tamaño de los Trípodes fuera el habitual, debía alcanzar veinte pies de altura. Viajaban a una velocidad muy superior al galope de un caballo. Seguían enfilándonos y su velocidad parecía ir en aumento, pues las olas se remontaron aún más sobre la línea del horizonte. Vi que al final de cada pie había una especie de flotador. Si no cambiaban de trayectoria chocarían con el «Orión». Si uno de ellos lo golpeaba y lo hacía volcar, ¿qué podríamos hacer estando bajo cubierta, encerrados con llave en un camarote?

Cuando se encontraba a unas veinticinco yardas de distancia, el Trípode que iba en cabeza viró bruscamente hacia la izquierda y pasó muy cerca de nuestra popa. Los demás lo siguieron. Se escuchó un aullido como de doce vientos distintos, recorriendo la escala de arriba abajo. Entonces la primera ola alcanzó el barco, que se agitó como si fuera una nuez. Caímos los dos, pues el suelo del camarote se inclinó, y yo me hice daño al golpearme contra la barra de la litera. Fui a levantarme, y el vaivén del barco me lanzó hacia la portilla, que estaba abierta. El mar se elevó hacia mí. Se estrelló una ola que nos dejó empapados. Y el aullido volvió a aumentar, pues los Trípodes volvían a dar una vuelta alrededor del barco.

Dieron tres o cuatro, —no estaba de humor para llevar la cuenta exacta—, antes de seguir su camino. Más tarde, el capitán Curtis nos dijo que este tipo de encuentros no era raro; el «Orión» ya había tenido media docena. Nadie sabía por qué lo hacían; a lo mejor era una broma. Una broma que podía acabar muy mal: un buen número de barcos se había hundido así. Nosotros sólo estábamos empapados y estremecidos. Creo que a mí me estremeció más su aspecto que sus acciones. Dominaban el mar, además de la tierra. Me imagino que de haberlo pensado lo habría supuesto. Pero no había sido así y la realidad me deprimía.

Henry le dijo al capitán:

—Por el sonido no parecían Trípodes.

—¿El sonido? Supongo que sólo habréis oído el Toque Ceremonial de la Placa. Al norte del Canal se encargan de la Ceremonia de la Placa, y eso viene a ser todo. Al sur veréis más, y los oiréis. Tienen toda clase de toques.

Aquello era distinto. Antes sólo los relacionaba con la Ceremonia de la Placa, y nada más. Lo que me había dicho Ozymandias de que cazaban hombres igual que los hombres cazan zorros no me había afectado de verdad. Mi entendimiento rechazó la idea como algo imaginario. Ya no. Me sentía deprimido. También estaba un poco asustado.

El capitán Curtis nos sacó del «Orión» de un modo muy parecido a como nos llevó a bordo. Antes de irnos nos dio comida, llenó mi bolsa, y le dio otra a Henry. También nos dio consejos de última hora.

—Manteneos apartados, evitad todo contacto con la gente. Acordaos de que hablan otro idioma. No les entenderéis y ellos no os entenderán a vosotros. Si os cogen os entregarán para que os pongan la Placa.

Nos miró, la luz de la lámpara tenía reflejos color oro rojizo por entre el negro de sus patillas. Su rostro era severo, hasta que se le conocía.

—Ha pasado otras veces. Con chicos que, como vosotros, iban camino de las montañas o con chicos que habían huido de alguien como Rowley. Fueron capturados por extranjeros y les insertaron la Placa en una tierra extranjera. Todos se convirtieron en Vagabundos, y además de la peor especie. Puede que fuera porque los dispositivos están previstos para pensar en determinado idioma y al no ser capaz de comprenderlo, la persona queda dañada. O puede que ellos insistan hasta obtener respuesta o provocar un colapso (siendo así que el sujeto no sabe responder como ellos quieren). En cualquier caso, manteneos alejados de la gente. Salid de prisa de esta ciudad y después evitad las ciudades y los pueblos.

Condujo el bote a un muelle carenero. Había dos o tres barcos de costado, pero no había señales de vida. Se podían oír ruidos lejanos —alguien que daba martillazos, voces que cantaban débilmente—, pero en las inmediaciones no había más que los cascos de los barcos, nítidamente perfilados a la luz de la luna, la línea baja del muro portuario y los tejados de la ciudad, al otro lado. Una ciudad extraña en una tierra extraña, a cuyas gentes no podíamos ni debíamos hablar. La quilla del bote crujió sobre los guijarros.

—Bajad, —musitó el capitán Curtis—. ¡Buena suerte!

Al pisar los guijarros hicimos un ruido que resaltó en el silencio de la noche y durante un momento nos quedamos escuchando. Nada se movía. Miré hacia atrás y vi cómo desaparecía el bote por detrás de una barca más grande, que estaba amarrada muy cerca. Estábamos solos. Le hice un gesto a Henry y empezamos a subir por el muelle carenero. El capitán Curtis había dicho que se salía al paseo, después había que torcer a la izquierda y caminar cien yardas. A la derecha había una carretera. Siguiéndola se salía de la ciudad. Al cabo de un cuarto de hora podríamos relajar la vigilancia, aunque fuera poco.

Sin embargo, tardamos algo así como un cuarto de minuto.

A lo largo del muro del puerto discurría una carretera, y en el lado de enfrente había una hilera de casas, más altas y al parecer más estrechas que las de Rumney. Cuando Henry y yo atravesábamos la entrada del muelle carenero se abrió una puerta

a mitad de camino y salió un hombre. Al vernos gritó. Salimos corriendo, y él detrás de nosotros, y después salieron más por la puerta abierta. Puede que corriera unas cincuenta yardas antes de que me alcanzaran y me retuvieran. El que me tenía agarrado, un hombre corpulento, de aspecto extraño y aliento desagradable, me zarandó y me preguntó algo: por lo menos podía darme cuenta de que me estaba haciendo una pregunta. Busqué a Henry y vi que también lo habían atrapado. Me pregunté si el capitán Curtis habría oído algo del altercado. Seguramente no, y si así fuera, no podía hacer nada. Nos lo había dicho claramente.

Nos llevaron a rastras y cruzamos la carretera. La casa era una taberna, pero no se parecía mucho a la taberna de Rumney. Estábamos en una habitación pequeña, cargada de humo de tabaco y que olía a alcohol, pero tanto el tabaco como el alcohol olían de otro modo. Había un mostrador, media docena de mesas de mármol y sillas de respaldo alto. Los hombres nos rodeaban, hablaban ininteligiblemente y hacían muchos gestos con las manos. Me daba la sensación de que estaban decepcionados por algo. En la parte de atrás de la habitación había una escalera de caracol que conducía a un piso inferior y otro superior. Alguien nos observaba desde los escalones superiores, mirando por encima de las cabezas que nos rodeaban.

Pese a ser alto y a que su rostro indicaba cierta edad, no tenía Placa. Pero lo que resultaba más chocante en él era lo que llevaba en la cara. De detrás de las orejas le salían dos varas finas de metal que sujetaban un soporte consistente en dos cristales redondos, uno delante de cada ojo. Uno de ellos era algo mayor que el otro, lo cual le daba un aspecto de bizco muy peculiar. Incluso en medio de aquella situación tan comprometedora me hizo gracia. De hecho, tenía un aspecto lo suficientemente raro como para ser un Vagabundo, aunque eso era imposible dado que aún no le habían insertado la Placa. Caí en la cuenta de que aparentaba ser mayor debido al artilugio que llevaba puesto. Por detrás de éste, sus rasgos eran finos. Era mucho más alto que yo, si bien podría ser más joven.

Pero no tenía muchas posibilidades de dedicarme a especular. Después de unos minutos de acoso, haciéndonos preguntas en su extraño idioma, resultó evidente que los hombres llegaron a una conclusión. Se encogieron de hombros, gesticularon con las manos y nos empujaron hacia la escalera. Nos llevaron abajo y aa empellones nos hicieron pasar por una puerta situada al fondo. Me derribaron de un golpe y oí cómo, detrás de nosotros, giraba la llave en la cerradura.

Durante media hora o así oímos gente moviéndose encima de donde estábamos y un grave murmullo de voces. Después ruido de despedidas y, a través de un ventanuco que tenía barrotes horizontales y estaba muy arriba, vimos pasar piernas contra la luz de la luna; nos recordaba la forma de andar de las personas que han bebido, cuando se retiran a su casa. Nadie bajó donde estábamos. Oímos el chasquido de los cerrojos y las pisadas del último par de pies, —sería el tabernero—, y después

ya nada, excepto unos arañazos lejanos, que seguramente haría una rata.

Lo más probable era que nos retuvieran a fin de que nos fuera insertada la Placa. Otra vez sentí miedo al darme cuenta de lo pronto que aquello podría suceder, — incluso podría ser mañana—, y, como si fuera por primera vez, al contemplar la perspectiva de una futura vida de loco. Ni siquiera tendría a Henry, porque los Vagabundos van por ahí solos, cada uno de ellos envuelto en sus propias fantasías y ensoñaciones estrafalarias.

Henry dijo:

—Me pregunto...

Oír su voz era un ligero alivio. Dije:

—¿Qué?

—La ventana. Si te ayudo a subir...

Yo no creía que nos hubieran encerrado en un lugar del que pudiéramos salir tan fácilmente, pero se podía intentar. Henry se arrodilló junto a la pared y yo me subí, en calcetines, sobre sus hombros. Sentí una punzada de dolor en el tobillo, pero no hice caso. Él fue alzándose lentamente en tanto yo mantenía las manos apoyadas contra la pared tratando de alcanzar los barrotes. Por fin llegué, primero a uno, luego a otro. Tiré y empujé, pero estaban firmemente hundidos en la piedra por arriba y por abajo. Henry se movía bajo mi peso. Le dije:

—Es inútil.

—Prueba otra vez. Si tú...

Se cortó, yo oí lo mismo que él: el chasquido de una llave contra los laterales de la cerradura. Bajé de un salto y me quedé mirando hacia el rectángulo de la puerta, que era más oscuro. Se abrió con un chirrido lento. Al otro lado había luz, alguien sostenía un farol; la luz se reflejaba en unos pequeños círculos de vidrio. Era el chico que nos había observado desde las escaleras.

Entonces habló y, para mayor asombro mío, lo hizo en inglés:

—No hagáis ruido, —dijo—. Os ayudaré.

Subimos las escaleras en silencio detrás de él; las viejas maderas crujían bajo nuestros pies; atravesamos la estancia de la taberna. Descorrió los cerrojos con mucho cuidado, pero hicieron un ruido espantoso. Por fin la puerta quedó abierta. Yo susurré:

—Gracias, nosotros...

Estiró la cabeza hacia delante, el artilugio que llevaba en la nariz adquirió un aspecto aún más ridículo, y dijo:

—¿Queréis ir al barco? Aún puedo ayudaros.

—A un barco no. Al sur.

—¿Al sur? ¿Desde la ciudad a en el interior? ¿No al mar?

—Sí —dije yo—, hacia el interior.

—También puedo ayudaros en eso, —apagó el farol y lo metió por la puerta—. Os enseñaré.

La luna aún brillaba sobre el muelle y los mástiles de los barcos, que se mecían suavemente en el puerto, pero había zonas en las que las nubes ocultaban las estrellas, y se estaba levantando brisa en el mar. Él inició el camino indicado por el capitán Curtis, pero antes de que pasara mucho tiempo nos condujo a un callejón. Subimos unos peldaños y el callejón se hizo sinuoso. Era tan estrecho que no llegaba la luz de la luna; apenas veíamos por dónde íbamos.

Después llegamos a una calzada, luego a otro callejón y de nuevo a una calzada. La calzada se ensanchó y empezó a haber cada vez menos casas a ambos lados, hasta que por fin llegamos a un lugar en el que había un prado iluminado en el que se veían dispersas las formas oscuras de las vacas. Se detuvo junto a una pendiente cubierta de hierba.

—Por aquí se va al sur, —dijo.

Yo dije:

—¿Vasa tener problemas? ¿Se van a enterar de que fuiste tú quien nos dejó escapar?

Se encogió de hombros, meneando la cabeza.

—No importa, —lo pronunció de un modo extraño—. ¿Me vais a decir por qué queréis ir a en el interior? —esta vez se corrigió el solo—. ¿Al interior?

Dudé un momento.

—Hemos oído hablar de un lugar, al sur, donde no hay Placas ni Trípodes.

—¿Placas? —repitió—. ¿Trípodes? —se tocó la cabeza y dijo una palabra en su idioma—. Esas cosas grandes que tienen tres patas... ¿son los Trípodes? ¿Un lugar donde no hay? ¿Es posible? Todo el mundo tiene... ¿Placa...? y los Trípodes llegan a todas partes.

—Puede que a las montañas no.

Asintió con la cabeza.

—Y al sur hay montañas. Donde poder esconderse, aunque sólo sea eso. ¿Es allí donde vais? ¿Es posible que vaya yo?

Miré a Henry, pero apenas si hacía falta una confirmación. Alguien que ya nos había demostrado ser espabilado, que conocía el país y el idioma. Casi costaba trabajo creérselo.

—¿Puedes venir tal como estás? —le pregunté—. Regresar sería arriesgado.

—Ahora estoy dispuesto, —nos dio la mano, primero a mí, después a Henry—. Me llamo... Yo soy Shan-Pol.

Tenía un aspecto solemne y extraño, tan alto y delgado, con aquel chisme de metal y vidrio en la cara. Henry se echó a reír.

—¡Te pega más Larguirucho! Se quedó mirando a Henry inquisitivamente

durante un momento. Después también se echó a reír.

CAPÍTULO 5

LA CIUDAD DE LOS ANTIGUOS

Anduvimos durante toda la noche y tras recorrer diez o doce millas, cuando la aurora veraniega apuntaba por el horizonte, hicimos un alto para descansar y comer. Mientras descansábamos, Larguirucho nos dijo la razón por la cual los hombres habían salido precipitadamente de la taberna a por nosotros la noche anterior: algunos chicos de la localidad se habían dedicado a causar desperfectos en los barcos del muelle carenero y los marineros nos tomaron por los culpables. Un golpe de mala suerte, aunque había resultado bien. También nos contó algo sobre sí mismo. Sus padres murieron cuando él era un bebé; la taberna era propiedad de sus tíos. Al parecer habían cuidado bien de él, aunque de un modo distanciado, sin demasiado afecto o, en todo caso, sin dar muchas muestras de cariño. Saqué la impresión de que incluso tal vez les asustara un poco. Aunque parezca una tontería no lo era porque en él había algo notorio: era tremendamente inteligente.

Que hablara inglés, por ejemplo: se había encontrado un libro viejo que daba instrucciones sobre el idioma, y aprendió solo. Y el artilugio que llevaba en la cara. No veía bien y había llegado a la conclusión de que, puesto que los telescopios de los marineros les servían para ver desde lejos, un cristal colocado delante de cada ojo podría permitirle ver con más claridad. Se dedicó a probar lentes hasta que dio con unas que servían. También había intentado otras cosas, con menos éxito, pero se veía que podrían haber funcionado. Observó que el aire caliente se elevaba y llenó una vejiga de cerdo con el vapor que despedía una cacerola; el resultado fue que se elevó hasta el techo. De modo que intentó construir un gran globo de hule que estuviera fijado a una plataforma, situando un brasero debajo de la abertura, con la esperanza de que se elevara por los aires; pero no pasó nada. Otra idea que no había dado resultado consistía en colocar muelles en el extremo de unos zancos: intentándolo se rompió una pierna el año pasado.

Últimamente se había sentido cada vez más incómodo ante la perspectiva de que le pusieran la Placa, suponiendo acertadamente que aquello pondría fin a sus invenciones. Me di cuenta de que no éramos sólo Jack, yo mismo y Henry los que teníamos dudas por la inserción de la Placa. Seguramente todos o casi todos los chicos las tenían, pero no hablaban de ello porque era algo de lo que no se hablaba. Larguirucho dijo que la idea del globo se le había ocurrido de la siguiente manera: se había imaginado que se desplazaba por el aire y llegaba a tierras extrañas, tal vez un lugar donde no hubiera Trípodes. Le habíamos interesado porque había supuesto que veníamos de más al norte del mar, y se decía que allí había menos Trípodes.

No mucho después de reemprender viaje llegamos a un cruce y nuevamente recapacité en la suerte que habíamos tenido al encontrarle. Yo hubiera tomado la

carretera del sur, pero él escogió el oeste.

—Es por el... —dijo una palabra que sonó algo así como Shemand-Fer^[1]—. No sé cómo se dice en vuestro idioma.

—¿Qué es? —preguntó Henry.

—Es bastante difícil de explicar, creo. Ya lo veréis.

El Shemand-Fer salía del interior de una ciudad, pero nosotros la evitamos y llegamos a una colina en cuya cima había unas ruinas, situada hacia el extremo sur. Al mirar hacia abajo vimos una pista sobre la que discurrían dos líneas paralelas que brillaban al sol; salían de la ciudad y se perdían en la lejanía. Al final de la ciudad había un espacio abierto en el cual se veían media docena de objetos con aspecto de enormes cajas provistas de ruedas. Estaban enganchadas unas de otras. Mientras observábamos enjaezaron por parejas a una docena de caballos y los uncieron a la caja más cercana. Un hombre iba montado en la pareja delantera y otro en la segunda pareja, contando a partir de la caja. A una señal, los caballos tiraron hacia delante y las cajas empezaron a moverse, primero lentamente y después a mayor velocidad. Cuando alcanzaron un buen ritmo los ocho caballos delanteros se soltaron y se alejaron al galope siguiendo una dirección oblicua. Los otros cuatro siguieron tirando de las cajas hasta dejar atrás nuestro puesto de observación. Había cinco cajas en total. Las dos que iban delante tenían aberturas laterales, y pudimos ver que había gente sentada en el interior; las demás iban cerradas.

Larguirucho explicó que hacían falta doce caballos para que las ruedas echaran a andar sobre las líneas, pero una vez en movimiento con cuatro era suficiente. El Shemand-Fer transportaba mercancías y personas hasta muy al sur, —más de cien millas, decían—. Nos ahorraríamos andar bastante. Yo estaba de acuerdo, pero pregunté cómo íbamos a subirnos, ya que cuando pasaron por delante de nosotros los caballos iban a toda velocidad. También tenía respuesta para eso. Aunque el terreno por el que discurrían las líneas parecía llano había tramos cuesta arriba y cuesta bajo. En las cuestas abajo el jinete podía frenar las ruedas de las cajas. Cuando había que subir una pendiente los caballos tenían que tirar hacia arriba con gran fuerza, con lo cual a veces iban avanzando casi al paso, hasta que alcanzaban la cima.

Fuimos siguiendo las líneas, ahora vacías, alejándonos del pueblo. Eran de hierro y por arriba brillaban debido al roce de las ruedas; iban sujetas a unos tablones gruesos que asomaban a veces a la superficie, medio cubiertos de tierra. Era un modo de viajar inteligente, pero a Larguirucho no le convencía.

—Vapor, —dijo, pensativo—. Se eleva. También empuja. ¿Te has fijado en cómo se levantan las tapas de las cacerolas? ¿Y si se formara una gran cantidad de vapor, —como si fuera una enorme cacerola—, y se empujara a los coches desde atrás? Pero

no, es imposible.

Nos reímos, dándole la razón. Henry dijo:

—Sería lo mismo que levantarse tirando de los cordones de los zapatos.

Larguirucho negó con la cabeza.

—Hay algún modo, estoy seguro.

Encontrar un buen sitio para subirse al Shemand-Fer resultó más fácil de lo que yo creía. La pendiente apenas se notaba, pero el final de la cuesta estaba señalizado con un poste de madera provisto de sendos salientes a ambos lados, apuntando hacia abajo. En las inmediaciones había arbustos que permitían ocultarse. Tuvimos que esperar media hora antes de avistar el siguiente, pero iba en dirección contraria. (Yo estaba intrigado por el hecho de que hubiera una sola pista, y después vi que en determinados lugares la pista se desdoblaba, para que pudieran pasar dos). Por fin apareció el que iba en la dirección adecuada; vimos cómo menguaba el galope de los caballos, hasta quedar reducido a un paso trabajoso y jadeante. Cuando hubieron pasado los carruajes que transportaban gente salimos disparados y nos subimos al del final. Larguirucho saltó primero, gateó por un lateral y subió al techo liso. Apenas habíamos hecho lo mismo Henry y yo cuando el Shemand-Fer se paró.

Pensé que tal vez nuestro peso extra lo hubiera detenido, pero Larguirucho hizo un gesto negativo con la cabeza. Se volvió susurrando:

—Han llegado a lo alto. Los caballos descansan y se les da agua.

Después continúan.

Y tras un descanso de cinco minutos así lo hicieron, ganando enseguida velocidad. A lo largo del techo había una barra a la que se podía uno sujetar y el movimiento no resultaba incómodo (mejor que viajar en carruaje por una carretera normal, tropezando constantemente con piedras y baches). Henry y yo contemplábamos el paisaje que desfilaba velozmente ante nosotros. Larguirucho miraba al cielo, ensimismado. Yo tenía la sospecha de que aún seguía dándole vueltas a su idea de emplear vapor en lugar de caballos. Pensé que era una pena que con tantas ideas en la cabeza no fuera capaz de distinguir las sensatas de las ridículas.

De vez en cuando parábamos en un pueblo, subía y bajaba gente, se cargaban y descargaban mercancías. Nosotros nos apretábamos tumbados contra el techo y guardábamos silencio con la esperanza de que nadie se subiera allí. Una vez descargaron una piedra de molino entre numerosos jadeos y maldiciones, justamente debajo de donde estábamos, y yo me acordé del trabajo que le había costado a mi padre conseguir que le llevaran a Wherton una piedra de molino nueva. No lejos del pueblo había un terraplén elevado que tenía muchas millas de extensión y se me ocurrió que allí se podría construir un Shemand-Fer. ¿O quizá lo habrían construido hace mucho, antes de la llegada de los Trípodes? La idea, al igual que tantas otras que

se me ocurrían últimamente, era sorprendente.

Dos veces vimos Trípodes de lejos. Me pareció que siendo más numerosos en este país, debían causar grandes daños a las cosechas. No sólo a las cosechas, dijo Larguirucho. Los grandes pies metálicos causaban la muerte de muchos animales; y también de personas, si no eran lo suficientemente rápidas como para apartarse a tiempo. Esto, como todo lo demás, se aceptaba sin más. Pero nosotros ya no; una vez que empezamos a hacernos preguntas, cada duda daba origen a una veintena más.

Hacia el atardecer, durante una parada para que los caballos se repusieran, vimos una ciudad a lo lejos. Parecía mayor que la ciudad de la que había salido el Shemand-Fer y Larguirucho pensó que tal vez aquél fuera el final del trayecto. Parecía una buena oportunidad para bajarse y así lo hicimos, cuando los caballos se pusieron nuevamente en movimiento, obedeciendo los gritos del conductor. Nos deslizamos cuando el Shemand-Fer empezaba a coger velocidad y nos quedamos mirando cómo desaparecían los carruajes. Habíamos viajado casi todo el tiempo en dirección sudeste, recorriendo una distancia que oscilaba entre las cincuenta y las cien millas. Aunque serían menos de cien, de lo contrario tendríamos que haber divisado algo que en el mapa aparecía indicado como un punto de referencia: las ruinas de una de las grandes ciudades de los antiguos. Estábamos de acuerdo en que lo que había que hacer era dirigirse hacia el sur.

Seguimos viajando mientras hubo luz. Todavía hacía buen tiempo pero se había nublado. Buscamos un refugio antes de que la oscuridad nos obligara a parar, pero no encontramos nada y al final nos instalamos en una zanja. Afortunadamente no llovió durante la noche. Por la mañana las nubes seguían amenazando, pero no pasaban de ahí; nos comimos un bocadillo de queso y seguimos nuestro camino. Subimos una pendiente situada junto a un bosque, donde podríamos ocultarnos si hubiera peligro de que nos vieran. Henry llegó el primero a la cima y allí se quedó, completamente inmóvil, mirando fijamente hacia el frente. Yo aceleré el paso, deseoso de ver qué estaba mirando. Cuando lo alcancé yo también me detuve, asombrado.

Lo que se extendía ante nosotros, a varias millas de distancia, eran las ruinas de la gran ciudad. Jamás había visto nada que se le pareciera ni remotamente. Tenía millas y millas de extensión y en ella había elevaciones y hondonadas. El bosque la había invadido y por todas partes se agitaba el color verde de los árboles, pero también por todas partes se veían los restos blancos y amarillentos de los edificios. Los árboles formaban hileras entre éstos y parecían las venas de alguna criatura monstruosa.

Nos quedamos callados hasta que Larguirucho dijo:

—Esto lo construyó mi pueblo.

Henry dijo:

—¿Cuántas personas crees que vivían ahí? ¿Miles? ¿Cientos de miles? ¿Un

millón?

Dije yo:

—Tendremos que dar un gran rodeo. No veo dónde acaba.

—¿Un rodeo? —preguntó Larguirucho—. ¿Pero por qué? ¿Por qué no la atravesamos?

Me acordé de Jack y lo que me dijo del enorme barco que había visto en el puerto de la gran ciudad situada al sur de Winchester. A ninguno de los dos se nos había ocurrido que podría haber hecho algo más que simplemente mirar desde lejos; jamás nadie se acercaba a las grandes ciudades. Pero aquella forma de pensar procedía de los Trípodes y las Placas. La sugerencia de Larguirucho resultó primero aterradora y después sugestiva. Henry dijo en voz baja:

—¿Crees que podríamos atravesarla?

—Podemos intentarlo, —dijo Larguirucho—. Si resulta demasiado difícil, podemos volver.

Al acercarnos pudimos ver cómo eran aquellas venas. Los árboles seguían el trazado de las antiguas calles, brotaban a través de la piedra negra con que estaban construidas y se remontaban por encima de los cañones que formaba la doble hilera de edificios. Caminábamos en medio de su sombra oscura y fresca, al principio en silencio. No sé los otros, pero a mí me hacía falta todo el valor que pudiera juntar. Por encima de nosotros cantaban los pájaros, realzando el silencio y la penumbra de las profundidades por las que avanzábamos. Poco a poco empezamos a interesarnos por lo que nos rodeaba y a hablar, al principio susurrando, después con más naturalidad.

Se veían cosas extrañas. Por supuesto, signos de muerte, el brillo blanco de huesos que un día tuvieron carne. Ya nos lo esperábamos. Pero uno de los primeros esqueletos que vimos se encontraba desplomado en el interior de un rectángulo herrumbroso, abombado por el centro, provisto de ruedas metálicas que tenían un reborde hecho con una sustancia negra y dura. Había otros artefactos parecidos; Larguirucho se detuvo junto a uno y se asomó al interior. Dijo:

—Sitios para que los hombres se sienten. Y ruedas. Así que es algún tipo de vehículo.

Henry dijo:

—No puede ser. No hay donde enganchar el caballo. A menos que el óxido haya destruido por completo las vigas de sujeción.

—No, —dijo Larguirucho—. Son todos iguales. Mira.

Dije yo:

—Puede que fueran casetas para que la gente descansara cuando estuviera fatigada de andar.

—¿Con ruedas? —preguntó Larguirucho—. No. Eran vehículos sin caballos. Estoy seguro.

—¡A lo mejor impulsados por una de tus cacerolas gigantes! —dijo Henry.

Larguirucho se quedó mirando fijamente aquello y dijo muy serio:

—Puede que tengas razón.

Algunos de los edificios estaban derruidos debido a los años y la erosión, y en algunos sitios había muchos totalmente arrasados, como si los hubieran aplastado con un martillo desde el cielo. Pero había muchos que se conservaban más o menos intactos y, por fin, nos aventuramos a entrar en uno. Evidentemente había sido una tienda, pero de un tamaño enorme. Había latas por todas partes, algunas aún seguían apiladas en estantes, pero la mayoría estaban desparramadas por el suelo. Cogí una. Tenía un papel pegado alrededor, con un dibujo desvaído de unas ciruelas. También había dibujos en otras latas: fruta, vegetales, cuencos de sopa. Habían contenido comida. Era bastante lógico: con tanta gente viviendo junta, sin tierra que cultivar, tendrían que llevarles comida envasada, de la misma manera que mi madre envasaba cosas en verano para usarlas en invierno. Las latas estaban corroídas y en algunas partes se habían perforado, pudiendo verse en su interior una masa reseca e indiferenciada.

Había miles de tiendas y nos metimos en muchas. El contenido nos asombraba. Grandes piezas de tela enmohecida, en la que aún podían apreciarse extraños colores y dibujos; filas y filas de cajas de cartón deshechas, en cuyo interior había zapatos de cuero en putrefacción; instrumentos musicales, unos pocos conocidos pero la mayoría increíblemente extraños; figuras de mujer hechas con una sustancia dura y extraña, vestidas con restos andrajosos de tela. Y un lugar lleno de botellas que Larguirucho nos dijo contenían vino. Abrió una y lo probamos, pero hicimos muecas porque estaba muy ácido: se había estropeado mucho. Nos llevamos algunas de las cosas que vimos: un cuchillo, un hacha pequeña que tenía el borde oxidado pero se podía afilar, una especie de frasco de un material azul translúcido que pesaba muy poco y era mejor para llevar agua que los recipientes que nos dio el capitán Curtis a Henry y a mí, velas y cosas por el estilo.

Pero la tienda que me dejó más admirado era bastante pequeña. Estaba encajonada entre dos mucho mayores, y aparte del acostumbrado cristal roto tenía por delante una barrera de metal retorcido y oxidado. Cuando entré me pareció la cueva de Aladino. Había anillos de oro que tenían engastados diamantes y otras piedras, broches, collares, brazaletes. ¡Y puede que una veintena de Relojes!

Cogí uno. También era de oro y tenía una pulsera de oro macizo que se ensanchó cuando metí los dedos y los estiré; de modo que se podía agrandar lo suficientemente como para meter la mano y después dejarlo cómodamente ajustado a la muñeca. Es decir, en una muñeca más gruesa que la mía. Cuando me lo puse me quedaba grande, así que me lo ajusté más arriba. Por supuesto que no andaba, pero era un Reloj. Los otros dos estaban explorando al otro lado de la calle. Pensé en llamarles, pero después

pensé que no.

No se trataba sólo de que yo no quisiera que tuvieran un Reloj como el mío, aunque eso influía. Además me acordaba de la pelea que tuve con Henry por causa del Reloj de mi padre, cuando Jack me ayudó a quitárselo. Creo que el motivo era algo menos definido, una sensación de descontento. Mi antipatía hacia Henry había quedado arrumbada debido a las dificultades y peligros que habíamos encontrado y compartido. Cuando se nos unió Larguirucho yo le hablaba sobre todo a éste y él correspondía: hasta cierto punto, Henry había quedado al margen. Yo me daba cuenta y me temo que me parecía bien.

Sin embargo hoy, en especial desde que entramos en la gran ciudad, yo había detectado un cambio. No era nada concreto; sólo que cuando Henry hablaba solía dirigirse a Larguirucho y éste hacía otro tanto con Henry; de hecho se había pasado de una situación en la que el centro éramos Larguirucho y yo, con Henry un poco desplazado, a otra en la que el que quedaba en cierto modo excluido era yo. Y ocurrió que yo encontré la tienda de las joyas y los relojes mientras ellos se quedaban estudiando una extraña máquina que tenía por delante cuatro filas de pequeñas superficies blancas en las que aparecían letras. Volví a mirar el Reloj. No, no pensaba llamarles.

Finalmente, dejamos más o menos de mirar en las tiendas. En parte lo hicimos porque nuestra curiosidad había quedado saciada, pero sobre todo porque llevábamos varias horas en la ciudad sin que nada indicara que nos acercábamos al otro extremo. En realidad era al contrario. En un punto la devastación había dejado una gran montaña de escombros; subimos por entre los arbustos y la hierba que la recubrían y desde arriba contemplamos el agitarse de la vegetación y las piedras desmoronadas. Se extendía en torno a nosotros, en apariencia sin límites, igual que un mar erizado de arrecifes rocosos. De no ser por la brújula, nos habríamos perdido, pues hacía un día nublado y no podíamos orientarnos por el sol. Así las cosas, sabíamos que aún estábamos en dirección sur y que aún no había transcurrido la mitad del día, pero sentíamos la necesidad de avanzar más deprisa de lo que lo habíamos hecho hasta entonces.

Llegamos a las calles más anchas, flanqueadas por edificios más enormes, que en su anchura recorrían inmensas distancias en línea recta. Nos paramos a comer en el punto de intersección entre varias de ellas; había un lugar en el que los árboles no habían hallado asidero y nos sentamos en una piedra cubierta de musgo a comer la carne y las gal etas duras que nos había dado el capitán Curtis; se nos había acabado el pan. Después descansamos, pero Larguirucho se levantó al cabo de un rato y se fue a merodear. Henry le siguió. Yo me quedé tumbado mirando el cielo gris y al principio no respondí cuando me llamaron. Pero Larguirucho volvió a llamar y su voz revelaba excitación. Al parecer habían encontrado algo interesante.

Se trataba de un gran agujero, que se hallaba rodeado en tres de sus lados por unas barandillas oxidadas y tenía unas escaleras que bajaban hacia la oscuridad. Arriba, frente a la entrada, había una chapa de metal en la que se leía «Metro».

Larguirucho dijo:

—Las escaleras... son tan amplias que caben diez personas a lo ancho. ¿Dónde conducirán?

Dije yo:

—¿Qué importa eso? Si no vamos a descansar, más vale que sigamos.

—Me gustaría entenderlo... —dijo Larguirucho—. ¿Por qué construirían una cosa así, un túnel tan grande?

—¿Qué más da? —dije encogiéndome de hombros—. No ibas a ver nada ahí abajo.

—Tenemos cerillas, —dijo Henry.

Dije, enfadado:

—No tenemos tiempo. No queremos pasar una noche aquí. No me hicieron caso. Henry le dijo a Larguirucho:

—Podríamos bajar un poco y ver qué hay, —Larguirucho asintió.

Yo dije:

—¡Es una idiotez!

Henry dijo:

—No tienes por qué venir si no quieres. Puedes quedarte aquí y descansar.

Lo dijo con indiferencia, buscando ya en su bolsa las velas. Habría que encenderlas y yo era el único que tenía yesquero. Pero me di cuenta de que estaban decididos y lo mejor que podía hacer yo era ceder con la mayor naturalidad posible. Dije:

—Iré con vosotros. Aunque sigo pensando que no tiene sentido.

Las escaleras bajaban, en primer lugar, hasta una caverna, que exploramos todo lo bien que lo permitía la escasa luz de las velas. Al no estar tan sometidas a la acción de los elementos, las cosas se habían deteriorado aquí menos que en el mundo superior. Había extrañas máquinas parcialmente oxidadas pero por lo demás no estaban estropeadas, así como una especie de cabina que tenía cristal en las ventanas y estaba intacta.

Y había túneles que salían de la caverna; algunos, como el que usamos para entrar, tenían escaleras de subida, otros bajaban aún más. Larguirucho era partidario de explorar uno de éstos y se salió con la suya por falta de oposición. Los escalones llegaban muy abajo y al fondo había otro túnel pequeño que se dirigía hacia la derecha. El escaso interés que hubiera podido tener yo había desaparecido; lo único que quería era volver arriba, a la luz. Pero no iba a sugerirlo. Me daba la impresión, a juzgar por la creciente falta de entusiasmo con que respondía a los comentarios de

Larguirucho, de que Henry no estaba más deseoso de continuar avanzando que yo; quizá menos. Aquello, al menos, me proporcionó una pequeña satisfacción.

Larguirucho iba en cabeza avanzando por el pequeño túnel que daba vueltas y acababa en una verja de gruesos barrotes de hierro. Cuando la empujó se abrió con un chirrido. Pasamos tras él y nos quedamos mirando lo que apareció ante nosotros.

Era otro túnel más, pero mucho mayor que los otros. El suelo era de piedra lisa y el túnel se curvaba por encima de nuestras cabezas y seguía más allá de donde alcanzábamos con la luz. Sin embargo, lo que nos asombró fue la cosa que había allí. Al principio creí que era una casa, una casa larga y estrecha de vidrio y metal, y me preguntaba quién habría querido vivir allí, tan bajo tierra. Después vi que se encontraba emplazado en una ancha hendidura paralela a la superficie sobre la que nos encontrábamos, que tenía ruedas por abajo y que las ruedas descansaban sobre largas barras de metal. Era una especie de Shemand-Fer.

¿Pero para viajar adónde? ¿Era posible que este túnel recorriera cien millas, como pasaba con la pista del Shemand-Fer, pero bajo tierra? ¿Quizá en dirección a una ciudad enterrada cuyas maravillas eran aún mayores que las de la ciudad situada encima de nosotros? ¿Y cómo? Seguimos caminando y vimos que los carruajes se sucedían uno tras otro: cuatro, cinco, seis, contamos, y un poco más allá del último carruaje se hallaba la boca de un túnel menor, dentro del cual se introducían las líneas desocupadas hasta perderse.

El último carruaje tenía ventanas en el extremo anterior. Dentro había un asiento, palancas e instrumentos. Dije:

—No hay donde enganchar los caballos. ¿Y quién haría que los caballos tirasen bajo tierra?

Henry dijo:

—Deben de haber usado tu olla de vapor.

Larguirucho miraba ávidamente los extraños instrumentos.

—O algo mucho más prodigioso, —dijo.

Al volver miramos dentro de los carruajes; los laterales estaban abiertos en determinadas partes, de modo que podía pasarse al interior. Había asientos, pero también un montón de cosas más, incluyendo pilas de latas de comida, como las que habíamos encontrado en las tiendas, pero sin oxidar, —allá abajo el aire era frío y seco, y debía ser siempre así—. Otras cosas no podíamos entenderlas: un soporte cargado de objetos de madera que tenían al final un cilindro de hierro, por ejemplo. A un lado llevaban un pequeño semicírculo de hierro en cuyo interior había un pequeño dedo de hierro que se movía al apretarlo; pero no ocurría nada.

—De modo que llevaban mercancías, —dijo Larguirucho—. Y gente, puesto que hay asientos.

Henry dijo:

—¿Qué son estas cosas?

Era un cajón de madera lleno de objetos que parecían grandes huevos de metal, tan grandes como huevos de ganso. Cogió uno y se lo enseñó a Larguirucho. Era de hierro y tenía en la superficie estrías que formaban cuadrados, así como una anilla en un extremo. Henry tiró de ella y la sacó.

Larguirucho dijo:

—¿Me dejas mirar?

Henry le pasó el huevo, pero lo hizo torpemente. Cayó antes de que Larguirucho pudiera cogerlo, llegó al suelo y rodó. Alcanzó el borde del suelo y cayó al foso. Henry se disponía a ir tras él, pero Larguirucho le sujetó del brazo.

—Déjalo. Hay más.

Ocurrió cuando se agachaba sobre el cajón. Se oyó un estallido tremendo bajo nuestros pies y el enorme carruaje de acero se estremeció por la violencia del mismo. Tuve que agarrarme a una barra vertical para no ser derribado. A lo largo del túnel fueron reverberando los ecos del estallido, como golpes de martillo que iban perdiendo fuerza. Henry dijo con voz temblorosa:

—¿Qué ha sido eso?

Pero en realidad no hacía falta que se lo dijeran. A Larguirucho se le había caído la vela y se le había apagado. La acercó a la de Henry para volver a encenderla. Dije:

—Si no hubiera rodado hasta quedar bajo el carruaje...

No hacía falta entrar en detalles. Larguirucho dijo:

—Como los fuegos artificiales, pero más potente. ¿Para qué usarían los antiguos cosas así?

Cogió otro huevo. Henry dijo:

—Yo no andaré enredando con eso.

Yo estaba de acuerdo, aunque no dije nada. Larguirucho le pasó la vela a Henry para poder mirar el huevo con más cuidado.

Henry dijo:

—Como estalle...

—No han estallado antes, —dijo Larguirucho—. Los trajeron aquí. No creo que pase nada por tocarlo. La anilla... —pasó el dedo a través de ella—. Tú tiraste de ella, se cayó y después, un poco después...

Antes de que yo entendiera bien lo que estaba haciendo, arrancó la anilla del huevo. Nosotros dos gritamos, pero él no nos hizo caso, se dirigió hacia la abertura y arrojó el huevo bajo el carruaje.

Esta vez, junto con una explosión saltaron cristales en pedazos y una ráfaga de aire apagó mi vela.

Dije enfadado:

—¡Eso ha sido una estupidez!

—Nos protege el suelo, —dijo Larguirucho—. Creo que no es muy arriesgado.

—Los cristales que han saltado podrían habernos cortado.

—No lo creo.

El caso era que, —y yo debiera haberme dado cuenta antes—, Larguirucho sólo era razonable en tanto no sintiera una gran curiosidad; cuando algo le interesaba no tenía en cuenta el riesgo. Henry dijo:

—De todos modos, yo no volvería a hacerlo.

Evidentemente compartía mis sentimientos sobre el experimento. Larguirucho dijo:

—No es necesario. Ya sabemos cómo funciona. Conté hasta siete después de sacar la anilla.

Era agradable volver a sentir que formaba parte de la mayoría, aunque la compartiera con Henry. Dije:

—De acuerdo; de modo que ya sabes cómo funciona. ¿De qué sirve eso?

Larguirucho no respondió. Se había encontrado una bolsa en una de las tiendas. El cuero estaba verde y enmohecido pero se podía limpiar bastante bien, y ahora estaba sacando huevos de la caja y guardándoselos. Dije yo:

—¿No irás a llevártelos, no?

Asintió.

—Puede que sean útiles.

—¿Para qué?

—No lo sé. Pero para algo.

Dije, terminantemente:

—No puedes. Tampoco es seguro para nosotros.

—No hay peligro a menos que se tire de la anilla.

Se había guardado cuatro en la bolsa. Miré hacia Henry buscando apoyo. Pero él dijo:

—Me imagino que podrían servir de algo, —cogió uno y lo sopesó con la mano—. Son pesados, sin embargo creo que me llevaré un par.

No sabía si lo decía sinceramente o para fastidiarme. Me mortificaba pensar que daba casi igual. Estaba nuevamente en minoría.

Subimos por los túneles y me alegré mucho de ver el cielo, aunque estaba aún más gris, con las nubes más bajas y amenazadoras. Numerosos puentes de gran tamaño lo habían atravesado, pero los que pudimos ver se hallaban parcial o totalmente destruidos; del que teníamos justamente delante sólo quedaba media docena de pilastras de escombros en torno a las cuales bullía el agua. No habiendo nada que nos indujera a elegir entre una u otra alternativa, optamos por seguir el río en dirección este.

Encontramos cuatro puentes impracticables y después el río se bifurcaba. Me

pareció que aquello significaba que si continuábamos en dirección este tendríamos que encontrar puentes intactos sobre ambos brazos, duplicándose la dificultad; lo mejor era volver y probar en dirección contraria. Pero Henry se oponía a regresar y Larguirucho le apoyaba. No me quedó más remedio que seguirles, resentido.

Mi resentimiento no disminuyó por el hecho de que el primer puente que nos encontramos se encontrara suficientemente intacto como para cruzarlo, aunque por un lado faltaba todo el parapeto y a mitad del puente había un agujero que dejaba un estrecho margen y tuvimos que bordearlo cuidadosamente. Al otro lado había relativamente pocos árboles y los edificios eran muy grandes. Después llegamos a un espacio abierto y vimos al final un edificio que, incluso en ruinas, era de una magnificencia impresionante.

En la parte anterior había dos torres gemelas, pero una se había resquebrajado lateralmente. En ellas, así como en toda la fachada, había esculturas de piedra, representaciones de animales monstruosos que escudriñaban el aire tranquilo. Supuse que sería una catedral; parecía incluso mayor que la gran catedral de Winchester, de la cual siempre creí que era el edificio más grande del mundo. La enorme puerta de madera estaba abierta, vencida sobre los goznes, pudriéndose. Se había desplomado parte del techo de la nave y podía verse el cielo más allá de los pilares y contrafuertes. No entramos: creo que ninguno de nosotros quería perturbar aquel silencio que se desmoronaba.

Lo que averiguamos a continuación fue que en realidad no habíamos cruzado al otro lado del río, sino que nos encontrábamos en una isla. Las aguas que se habían separado al oeste volvían a juntarse al este. No lamenté ver el desconcierto de Henry, pero estaba demasiado cansado como para pensar que el esfuerzo compensaba.

Fue en aquel momento cuando Henry me dijo:

—¿Qué llevas en el brazo?

El Reloj se me había deslizado hasta la muñeca sin que yo me diera cuenta. Tenía que enseñarlo. Henry lo miró con envidia, aunque no dijo nada. Larguirucho mostró un interés más desapasionado. Dijo:

—Desde luego que he visto relojes, pero no de éstos. ¿Cómo se les hace funcionar?

—Se da vueltas al botón lateral, —dije—. Pero no me molesté en hacerlo; ¡como debe tener tantos años!

—Pero está funcionando.

Con incredulidad, miré también yo. Por encima de las agujas que marcan las horas y los minutos se veía un tercer indicador que se movía en círculo, recorriendo la esfera. Me acerqué el Reloj al oído: funcionaba. Vi que había una palabra en la esfera: «Automatique». Parecía cosa de magia, pero no podía ser. Era otra maravilla de los antiguos.

Nos quedamos todos mirándolo. Larguirucho dijo:

—Estos árboles... algunos tienen cien años, creo. Y sin embargo funciona. Vaya artesanos que eran.

Por fin cruzamos el río, media milla más arriba. No había indicios de que la ciudad fuera a acabarse; su inmensidad, que al principio nos atemorizó y después despertó en nosotros asombro y curiosidad, ahora resultaba agotadora. Pasamos por delante de muchas tiendas, incluyendo una más grande que la catedral, —se había desplomado por un lado y podía verse que era una tienda, o un conjunto de tiendas que llegaban hasta el tejado—, pero a ninguno nos apetecía tomarnos la molestia de indagar dentro. También vimos otros túneles en los que ponía «Metro». Larguirucho llegó a la conclusión de que lo más probable era que se tratara de lugares donde la gente se subía y se bajaba del Shemand-Fer subterráneo, y me imagino que tenía razón.

Avanzábamos trabajosamente. Declinaba el día y estábamos todos fatigados. Cuando terminamos la cena, —que fue limitada, ya que tendríamos que hacer noche en la ciudad—, no creo que a ninguno nos apeteciera entrar a dormir en un edificio, pero un aullido lejano nos hizo cambiar de idea. Si hubiera una manada de perros salvajes cerca, sería más seguro no estar en la calle. No suelen atacar a la gente a menos que tengan hambre; pero no disponíamos de medios para saber en qué estado se encontraban sus estómagos.

Escogimos un edificio de aspecto sólido y subimos al primer piso, pisando los escalones con precaución por si se desplomaban. No sucedió nada, excepto que se levantó polvo y casi nos asfixiamos. Encontramos una habitación que conservaba los cristales en las ventanas. Tenía las cortinas y el tapizado de los muebles descoloridos y agujereados por la polilla, pero seguía siendo cómodo. Me encontré una gran vasija de barro con una pesada tapa y rosas pintadas en la superficie. Cuando levanté la tapa vi que estaba llena de pétalos de rosa marchitos; su perfume era un fantasma de hacía muchísimos veranos. Había un piano más grande y de forma distinta a todos los que hubiera visto; encima había un marco con una foto en blanco y negro de una mujer. Me pregunté si habría vivido allí. Era de una gran belleza, aunque se peinaba de forma muy distinta a como lo hacen las mujeres de hoy día; tenía los ojos grandes y marrones y en su boca se dibujaba una sonrisa suave. Me desperté por la noche; el olor aún persistía en el ambiente, la luz de la luna caía sobre la tapa del piano, y casi creí vislumbrarla allí, recorriendo con sus dedos blancos el teclado, casi me pareció oír una música fantasmal.

Eran disparates, por supuesto, y cuando me volví a quedar dormido no soñé con ella, sino que volvía al pueblo, a la guarida, con Jack, cuando aún no me preocupaban las Placas ni los Trípodes, cuando jamás se me había ocurrido pensar en viajar a un

lugar más alejado de Wherton que Winchester; y eso no más de una vez al año.

La luz de la luna resultó engañosa; por la mañana no sólo habían vuelto las nubes, unas en pos de otras, configurando una persecución interminable de monotonía gris, sino que un terrible diluvio lo barría todo. Pese a que estábamos deseando alejarnos de la ciudad, no teníamos ánimo para hacerlo en aquellas condiciones. Todo lo que quedaba para comer era un trozo de queso, un poco de carne de vaca reseca y algunas gal etas del barco. Dividimos el queso. Así quedaba para otra comida; después tendríamos que pasar hambre.

Henry se encontró un ajedrez y jugó un par de partidas con Larguirucho, que le ganó con facilidad. Después le desafié yo y también perdí. Finalmente jugué con Henry. Yo esperaba ganarle porque me pareció que yo había jugado mejor contra Larguirucho, pero perdí en unos veinte movimientos. Me sentía hastiado, por aquello, por el tiempo que hacía y porque aún tenía hambre, y rechacé el ofrecimiento de volver a jugar. Me acerqué a una ventana y me alegró ver que estaba aclarando; en algunas partes el gris se transformaba en un amarillo luminoso. Al cabo de un cuarto de hora, la lluvia cesó y pudimos continuar.

Las avenidas por las que viajábamos estaban oscuras al principio; la superficie estaba encharcada y, allí donde los árboles no la habían cubierto, había tierra empapada; la humedad general aumentaba sin cesar con las gotas que caían de las ramas. Era igual que avanzar lentamente en medio de la lluvia y nos mojábamos de idéntico modo; no tardamos mucho en quedar completamente empapados. Más tarde, cuando las nubes levantaron, se filtró la claridad y los pájaros parecieron despertar por segunda vez, llenando el aire de gorjeos y cánticos. Seguían cayendo gotas, pero más espaciadamente, y en los tramos donde no había árboles caía sobre nosotros el calor del sol. Larguirucho y Henry hablaban más, y con más alegría. Mi ánimo no se reavivó tanto. Me sentía cansado, tenía algunos escalofríos y notaba la cabeza embotada. Tenía la esperanza de no estar cogiendo un resfriado.

Nos comimos lo último que quedaba en un lugar ante el cual había una espesa arboleda sin edificios. Era debido a las lápidas, —algunas de las cuales se alzaban derechas, aunque la mayoría estaban inclinadas o caídas—, que se adentraban en la oscuridad del bosque. En la más cercana se veían esculpidas estas palabras:

CI GIT
MARIANNE LOUISE VAUDRICOURT
13 ANS
DECEDÈ FÈVRIER 15 1966

Las dos primeras palabras, explicó Larguirucho, significaban «Aquí yace», «*ans*» era «años», y «*decedè*», «muerta». Había muerto a mi misma edad y la habían enterrado allí cuando la ciudad estaba aún palpitante de vida. Un día a finales del invierno. Tanta gente. El bosque se extendía, entrelazándose con las piedras mortuorias, en un área varias veces mayor que mi pueblo.

Al final de la tarde llegamos, por fin, al límite sur de la ciudad. Fue una transformación súbita. Atravesamos unas cien yardas de tupida arboleda y escasos edificios totalmente en ruinas, y llegamos a un trigal en el que ondeaban las espigas verdes bajo un sol oblicuo. Era un alivio volver a estar en un espacio abierto, en tierra civilizada. Con ello tomamos conciencia de que era necesario volver a adoptar nuestros hábitos precautorios: varios campos más allá había un caballo arando y a lo lejos dos Trípodes surcaban el horizonte.

Volvieron a levantarse las nubes mientras viajábamos en dirección sur. Encontramos un campo de patatas tempranas, pero no hallamos madera lo suficientemente seca como para encender un fuego con el que cocinarlas. Henry y Larguirucho se las comieron crudas, pero yo no pude. De todos modos tenía poco apetito y me dolía la cabeza. Por la noche dormimos en unas ruinas bastante alejadas de cualquier otra casa. Por un extremo se había hundido el techo pero por el otro aún se sostenía; era ondulado, de un material gris parecido a la piedra pero mucho más ligero. Pasé la noche en una sucesión de sueños profundos, entrecortados por pesadillas que me despertaban, y por la mañana me encontraba más cansado que antes de acostarme. Creo que debía tener un aspecto extraño, porque Henry me preguntó si me sentía enfermo. Le di una contestación brusca, él se encogió de hombros y dirigió su atención a otras cosas. Larguirucho no dijo nada, creo que porque no se enteró de nada. Le interesaban mucho menos las personas que las ideas.

El día me resultó cansado. A medida que pasaban las horas me sentía peor. Al principio no había querido que los otros se hicieran cargo de mi situación porque me ofendía el que, según parecía, se llevaran mejor entre sí que yo con cualquiera de los dos. Después de desairar a Henry mi resentimiento obedecía a que ni él ni Larguirucho hubieran vuelto a ocuparse del asunto. Me temo que me causaba cierta satisfacción sentirme enfermo y sobrellevarlo sin reconocerlo. Era un comportamiento infantil.

De todos modos mi falta de apetito no causó gran impresión porque andábamos escasos. Yo no me tomé ninguna molestia, pero Henry y Larguirucho no encontraron nada. Habíamos llegado al ancho río que fluía hacia el sudeste, al que, según las indicaciones del mapa, debíamos seguir, y en cierto sitio Henry se pasó media hora tratando, sin éxito, de atrapar a mano truchas, desde la orilla. Mientras él hacía eso yo

estaba tumbado, mirando embotado el cielo nublado, agradecido por el descanso.

Hacia el atardecer, después de una infinidad de campos de trigo y centeno jóvenes, avistamos un huerto. Había hileras de cerezos, ciruelos y manzanos. Las manzanas serían aún pequeñas y estarían verdes, pero incluso de lejos podíamos distinguir entre el verdor de las hojas ciruelas purpúreas y doradas y cerezas negras o rojizas. El problema era que la granja estaba justamente al lado del huerto y desde allí se vería bien a cualquiera que circulase entre las largas y rectilíneas hileras de árboles. Claro que más tarde, al caer la oscuridad, sería distinto.

Henry y Larguirucho no estaban de acuerdo en cuanto a lo que deberíamos hacer. Henry quería quedarse donde por lo menos teníamos asegurada cierta clase de comida, esperando la oportunidad de cogerla; Larguirucho era partidario de proseguir durante las horas de luz que quedaban, con la esperanza de encontrar algo distinto o algo mejor. Esta vez no me causó placer que no se pusieran de acuerdo; me sentía demasiado pesado y enfermo como para preocuparme de eso. Yo apoyé a Henry, pero sólo porque deseaba desesperadamente descansar. Larguirucho cedió de buen grado, como siempre, y nos instalamos, esperando que pasara el tiempo.

Cuando trataron de despertarme para que me fuera con ellos, no les hice caso; me hallaba sumido en un profundo letargo y sentía un malestar general. Por fin me dejaron y se fueron por su cuenta. No tenía idea de cuánto tardaron en volver, aunque sí conciencia de que trataban de despertarme de nuevo, ofreciéndome fruta y también queso que Larguirucho había logrado robar en la vaquería, una dependencia adosada a la casa. Yo no pude comer nada, —no pude ni intentarlo—, y por primera vez se dieron cuenta de que estaba enfermo y no simplemente mohíno. Cuchichearon entre sí, después, medio en volandas medio a rastras, me pusieron de pie y cargaron conmigo.

Supe después que al fondo del huerto había un viejo cobertizo que al parecer no se usaba y ellos pensaron que lo mejor sería llevarme allí: la lluvia volvía a amenazar y de hecho llovió por la noche. Yo sólo era consciente de que iba dando tumbos mientras me llevaban, hasta que por fin me dejaron caer sobre un suelo de tierra. Después de eso volví a dormir entre sudores y tuve más sueños, de uno de los cuales emergí gritando.

Lo siguiente que percibí con alguna precisión fue que había cerca un perro gruñendo. Poco después se abrió de golpe la puerta del cobertizo, cayó sobre mi rostro un cálido rayo de sol y vi contra la luz la silueta oscura de un hombre que llevaba polainas.

A continuación más confusión y voces estentóreas en una lengua extraña. Luché por levantarme, pero caí hacia atrás.

E inmediatamente después de aquello me vi entre sábanas limpias, en un lecho blando; una muchacha de aspecto serio y ojos oscuros se inclinaba sobre mí.

Asombrado, miré por encima de ella lo que me rodeaba: un techo alto, blanco, con arabescos labrados, paredes recubiertas con paneles de madera, colgaduras de grueso terciopelo rojo en torno a la cama. Jamás había visto tanto lujo.

VOLUMEN II

CAPÍTULO 6

EL CASTILLO DE LA TORRE ROJA

La mañana siguiente a mi colapso Henry y Larguirucho se dieron cuenta de que no me encontraba suficientemente bien para viajar. Por supuesto, podían dejarme y seguir solos. Si se descartaba esto, tenían que optar entre alejarse de la granja llevándome a rastras o quedarse en la cabaña con la esperanza de no ser vistos. En cuanto a lo primero, no había ningún otro refugio a la vista y, aunque había cesado la lluvia, no hacía un tiempo prometedor. Y no parecía que usaran mucho la cabaña. De todos modos decidieron quedarse donde estaban. De madrugada salieron sigilosamente, se hicieron con más ciruelas y cerezas y regresaron a la cabaña para comérselas.

Los hombres de los perros llegaron unas horas después. Nunca llegaron a saber si fue por accidente, si los habían visto antes y después los siguieron de regreso a la cabaña o si Larguirucho había dejado rastros al entrar en la vaquería y por eso, y por la falta del queso, los hombres estaban haciendo una inspección rutinaria en las dependencias exteriores. El caso es que los hombres estaban en la puerta, acompañados de un perro, un animal feo, tan alto como un burro pequeño, que gruñía enseñando los dientes. No podían hacer nada excepto entregarse.

Larguirucho había previsto con anterioridad un plan de emergencia ante situaciones así, destinado a superar la dificultad derivada del hecho de que ni Henry ni yo hablábamos su idioma. Nos haríamos pasar por primos suyos y los dos seríamos sordomudos: no deberíamos decir nada y fingiríamos no oír. Así sucedió; en lo tocante a mí resultó bastante sencillo, pues me encontraba inconsciente. Según creía Larguirucho esto acallaría las sospechas de modo que, aun cuando nos hicieran prisioneros, no nos pondrían una vigilancia demasiado rigurosa, lo cual nos brindaría ocasión de huir cuando surgiera la oportunidad. No sé si habría resultado, —lo cierto es que yo no me encontraba en condiciones de hacer ninguna clase de huida—, pero el caso es que las cosas tomaron un cariz muy distinto a todo lo que habíamos previsto. Dio la casualidad de que aquella misma mañana la Comtesse de la Tour Rouge estaba de gira por el distrito y visitó con su séquito la granja.

El cuidado de los enfermos y la distribución de dádivas eran algo acostumbrado entre las damas de la nobleza y la pequeña aristocracia: cuando vivía la mujer de Sir Geoffrey, Lady May, solía hacerlo en Wherton; uno de mis recuerdos más tempranos es de cuando recibí de ella una gran manzana roja y un cerdito de azúcar; llevándome la mano a la gorra en respuesta. Aunque con la Comtesse, según pude saber, la generosidad y preocupación por los demás no eran cuestión de deber sino algo que brotaba de su misma naturaleza. Era una persona amable y gentil de por sí y el sufrimiento de otra criatura, —humana o animal—, le ocasionaba dolor. La mujer del

granjero se había escaldado las piernas hacía unos meses y ya estaba totalmente restablecida, pero la Comtesse necesitaba asegurarse de ello. En la granja le hablaron de tres chicos a los que habían sorprendido ocultos, dos de ellos sordomudos, uno de los cuales estaba con fiebre. Se hizo cargo de nosotros inmediatamente.

Era un cortejo considerable. La acompañaban nueve o diez de sus damas y con ellas habían partido tres caballeros. También había escuderos y palafreneros. A Larguirucho y a Henry les hicieron ir delante de unos palafreneros, pero a mí me colocaron en el arzón de uno de los caballeros y me sujetaron con su cinturón para evitar que me cayera. No recuerdo nada del viaje y puede que fuera mejor así. Para regresar al castillo había que recorrer más de diez millas, una buena parte sobre terreno abrupto.

El rostro que se inclinaba sobre mí era el de la hija de la Comtesse, Eloise.

Le Château de la Tour Rouge se alza sobre un terreno elevado desde el que se domina la confluencia de dos ríos. Es muy antiguo, pero hay algunas partes reconstruidas y otras que se han ido añadiendo. La torre en sí es nueva, me imagino, porque es de una extraña piedra roja completamente distinta de las piedras que se usan en el resto del edificio. En ella se encuentran los aposentos ceremoniales y las habitaciones de la familia, donde me instalaron para que guardara cama.

La torre se alza desnuda por el lado que da al río y a la llanura, pero tiene otras edificaciones anejas por la parte posterior y a ambos lados. Están las cocinas, los almacenes, las dependencias de los criados, las perreras, los establos, la fragua, — todos los lugares cotidianos—. Y las dependencias de los caballeros, que son casas ornamentadas y muy bien cuidadas, aunque por entonces sólo vivían tres caballeros solteros, en tanto que los demás tenían casa propia cerca del castillo.

Parte de las dependencias de los caballeros habían sido cedidas a los escuderos. Éstos eran muchachos, en su mayor parte hijos de caballeros, a los que se instruía para que ingresaran en el orden de la caballería; por mandato de la Comtesse, Henry y Larguirucho se instalaron con ellos. Enseguida se dieron cuenta de que no había peligro inmediato de que nos llevaran para que nos fuera insertada la Placa y decidieron aguardar a ver qué pasaba.

Entretanto yo me encontraba sumido en la confusión de la enfermedad y el delirio. Después me dijeron que estuve cuatro días en un estado febril. Percibía rostros desconocidos, en especial aquel rostro de ojos oscuros, enmarcado bajo un turbante azul, con el cual fui familiarizándome poco a poco. Mis sueños se fueron haciendo cada vez más apacibles, el mundo al que despertaba menos incoherente y distorsionado. Hasta que desperté, sintiéndome yo mismo una vez más, aunque débil; la Comtesse estaba sentada junto a mi cama y Eloise estaba de pie, un poco más allá.

La Comtesse sonrió y dijo:

—¿Ya te encuentras mejor?

Tenía que ser fiel a una resolución... Claro. No debía hablar. Era sordomudo. Como Henry. Recorrí la habitación con la mirada. El aire movía las cortinas del alto ventanal. Fuera se oían voces y entrechocar de hierros.

—Will, —dijo la Comtesse—, has estado muy enfermo, pero ya estás mejor. Sólo te hace falta fortalecerte.

Yo no debía hablar... ¡Y sin embargo ella me había llamado por mi nombre! Y me hablaba en inglés.

Volvió a sonreír.

—Sabemos el secreto. Tus amigos están bien. Henry y Shan-Pol... Larguirucho, como le llamáis vosotros.

No tenía sentido seguir fingiendo. Dije:

—¿Se lo han dicho?

—En el delirio no es posible controlar la lengua. Tú estabas decidido a no hablar y así lo afirmaste, en voz alta. En lengua inglesa.

Volví la cabeza, avergonzado. La Comtesse dijo:

—No tiene importancia, Will, mírame.

Su voz suave pero firme me obligó a volver la cabeza y por primera vez la vi bien. Tenía el rostro demasiado largo como para haber sido alguna vez hermosa, pero estaba dotado de una dulzura que lo hacía encantador y su sonrisa era luminosa. El pelo, de un negro intenso con toques de blanco, le caía en rizos por los hombros; por encima de la alta frente sobresalían los hilos plateados de la Placa. Tenía los ojos grandes, grises y sinceros.

Pregunté:

—¿Puedo verles?

—Claro que sí. Eloise les dirá que vengan.

Nos dejaron a los tres a solas. Yo dije:

—Lo he descubierto. No quería hacerlo. Lo siento.

Henry dijo:

—No podías evitarlo. ¿Ya te encuentras bien?

—Más o menos. ¿Qué van a hacer con nosotros?

—Por lo que yo veo, nada, —movió la cabeza en dirección a Larguirucho—. Él sabe más que yo.

Larguirucho dijo:

—No son como los aldeanos ni como los que viven en las ciudades. Si nos hubieran encontrado unos aldeanos tal vez hubieran llamado a los Trípodes, pero éstos no. Les parece bien que los chicos se vayan de sus casas. Sus propios hijos se van lejos.

Supongo que aún me encontraba un poco confuso. Dije:

—¡Entonces podrían ayudarnos!

Larguirucho negó con la cabeza; la luz del sol se reflejaba en las lentes que tenía delante de los ojos.

—No. Después de todo, llevan la Placa. Tienen costumbres diferentes pero obedecen a los Trípodes. Siguen siendo esclavos. Nos tratan con amabilidad, pero no deben conocer nuestros planes.

Dije, nuevamente alarmado:

—Si he hablado... puede que haya dicho algo sobre las Montañas Blancas.

Larguirucho se encogió de hombros.

—Si es así, habrán pensado que era un delirio febril. No sospechan nada, sólo creen que nos gusta recorrer mundo y que vosotros procedéis de la tierra que está más allá del mar. Henry cogió el mapa de tu chaqueta. Lo tenemos a buen recaudo.

Yo había dedicado mucho tiempo a pensar. Dije:

—Entonces más vale que huyáis con él, mientras os sea posible.

—No. Pasarán semanas antes de que estés en condiciones de viajar.

—Pero vosotros dos podéis ir. Yo os seguiré cuando pueda. Recuerdo el mapa bastante bien.

Henry le dijo a Larguirucho:

—Podría ser una buena idea.

Aquello me hizo sentir una punzada. Que yo lo sugiriera era algo noble y abnegado; que la propuesta se aceptara sin vacilaciones resultaba menos agradable. Larguirucho dijo:

—Eso no sirve de nada. Si se van dos, dejando al otro puede que empiecen a hacer conjeturas. Tal vez salgan a cazarlos. Tienen caballos y les encanta la caza. Para variar, en vez de ciervos y zorros, ¿no?

—¿Entonces qué sugieres? —preguntó Henry. Me di cuenta de que no estaba convencido—. Si nos quedamos, acabarán poniéndonos la Placa.

—Por eso lo mejor es quedarse de momento, —dijo Larguirucho—. He estado hablando con algunos chicos. El torneo es dentro de unas semanas.

—¿El torneo? —pregunté.

—Se celebra dos veces al año, —dijo Larguirucho—, en primavera y en verano. Hay fiestas, juegos, concursos y justas entre los caballeros. Dura cinco días y al final tiene lugar el Día de la Placa.

—Y si aún estamos aquí, entonces... —dijo Henry.

—Seremos ofrecidos para que nos inserten la Placa. Cierto. Pero no estaremos aquí. Para entonces estarás fuerte, Will. Y mientras dura el torneo, siempre hay mucha confusión. Podemos huir y no nos echarán de menos durante un día entero, puede que dos o tres. Además, habiendo muchas cosas emocionantes que hacer aquí

en el castillo, creo que de todos modos no se tomarán la molestia de perseguirnos.

Henry dijo:

—¿Quieres decir que no vamos a hacer nada entonces?

—Es lo razonable.

Comprendí que así era. También me libró de la idea, tanto más terrible cuanto más la tomaba en cuenta, de verme abandonado. Dije, procurando que mi voz sonara indiferente:

—Debéis decidirlo vosotros dos.

Henry dijo, con desgana:

—Supongo que es lo mejor.

Los chicos subían a verme de vez en cuando, pero veía más a la Comtesse y a Eloise. De vez en cuando hacía su aparición el Conde. Era un hombre grande y feo que gozaba, me dijeron, de una gran reputación por su valor en los torneos y en la caza. (Una vez, desmontado, se enfrentó cara a cara con un enorme jabalí salvaje y lo mató con su daga). Conmigo era torpe pero amistoso, contaba chistes malos que le hacían reír mucho. También hablaba un poco de inglés, pero mal, de modo que muchas veces no podía entenderle: el dominio de otras lenguas se consideraba una habilidad más bien propia de damas.

Antes de esto yo sabía muy poco de la nobleza. En Wherton los criados de la Casa Solariega se mantenían apartados, mezclándose poco con la gente del pueblo. Ahora los veía de cerca y, como guardaba cama, tenía tiempo de pensar en ellos y en especial en su actitud hacia los Trípodes. Como apuntó Larguirucho, en esencia no era distinta de la que tenía la gente más humilde. Por ejemplo, su tolerancia con los chicos que se escapan de casa. Esto no habría ocurrido con los campesinos, ni de aquí ni de Wherton, pero ello obedecía a que sus vidas se regían por un patrón distinto: los capitanes de barco de Rumney acogían bastante bien la idea. Para la nobleza lo adecuado era que las damas fueran graciosas y hábiles en ciertas cosas y que los hombres fueran valientes. No había guerras, como ocurría antaño, pero había varios modos de demostrar la valentía. Y un chico que huía de su vida monótona, aun cuando no fuera noble, bajo su punto de vista era valeroso.

Lo triste era que todo el valor y toda la galantería se desperdiciaban. Pues, incluso más que sus inferiores, aceptaban y deseaban que se les insertara la Placa. Formaba parte del acceso a la condición de caballero y, en las niñas, de su conversión en damas. Al pensar esto comprendí que las cosas buenas podían carecer de significado si quedaban aisladas. ¿De qué servía el valor si no lo gobernaba un entendimiento libre e inquisitivo?

Eloise me enseñó a hablar su idioma. Era más fácil de lo que yo pensaba; disponíamos de mucho tiempo y ella era una profesora paciente. Lo que me resultaba

más difícil era la pronunciación; tuve que aprender a hacer sonidos que se formaban en la nariz y a veces desesperaba de conseguir hacerlo bien. El verdadero nombre de Larguirucho no era Shan-Pol, sino Jean Paul, e incluso estas sílabas sencillas me costaron cierto trabajo.

Después de unos cuantos días me dejaron levantarme. Mis ropas viejas habían desaparecido y me dieron otras nuevas: unas sandalias, ropa interior, unos pantalones cortos y una camisa, pero de un material mucho más fino que el que yo estaba acostumbrado a usar, y con mucho más colorido; los pantalones eran de color crema y la camisa del primer día rojo oscuro. Me sorprendió comprobar que por la noche se llevaban la ropa para lavarla y dejaban otra.

Eloise y yo deambulábamos contentos por las habitaciones y los terrenos del castillo. En casa yo no había tratado demasiado con chicas y me sentía incómodo si no podía eludir su compañía, pero con ella no me sentía torpe ni en tensión. Su inglés, como el de su madre, era muy bueno, pero pronto insistió en hablarme en su propia lengua. De este modo yo capté las cosas rápidamente. Ella señalaba la ventana y yo decía «*la fenêtre*», o más lejos, y yo decía «*le ciel*».

En teoría aún no me encontraba suficientemente bien como para unirme a los demás chicos. Si me hubiera empeñado supongo que me lo hubieran permitido, pero yo aceptaba la situación de buen grado. Si éramos dóciles entonces aumentaban nuestras posibilidades de huir más adelante. Y parecía poco generoso rechazar la amabilidad de Eloise. De los hijos del Comte y la Comtesse era la única que quedaba en el castillo, pues sus dos hermanos estaban de escuderos en la casa de un Gran Duque, al sur, y no parecía que ella tuviera amigas entre las demás chicas. Me pareció que se sentía sola.

Además había otra razón. Aún estaba resentido por el hecho de que Henry me hubiera desplazado en la relación con Larguirucho y cuando me los encontré me dieron una impresión de camaradería, de complicidad, que yo no compartía. Su vida, por supuesto, era totalmente distinta a la que llevaba yo. Incluso es posible que se sintieran un poco celosos del trato favorecido que yo recibía. Lo cierto es que teníamos poco de que hablar en lo tocante a la existencia que llevábamos entonces y, por motivos de seguridad, no podíamos hablar de la empresa más importante que teníamos en común.

Así que de buena gana los dejé por Eloise. Tenía la dulzura y suavidad de su madre. Al igual que a ella le importaban mucho todas las criaturas vivas, desde las personas que la rodeaban hasta las gallinas que escarbaban la tierra junto a las dependencias de la servidumbre. Tenía la sonrisa de su madre, pero aquél era el único parecido físico. Porque, Eloise era guapa no sólo cuando reía, sino también en la quietud del reposo. Tenía el rostro pequeño y ovalado, de cutis marfileño que adquiría al sonrojarse un color extraño y delicado, y los ojos marrón oscuro.

Yo me preguntaba de qué color tendría el pelo. Siempre llevaba el mismo gorro en forma de turbante que le cubría toda la cabeza. Un día se lo pregunté. Formulé la pregunta en mi francés vacilante y, o no me entendió o fingió que no me entendía; así que se lo pregunté en inglés, sin rodeos. Entonces ella dijo algo, pero en su propia lengua y demasiado deprisa como para que yo captara el significado.

Nos encontrábamos en el pequeño jardín triangular que formaba el saliente del castillo en un punto que se acerca al río. No se veía a ninguna otra persona ni se oía más que a los pájaros y algunos escuderos que daban voces mientras se dirigían a caballo hacia la palestra situada detrás de nosotros. Me sentía irritado por sus evasivas y, medio en broma, medio molesto, agarré el turbante. Al tocarlo se cayó. Y Eloise quedó frente a mí, con la cabeza cubierta por una masa de pelo corto y por la malla plateada de la Placa.

Era una posibilidad que no se me había ocurrido. Como yo no era alto estaba acostumbrado a dar por hecho que cualquier persona mayor que yo lo fuera más, y ella era un par de pulgadas más baja. Además tenía rasgos menudos y delicados. Me quedé mirándola, había enmudecido de asombro y se había ruborizado, pero su rubor, más que tener la delicadeza de una rosa, era de un rojo fuego.

Por su reacción me di cuenta de que había hecho algo ultrajante, pero no sabía hasta dónde llegaba el ultraje. Para las chicas, como he dicho, la inserción de la Placa formaba parte del proceso de transformarse en mujer. Cuando se hubo recuperado y vuelto a poner el turbante, Eloise explicó un poco aquello, hablando en inglés para que yo tuviera la certeza de que la entendía plenamente. Aquí las chicas llevaban turbante durante la ceremonia y cuando los Trípodes las devolvían seguían llevándolo. Durante los seis meses siguientes a aquello nadie, ni siquiera la Comtesse, podía verle la cabeza desnuda. Al concluir aquel período se celebraría un baile especial y allí se presentaría por primera vez tras la Ceremonia de la Placa. ¡Y yo le había arrebatado el turbante como si le hubiera quitado la gorra a un chico, bromeando en el colegio!

No habló enfadada ni resentida, sino con paciencia. Le daba muchísima vergüenza que yo le hubiera visto la cabeza, pero lo que de verdad le preocupaba era lo que hubiera podido sucederme si otros hubieran presenciado el incidente. Mi primer castigo habría consistido en recibir unos severos azotes, pero no sería el último. Se decía que una vez mataron a un hombre por un delito similar.

Escuché con sentimientos encontrados. Me sentía agradecido porque ella quisiera protegerme, pero también resentido porque se me juzgara, aunque fuera con suavidad, según un código de conducta que carecía de significado para mí. En Wherton las chicas, al igual que los chicos, regresaban con la cabeza rapada después de que se les hubiera insertado la Placa. Mis sentimientos respecto de la propia Eloise

también eran confusos y vacilantes. Desde mi salida del pueblo había recorrido un camino muy largo, no sólo en el sentido literal, sino también en cuanto a mi actitud hacia la gente. Poco a poco acabé por pensar que los que llevaban la Placa carecían de lo que a mí me parecía la esencia de lo humano: la chispa vital que induce a desafiar a los que gobiernan el mundo. Y los despreciaba por ello; incluso despreciaba, a pesar de toda su amabilidad y bondad para conmigo, al Comte y a la Comtesse.

Pero no a Eloise. Creía que ella era libre, como yo. Podría incluso haber concebido la idea, —creo que mi mente ya la albergaba en embrión—, de que cuando reemprendiéramos el camino hacia las Montañas Blancas no fuéramos tres, sino cuatro. Llegué a pensar en ella como amiga mía: tal vez como algo más. Pero ahora sabía que pertenecía en cuerpo y alma, de modo irrecuperable, al Enemigo.

El incidente nos conturbó mucho a ambos. Para Eloise había supuesto un golpe por partida doble: para su modestia y para el concepto que tenía de mí. Que yo le quitara el turbante la había sorprendido. Aunque sabía que lo había hecho por ignorancia, para ella era un síntoma de barbarie; y si alguien es capaz de actuar como un bárbaro una vez, es probable que vuelva a hacerlo. No estaba segura de mí.

En mí lo que había brotado no era incertidumbre, sino todo lo contrario. De mi amistad con ella no podía salir nada: un grueso trazo negro la había tachado. Lo único que podía hacerse era olvidar y concentrarse en lo importante, que era llegar a las Montañas Blancas. Aquel día, más tarde, vi a Henry y a Larguirucho y sugerí que nos fuéramos enseguida: estaba seguro de tener suficiente fuerza para viajar. Pero Larguirucho insistía en esperar al torneo y en esta ocasión Henry le apoyaba incondicionalmente. Me sentía irritado y desilusionado; había albergado esperanzas de que me respaldara. Se trataba una vez más de la alianza, y una vez más yo quedaba excluido. Los dejé bruscamente.

En las escaleras me encontré al Comte, que me sonrió, me dio una palmada fuerte en la espalda y dijo que tenía mejor aspecto pero que me hacía falta engordar más. Tenía que comer mucho venado. No había nada como el venado para robustecer a los delgaduchos. Subí al salón y allí me encontré a Eloise; su rostro adquiría un tono dorado bajo la luz de las lámparas. Me dio la bienvenida con una sonrisa. Su incertidumbre no podía cambiar su constancia y lealtad, tan hondamente arraigadas estaban en su naturaleza.

De modo que nuestra camaradería siguió adelante, aunque entre nosotros se daba una cautela que era nueva. Ahora que yo me encontraba más fuerte podíamos salir más lejos. Nos ensillaban los caballos y nosotros salíamos por las puertas del castillo y bajábamos la pendiente que nos llevaba a prados plagados de flores veraniegas. Yo sabía montar, más o menos, y pronto adquirí destreza, al igual que me sucedía con el

idioma de aquel país.

Hubo algunos días nublados o lluviosos, pero la mayoría hizo sol y entonces íbamos a caballo por la tierra cálida y perfumada, o desmontábamos y nos sentábamos a contemplar cómo saltaban las truchas en el río, plata que surgía de la plata. Visitábamos las casas de los caballeros y sus mujeres nos daban zumos de fruta y pastelillos de crema. Por la tarde acudíamos al salón de la Comtesse y hablábamos con ella o la oíamos cantar, acompañándose de un instrumento redondo, de cuello largo, cuyas cuerdas pulsaba. Muchas veces entraba el Conde cuando estábamos allí y se quedaba con nosotros, guardando silencio por una vez.

El Comte y la Comtesse dejaron ver claramente que yo les gustaba. Creo que en parte se debía a que sus hijos se habían ido lejos. Era la costumbre y no se les hubiera ocurrido ir en contra de ella, pero la ausencia les apenaba. En el castillo había otros muchachos de ascendencia noble pero vivían en las dependencias de los caballeros y sólo se reunían con la familia durante la cena, que se servía en la sala, en una mesa donde cenaban treinta o cuarenta personas a la vez. Como estaba enfermo y me llevaron a la torre conviví con la familia como ellos no lo habían hecho jamás.

Pero aun sabiendo que me tenían afecto me sorprendió la conversación que tuve un día con la Comtesse. Estábamos solos, pues a Eloise le estaban probando un vestido. El a bordaba una tela y yo contemplaba fascinado el movimiento diestro y veloz de sus dedos, que daban puntadas diminutas. Al tiempo que trabajaba hablaba con su voz grave y cálida, levemente áspera, al igual que la de Eloise. Me preguntó por mi salud, —le dije que me sentía muy bien—, y si me encontraba a gusto en el castillo. Le aseguré que así era. Entonces ella dijo:

—Me alegro. Si estás a gusto, tal vez no quieras dejarnos.

Dábamos por hecho que el día siguiente al torneo nos presentarían a los tres en la Ceremonia de la Placa. Después de aquello creían que, una vez desaparecida nuestra inquietud juvenil, regresaríamos a nuestras casas para llevar la vida que se esperaba llevásemos como adultos. Me desconcertaba oírle decir a la Condesa que acaso yo no quisiera irme.

Prosiguió:

—Creo que tus amigos querrían irse. Se les podría acomodar como criados, pero me da la impresión de que serían más felices en sus pueblos. Aunque por lo que a ti se refiere es distinto.

La miré a las manos y después a la cara.

—¿Por qué, señora?

—No eres noble, pero la nobleza es algo que puede otorgarse. Es un don del rey y el rey es primo mío, —sonrió—. ¿No lo sabías? Está en deuda conmigo porque cuando aún era un muchacho sin Placa, como tú, lo salvé de que lo azotaran. En cuanto a esto no habrá ninguna dificultad, Guillaume.

Guillaume era la palabra que empleaba para decir mi nombre. Ya me lo había dicho, pero nunca lo había utilizado para dirigirse a mí. Sentí un cierto vértigo. Aunque me había llegado a acostumbrar al castillo y a la vida que allí se llevaba, seguía sin parecerme real del todo. Y que me hablaran de reyes... También en Inglaterra había un rey que vivía en algún lugar del norte. Yo jamás lo había visto ni esperaba verlo.

Me decía que podía quedarme, que deseaba que me quedara, no como criado sino como caballero. Podría tener mis propios criados, caballos, una armadura que me harían para que compitiera en los torneos y un lugar en la familia del Comte de la Tour Rouge. La miré y supe que hablaba completamente en serio. No sabía qué decir.

La Comtesse sonrió y dijo:

—Podemos volver a hablar de esto, Guillaume. No hay prisa.

No resulta fácil escribir sobre lo que vino a continuación. Mi primera reacción ante lo que dijo la Comtesse fue sentirme halagado, pero no impresionado. ¿Debía abandonar mis esperanzas de libertad, renunciar a ser dueño de mi mente a cambio de vestir cuero enjoyado y que otros hombres se llevaran la mano al gorro cuando me vieran? Era una idea absurda. Por muchos privilegios que tuviera, seguiría siendo un borrego entre borregos. Sin embargo, me desperté muy temprano y volví a pensarlo. Asimismo volví a rechazarlo, pero con menos prontitud y con la sensación de que al hacerlo me comportaba virtuosamente. Aceptar significaba dejar abandonados a los demás —Henry, Larguirucho, el capitán Curtis, todos los hombres libres de las Montañas Blancas—. No lo haría: ninguna tentación me induciría a ello.

Lo insidioso del asunto era que hubiese surgido la tentación. Desde el momento en que la idea dejó de ser impensable ya no pude dejarla. Por supuesto que no iba a hacerlo, pero si... Mi entendimiento contempló las distintas posibilidades pese a mí mismo. Ya había aprendido el idioma lo suficientemente bien como para ser capaz de hablar, —si bien mi acento les hacía reír—, con otras personas del castillo. Al parecer había muchas cosas que valían la pena. Después del torneo vendría la Fiesta de la Cosecha y después la caza. Hablaban de salidas a caballo las frías mañanas de otoño, cuando la escarcha hacía crujir la hierba en la que se hundían las patas de los caballos, de los perros que ladraban por la ladera, de la persecución y la muerte; después se regresaba al trote a casa, allí ardían fuegos resplandecientes en la enorme parrilla de la sala de banquetes y se cortaba la carne que daba vueltas en el asador. Y más adelante, la Fiesta de Navidad, que duraba doce días, a la cual acudían juglares, cantantes y cómicos de la legua. Después la primavera y la cetrería: se soltaba el halcón para que se remontara en el vacío azul y después se descolgara cayendo sobre su presa como un rayo. Luego el verano y otra vez los torneos, hasta completar el año.

Durante esta época también estaba cambiando mi actitud hacia la gente que me rodeaba. En Wherton la línea divisoria entre el niño y el hombre se trazaba con más nitidez que aquí. Todos los adultos de allí, incluidos mis padres, eran unos extraños. Yo los respetaba, los admiraba o les temía, incluso los amaba, pero no llegué a conocerlos como estaba conociendo a los del castillo. Y cuanto más los conocía tanto más difícil me resultaba hacer una condena tajante. Tenían la Placa, aceptaban a los Trípodes y todo lo que representaban, pero ello no les impedía ser, como había visto que eran el Comte, la Comtesse, Eloise, y ahora otros, afectuosos, generosos y valientes. Y felices.

Porque aquello, según veía cada vez más claramente, era lo esencial. Antes de que se insertara la Placa podría haber dudas, incertidumbres y una actitud de rechazo; quizá esta gente también había conocido todo eso. Cuando ya se tenía la Placa, las dudas se esfumaban. ¿Cuál era la magnitud de la pérdida? ¿Se trataba siquiera de una pérdida? Aparte del acto de insertar la placa en sí, no parecía que los Trípodes interfirieran mucho en las cosas de los hombres. Estaba el incidente del mar, cuando casi hundieron el «Orión». El capitán Curtis dijo que habían hundido barcos. ¿Pero cuántos más se habían hundido por causa de tempestades o de colisiones con las rocas? Ozymandias había hablado de hombres que trabajaban en minas subterráneas, extrayendo metales para los Trípodes, de que los Trípodes cazaban hombres, de que había seres humanos sirviéndoles en sus ciudades. Pero aun cuando tales cosas fueran ciertas, debían de ocurrir muy lejos. Nada de eso afectaba a esta vida segura y placentera.

Una y otra vez volvía a la consideración más importante: la lealtad hacia Henry, Larguirucho y los otros. Pero a medida que pasaban los días incluso aquello acabó resultando menos convincente. En un intento por tranquilizarme empecé a acercarme a los dos. Volví a esgrimir la idea de huir inmediatamente, pero la rechazaron de plano. Me daba la impresión de que no tenían demasiadas ganas de hablar conmigo y de que deseaban claramente que los dejara a su aire. Yo me fui, ofendido por su frialdad, y a la vez contento de ella. Si se buscan razones para ser desleal, es útil encontrar algo que nos permita sentirnos ofendidos.

Y estaba Eloise. Hablábamos, salíamos juntos a pasear y a montar a caballo y, poco a poco, el comercio diario de nuestra amistad acabó por enterrar la cautela y la reserva que habían surgido entre nosotros tras el incidente del jardín. De nuevo nos sentíamos relajados, satisfechos de estar juntos. Un día cogí una barca, remé río arriba hasta una isla que habíamos visto y allí merendamos al aire libre. Hacía un día caluroso, pero se estaba fresco sobre la alta hierba, a la sombra de los árboles; en el aire danzaban libélulas y mariposas de color rojo y amarillo, sobre el bullicio de las aguas. Yo no le había contado lo que dijo la Comtesse, pero ella misma se lo había comentado. El a daba por hecho que yo me quedaría y aquello me hizo sentir una

conmoción extrañamente placentera. Un futuro aquí, en este país rico y encantador, en el castillo, con Eloise...

Siempre que la inserción de la Placa resulte bien, me recordé a mí mismo. ¿Pero por qué no habría de ser así? La advertencia del capitán Curtis correspondía a la época en la que este lenguaje era para mí una jerigonza sin sentido. Ahora, a pesar de que aún distaba mucho de hablarlo perfectamente, lo entendía. Y no era probable que yo me fuera a convertir en un Vagabundo por oponer resistencia, siendo así que tenía mucho que ganar si aceptaba.

Me recordé a mí mismo otra cosa, en la que había pensado cuando estaba en cama recuperándome de la fiebre. Que nada importaba ni tenía valor sin una mente crítica e inquisitiva. Aquella forma de ver las cosas me parecía lejana e irreal. Los Trípodes habían vencido a los hombres cuando éstos se hallaban en la cumbre de su poder y magnificencia, y eran capaces de construir ciudades, barcos del tamaño de un pueblo y acaso maravillas aún mayores. Si nuestros antepasados, con toda su fuerza, habían fracasado, cuán digno de lástima no sería el desafío de un puñado de hombres refugiado en las faldas de unas montañas peladas. Y si no había esperanza de derrotarlos, ¿qué alternativas quedaban? Vivir miserablemente, como un animal acosado, sufriendo penalidades, desesperados... o esta vida, con la plenitud, seguridad y felicidad que entrañaba.

Cuando remaba de regreso el Reloj empezó a caérseme hasta la muñeca, obstaculizando mis esfuerzos. Al principio pensé que tal vez la Comtesse y otras personas sentirían curiosidad y querrían saber cómo un muchacho había logrado poseer una cosa así; pero no habían mostrado ningún interés por él. No guardaban reliquias de la destreza de los antiguos y el tiempo carecía de significado para ellos. Había un reloj de sol en el patio y con eso bastaba. Ahora me apoyé en los remos, me quité el Reloj, le pedí a Eloise que cuidara de él y se lo lancé. Pero a ella coger cosas al vuelo no se le daba mejor que al resto de las chicas y el Reloj cayó por la borda. Lo vi un instante antes de que se desvaneciera en las verdes profundidades. Eloise se sintió desolada y yo la reconforté diciéndole que no se preocupara: aquello carecía de importancia. Y, en aquel momento, así era.

La fecha del torneo se acercaba velozmente. Había un ambiente bullicioso y animado. Se levantaron grandes tiendas de campaña abajo, en la pradera, para los que no pudieran alojarse en el castillo. De la mañana a la noche resonaban en el aire los ruidos de los armeros y los gritos que se alzaban en la palestra mientras se celebraban justas de entrenamiento. Yo también probé fortuna y descubrí que se me daba pasablemente bien alcanzar el aro cabalgando de rodillas.

En mi mente persistía la preocupación por el tema. La cuestión de la lealtad, por ejemplo. ¿Lealtad a quién? Los hombres de las Montañas Blancas ni siquiera sabían

que yo existía. Para Ozymandias y el capitán Curtis yo sólo había sido otro chico que viajaba hacia el sur, uno entre docenas. ¿Y Henry y Larguirucho? ¿Querían, en todo caso, que fuera con ellos? No daban esa impresión. ¿No preferían más bien quedarse solos?

La primera mañana llovió, pero a la tarde aclaró y se celebraron las justas preliminares. Después vi a Henry y a Larguirucho en un campo pisoteado que los criados estaban despejando, recogiendo los desperdicios. Los muros del castillo y el firme pivote de la torre se alzaban contra el sol poniente.

Larguirucho explicó que a la mañana siguiente sería el momento de huir, al amanecer, antes de que se despertaran los criados de la cocina. Ya habían guardado la comida en sus bolsas. La mía había desaparecido junto con mi ropa vieja, pero Larguirucho dijo que no importaba que no la encontrara o que no encontrara algo parecido: ellos tenían suficiente también para mí. Debía reunirme con ellos, junto a la puerta del castillo, a la hora convenida.

Negué con la cabeza:

—Yo no voy.

Larguirucho preguntó:

—¿Por qué, Will?

Henry no dijo nada, pero exhibió una ancha sonrisa que, en aquel momento, yo creí odiar aún más que cuando vivíamos en Wherton. Su desdén y sus pensamientos quedaban bien patentes.

Dije:

—Si os vais vosotros dos hay posibilidades de que no os echen de menos, dada la confusión reinante. Pero a mí sí. Se darán cuenta de que faltó al desayuno y se pondrán a buscarme.

Henry dijo:

—Es muy cierto, Larguirucho. El Comte echará de menos a su hijo adoptivo.

No me había dado cuenta de que se hubiera filtrado la idea, aunque me imagino que era algo inevitable. Larguirucho me miraba fijamente; tras las lentes, sus ojos carecían de expresión.

Dije:

—Os daré un día para que os alejéis, tal vez dos. Después os seguiré. Procuraré alcanzaros, pero no me esperéis.

Henry se rió.

—¡No lo haremos!

A mí mismo me dije que aún no había adoptado una decisión. Era cierto que a ellos les resultaría más fácil alejarse sin mí, y que yo podría seguirlos después; me sabía el mapa de memoria. Pero era asimismo cierto que mañana, al segundo día, la

asamblea de caballeros elegiría a la Reina del Torneo. Y yo estaba seguro de que la elección recaería en Eloise, no porque fuera hija única del Comte, sino porque, sin duda, sería la más hermosa de las presentes.

Larguirucho dijo lentamente:

—Muy bien. Puede que sea lo mejor.

Yo dije:

—Buena suerte.

—También a ti, —hizo un leve gesto negativo con la cabeza—. Buena suerte.

Me di la vuelta y subí la pendiente que llevaba al castillo. Oí a Henry decir algo que no capté, pero no volví la vista.

CAPÍTULO 7

EL TRÍPODE

Me desperté al despuntar el alba y me di cuenta de que todavía me daba tiempo a escapar y unirme a los otros, pero no me moví de la cama. La ventana de mi habitación daba al sur y vi que el cielo tenía un color azul oscuro e intenso; se destacaba una estrella. Me alegré de que tuvieran buen tiempo para el viaje, pero también me alegré porque parecía que iba a hacer bueno para el segundo día del torneo y para la elección de la Reina. Tumbado, miré fijamente al cielo hasta que volví a quedarme sumido en el sueño; me despertó por segunda vez la criada, que llamó a la puerta. Ahora el cielo tenía un color azul claro, teñido de oro.

No se mencionó a Larguirucho ni a Henry; nadie pareció haberlos echado de menos. No resultaba sorprendente que así fuera: hoy el torneo se hallaba en pleno apogeo, todo el mundo estaba alegre y excitado y después del desayuno bajamos al campo y a los pabellones. Eloise no. No la había visto en toda la mañana. Bajaría con las demás damas que se presentaban a la elección que hacían los caballeros. Ocupamos nuestros lugares en el pabellón y, mientras aguardábamos, un cantor nos entretuvo con baladas. Después se hizo el silencio, cuando las damas penetraron en el recinto.

Eran once, y diez iban ataviadas de gran gala, con vestidos cuajados de hilos de oro y plata; era preciso que unas doncellas los sujetaran por detrás para evitar que se arrastraran por el polvo. Llevaban la cabeza descubierta y lucían altos moños sujetos con peinetas que fulgían y destellaban a la luz del sol. La undécima era Eloise. Por supuesto, llevaba la cabeza cubierta por el turbante y su vestido era sencillo, azul oscuro, adornado con unos delicados lazos blancos. Por ser la más joven iba en último lugar y no la acompañaba ninguna servidora. Al suave son de unos tambores las damas cruzaron el campo hasta llegar junto a los caballeros que se hallaban congregados frente al pabellón del Comte y, mientras sonaba la fanfarria de las trompetas, se quedaron allí con la cabeza agachada.

Fueron adelantándose una a una. La costumbre era que, al hacerlo cada una de ellas, el caballero que la elegía desenvainara la espada y la alzara. Después de las dos o tres primeras ya no hubo dudas sobre el resultado. De los treinta o cuarenta caballeros un par saludó a cada dama para que no se sintiera avergonzada. Esto fue lo que ocurrió con las diez que iban espléndidamente engalanadas. Y entonces se adelantó Eloise con su sencillo vestido y las espadas se alzaron cual un bosque de oro y plata bajo el sol y, primero los caballeros y después los espectadores, prorrumpieron en aclamaciones; yo quería reír y llorar al mismo tiempo.

Avanzó seguida de las demás damas y se detuvo revestida de una dignidad grave y valerosa mientras su padre le ceñía cuidadosamente la corona por encima del

turbante que le cubría la cabeza. Y sus súbditos desfilaron besándole la mano, yo entre ellos.

No la vi ni hablé con ella el resto del día, pero no me importó. El a tenía sus obligaciones: presidir, entregar premios a los vencedores; yo tenía bastante emoción con el torneo, animando a los que conocía, y con todo el ambiente de fiesta y celebración.

Sólo hubo un momento estremecedor. Al comenzar la segunda sesión del día se oyó a lo lejos un extraño sonido que iba en aumento. Era una repetición constante de cinco notas, un repiqueteo metálico, y aunque yo no había oído este toque concreto, sabía que sólo podía tratarse de un Trípode. Miré en la dirección de la que procedía, pero se interponía el castillo y no pude ver nada. También miré a la gente que me rodeaba y vi que nadie manifestaba más que un leve interés: la contienda que tenía lugar en el recinto, con cuatro caballeros en cada bando, seguía manteniendo su atención. Ni siquiera cuando el hemisferio bordeó el perfil del castillo, llegó el Trípode y se instaló, dominando el campo, con los pies en el río, hubo indicios del miedo y la inquietud que recorrían mi espina dorsal.

Resultaba obvio que no se trataba de un suceso infrecuente, que siempre asistía un Trípode al torneo y no se veía en ello razón para alarmarse. Desde luego, estaban más acostumbrados a ver Trípodes que nosotros allá en Wherton, donde sólo veíamos uno el día de la ceremonia de la Placa. Aquí se veían casi a diario, aislados o en grupo, recorriendo el valle. Yo también me había acostumbrado a verlos desde aquella distancia. Hallarse justamente bajo su sombra era algo diferente. Levanté la vista, atemorizado. Me di cuenta de que a los lados del hemisferio, y en la base, había unos círculos que parecían de cristal teñido de verde. ¿Veía a través de ellos? Eso supuse. No había reparado en ellos anteriormente porque en Wherton jamás me había atrevido a mirar un Trípode de cerca. Ni ahora me atrevía a hacerlo mucho tiempo seguido. Me hallaba directamente bajo el enfoque de un círculo. Bajé la mirada y observé el torneo, pero mi mente no estaba allí.

Y sin embargo, con el transcurso del tiempo, mi inquietud cedió. El Trípode no hizo ningún ruido después de quedar situado junto al castillo y no se movió para nada. Se limitaba a estar allí, presidiendo u observando, o meramente alzándose contra el cielo, y uno acababa habituándose a su presencia, sin reparar en ella. Una hora después yo daba voces de aliento a uno de mis favoritos, el Chevalier de Trouillon, y mi único pensamiento era la esperanza de que, después de que se hubieran producido dos caídas por cada parte, él ganara la lucha final. Así fue y su oponente cayó rodando por la hierba pisoteada y marchita y yo lo ovacioné como los demás.

Aquella noche se celebró una fiesta, al igual que sucedería todas las noches

mientras durara el torneo y, como hacía buen tiempo, tuvo lugar en el patio. Estaban sentados la familia del Comte y los caballeros que iban acompañados de sus damas; a éstos les era servida la comida; los demás se servían de las mesas dispuestas a un lado, que estaban cargadas de distintas clases de carne, pescado, verduras, frutas y púdines dulces, y en las cuales había altos jarros de vino. (No se bebió mucho mientras estuvimos allí, pero los caballeros se quedaron después de que las damas se retiraran a la torre; se encendieron antorchas, se cantó y hubo algunas voces hasta muy tarde). No fui capaz de contar el número de platos. No se trataba solamente de que hubiera distintas clases de carne, aves y pescado, sino que cada clase se podía preparar y sazonar de maneras diferentes. Se consideraba que comer era un arte delicado de un modo que no creo capaz de entender ni siquiera a Sir Geoffrey, y desde luego a nadie de Wherton.

Yo me fui con las damas, pletórico y feliz. El Trípode seguía en el lugar que ocupara toda la tarde, pero sólo se veía una silueta oscura, recortada contra las estrellas; parecía algo remoto y casi sin importancia. Desde la ventana de mi habitación no podía verlo en absoluto. Sólo el chal luminoso de la Vía Láctea y las antorchas del patio, nada más. Oí llamar a mi puerta y dije: «*Entrez!*».e volví para mirar cuando se abría y Eloise se deslizó al interior.

Todavía llevaba el vestido azul adornado con lazos, aunque se había quitado la corona. Antes de que yo pudiera hablar dijo:

—Will, no puedo quedarme mucho. Me las he arreglado para escapar pero estarán buscándome.

Lo entendía. En calidad de Reina del Torneo, ocupaba una posición especial. Mientras durase no habría agradables conversaciones ni largos paseos. Dije:

—Hicieron una elección acertada. Me alegro, Eloise.

Ella dijo:

—Quería despedirme, Will.

—No será mucho tiempo. Unos días. Después, cuando me hayan puesto la Placa...

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No volveré a verte. ¿No lo sabías?

—Pero si yo he de quedarme aquí. Así me lo ha dicho tu padre esta misma mañana.

—Tú te quedarás, pero yo no. ¿No te lo ha dicho nadie?

—¿Decirme qué?

—Cuando se acaba el torneo, la Reina se va y queda al servicio de los Trípodes. Siempre se ha hecho así.

Dije, estúpidamente:

—¿Servirles dónde?

—En su ciudad.

—¿Pero por cuánto tiempo?

—Ya te lo he dicho. Para siempre.

Sus palabras me conmocionaron, pero la expresión de su rostro era aún más sorprendente. Era una especie de devoción embelesada, la expresión de alguien que mantiene en secreto su más íntimo deseo.

Aturdido, le pregunté:

—¿Lo saben tus padres?

—Claro.

Yo sabía que se habían sentido apenados por causa de sus hijos, a los cuales habían enviado lejos por unos años sólo para que se formaran como caballeros en otra casa. Y ésta era su hija, a quien quizá amaban aún más tiernamente, y debía irse con los Trípodes para nunca más volver... y a lo largo de todo el día los había visto divertirse y ser felices. Era monstruoso. Dije en un estallido:

—¡No debes hacerlo! No lo permitiré —ella me sonrió e hizo un leve gesto negativo con la cabeza, como si fuera un adulto que escuchaba las palabras atolondradas de un niño—. Huye conmigo, —dije—. Iremos adonde no hay Trípodes. ¡Huye ahora!

Ella dijo:

—Cuando te hayan puesto la Placa lo entenderás.

—¡No me pondrán la Placa!

—Ya lo entenderás, —tomó aliento—. Soy tan feliz, —dio un paso adelante, me cogió de las manos e inclinándose, me dio un beso en la mejilla—. ¡Tan feliz! —repitió. Volvió hacia la puerta, dejándome allí en medio—. Ahora debo irme. Adiós, Will. Acuérdate de mí. Yo me acordaré de ti.

Cruzó la puerta y desapareció por el corredor con paso apresurado antes de que yo pudiera salir del trance. Después acudí a la puerta, pero el corredor estaba vacío. La llamé pero sólo oí el eco de mi voz, que me devolvían los muros de piedra. Era inútil. No sólo porque allí habría otra gente, sino por la propia Eloise. «Me acordaré de ti». Ya me había olvidado, en el sentido que verdaderamente importaba. Toda su mente estaba concentrada en los Trípodes. Sus amos la habían llamado y acudía a ellos, feliz.

Regresé a mi habitación, me desvestí y traté de dormir. Sentía demasiadas clases de horror. Horror por lo que le había ocurrido a Eloise. Horror por las criaturas que eran capaces de hacer a otros cosas así. Y sobre todo, horror por lo cerca que había estado de caer, —mejor dicho, de arrojarme—, en algo al lado de lo cual el suicidio era algo limpio y bueno.

Eloise no tenía culpa de lo ocurrido. El a había aceptado que le pusieran la Placa del mismo modo que lo hicieron muchísimos otros, sin comprenderlo y sin conocer

una alternativa. Pero yo lo había comprendido y sabía que no debía hacerlo. Pensé en el rostro sin expresión de Larguirucho y en el desprecio que había en el de Henry la última vez que lo vi, y me sentí avergonzado.

El ruido de la juerga del patio se había acallado hacía mucho tiempo. Me eché y no paré de dar vueltas; vi que una luz más suave y difusa que la de las estrellas coloreaba el hueco de la ventana. Detuve la fútil ronda de pensamientos autoacusatorios; y me puse a hacer planes.

El interior del edificio estaba a oscuras cuando bajé sigilosamente las escaleras, pero afuera había suficiente luz como para que yo viera por dónde iba. No había nadie ni lo habría durante un par de horas como mínimo. Incluso los criados se levantaban más tarde los días del torneo. Me dirigí a las cocinas y me encontré a uno roncando debajo de una mesa; presumiblemente estaría demasiado borracho como para irse a la cama. Había poco peligro de que se despertara. Me traje de la cama una funda de almohada y metí en ella sobras de la fiesta de la noche anterior: un par de pollos asados, medio pavo, barras de pan, queso y embutido. Después me fui a los establos.

Aquí había más peligro. Los mozos dormían al otro lado de las cuadras y, aunque ellos también hubieran bebido hasta hartarse, si los caballos se alborotaban, probablemente los despertarían. El caballo que buscaba era el que me había acostumbrado a montar con Eloise, un alazán castrado, de sólo unos catorce palmos de altura, que se llamaba Arístides. Era un animal algo nervioso, pero habíamos llegado a conocernos y aquello me daba confianza. Se mantuvo quieto, sólo resopló un par de veces mientras lo soltaba, y se vino conmigo como un corderito. Afortunadamente, el suelo estaba cubierto de paja, lo que amortiguaba el ruido de los cascos. Cogí la silla, que se guardaba junto a la puerta, y después nos alejamos.

Le hice descender y después atravesar la puerta del castillo antes de ensillar. Relinchó, pero yo juzgué que nos encontrábamos lo suficientemente alejados como para que no importara. Ajusté el extremo superior de la funda a la cincha antes de sujetar ésta y me dispuse a montar. Antes de hacerlo miré a mi alrededor. Detrás de mí se hallaba el castillo, oscuro y dormido; ante mí el campo de justas, los faldones de los pabellones aleteaban, levemente agitados por la brisa matutina. A mi izquierda... se me había olvidado el Trípode. O tal vez había supuesto que se había ido por la noche. Pero allí estaba, por lo que veía exactamente en el mismo sitio. Oscuro como el castillo; ¿y dormido como el castillo? Parecía que sí, pero sentí un escalofrío de inquietud. En vez de montar y descender por la pendiente ancha y cómoda, lo llevé por el sendero, —más dificultoso y empinado—, que bajaba bordeando sinuosamente la roca sobre la cual se alzaba el castillo y salí entre los prados y el río. Allí una hilera de árboles impedía que lo vieran tanto desde el castillo

como desde el gigante metálico que montaba guardia entre las aguas impetuosas del otro brazo del río. Nada había sucedido. Lo único que se oía era un ave acuática que graznaba cerca. Por fin me monté en Arístides, le presioné los flancos con los talones y partimos.

Era cierto, como le dije a Henry y a Larguirucho, aunque ellos podían escapar sin que advirtiesen su ausencia en un par de días, a mí me echarían de menos mucho antes. Aun en pleno torneo era probable que me siguiera un grupo de búsqueda. Por esta razón había cogido el caballo. Significaba que podría interponer la mayor distancia posible entre quienes pudieran perseguirme y yo. Creía que si lograba alejarme veinte millas del castillo sin que dieran conmigo, me encontraría a salvo.

Además el caballo me brindaba la posibilidad de alcanzar a Henry y a Larguirucho. Sabía aproximadamente qué ruta seguirían; me llevaban un día de ventaja, pero iban a pie. Pensaba que ahora era menos probable que me molestara el hecho de que se llevaran mejor entre sí que conmigo. En medio de la luz grisácea del amanecer era muy consciente de que estaba solo.

El sendero discurría paralelo al río por espacio de casi una milla, hasta que se llegaba al vado, por donde debía cruzar a la otra orilla. Había recorrido aproximadamente la mitad de esta distancia cuando oí el ruido: el impacto vigoroso de un peso enorme que pisaba la tierra, después otro y otro más. Automáticamente, en cuanto volví la vista atrás, incité a Arístides a galopar. Fue una visión nítida y espantosa. El Trípode había abandonado su posición junto al castillo. Se desplazaba firme, implacablemente, en pos de mí.

No recuerdo casi nada de los minutos siguientes; en parte porque sentía un miedo tan intenso que me impedía pensar bien y en parte, quizá, por lo que sucedió después. La única cosa que recuerdo con claridad es la más aterradora de todas: el momento en que sentí que una banda metálica, pero increíblemente flexible, se enroscaba a mi cintura y me arrebatava del lomo de Arístides. Conservo una impresión confusa; me elevaron por los aires y yo ofrecí una débil resistencia, estaba a un tiempo asustado por lo que me iba a suceder y porque, si me liberaba, caería al suelo, que se encontraba ya a una distancia vertiginosa; alcé la vista hacia el caparazón bruñido, vi la negrura del agujero que iba a engullirme, conocí el miedo como jamás lo había conocido, grité y grité... Y después la negrura.

El sol me oprimía los párpados, dándome calor, transformando la oscuridad en un fluido rosa. Abrí los ojos e inmediatamente tuve que protegerlos del resplandor. Estaba tumbado boca arriba, sobre la hierba, y el sol. Según vi, estaba bastante por encima del horizonte. Por lo que serían aproximadamente las seis. Y no eran ni las cuatro cuando...

El Trípode.

Al recordarlo sentí una sacudida de pavor. No quería escrutar el cielo, pero sabía que debía hacerlo. Vi un vacío azul orlado por el verde ondulante de los árboles. Nada más. Me puse apresuradamente en pie y miré fijamente hacia la lejanía. Vi el castillo y a su lado, en el mismo lugar que ayer, donde lo vi cuando saqué a Arístides, el Trípode. Estaba inmóvil, aparentemente igual que el castillo, clavado a la roca.

A cincuenta yardas de mí, Arístides pacía en la hierba cubierta de rocío, con la plácida satisfacción propia de un caballo que está en un buen pastizal. Me dirigí hacia él, tratando de sacarle algún sentido al desorden de mis pensamientos. ¿Lo había imaginado, fue una pesadilla que soñé como consecuencia de una caída del caballo? Pero volví a recordar cómo me arrebatában por los aires y me estremecí. No cabía dudar de aquel recuerdo: había tenido lugar; el miedo y la desesperación habían sido reales.

¿Y después? El Trípode me había atrapado. ¿Sería posible que...? Me llevé la mano a la cabeza, palpé el pelo y la dureza del cráneo, pero no había ninguna malla metálica. No me habían puesto la Placa. Junto con el alivio que aquello me proporcionó sentí una aguda sensación de náusea que me obligó a parar y tomar aliento. Me encontraba tan sólo a unos pasos de Arístides, que alzó la vista y relincho al reconocirme.

Lo primero es lo primero. El castillo se estaría poniendo en movimiento, al menos la servidumbre. Pasaría una hora o más antes de que me echaran de menos, pero no podía desperdiciar el tiempo de que disponía para huir, —aún podían divisarme desde la muralla—. Así las riendas del caballo, me apoyé en el estribo y me subí a la montura. No mucho más allá bullía el río al atravesar los bajos del vado. Le incité a avanzar y respondió de buena gana. Tras cruzar el vado, volví la vista de nuevo. Nada había cambiado, el Trípode no se había movido. Esta vez la sensación de alivio no fue paralizante, sino vivificadora. El agua chocaba contra los menudillos de Arístides. Hacía más viento que antes y transportaba un aroma que me hizo sentirme torturado antes de identificarlo. Había un arbusto que olía así en el islote del río. Atravesaba los campos de centeno un sendero llano que discurría en línea recta en un tramo largo. Puse a Arístides a medio galope.

Durante varias horas juzgué prudente no detenerme. Al principio no se veía a nadie, pero después pasé junto a hombres que se dirigían a los campos o bien ya estaban trabajando en ellos. Con los primeros me topé repentinamente al tomar al trote una curva marcada por una arboleda, y me sentí confuso e inquieto. Pero me saludaron cuando pasé y me di cuenta de que saludaban por la montura y por la distinción de mis ropas: para ellos yo era un miembro de la nobleza, un muchacho que había salido a montar antes del desayuno. De todos modos, evité encontrarme con gente en la medida de lo posible y me alegró dejar las tierras cultivadas y pasar a

un terreno abrupto y elevado en el que no se veían más que ovejas.

Había tenido tiempo para pensar en el Trípode, en el hecho asombroso de que me hubiera cogido para después soltarme, sin hacerme daño, sin insertarme la Placa, pero no me hallaba más cerca de ninguna solución. Tuve que dejarlo como uno más de los misterios que los rodeaban, a lo mejor era un capricho como cuando aquellos otros se pusieron a dar vueltas alrededor del «Orión» aullando de rabia o de júbilo o por cualquier otra emoción absolutamente distinta e insondable, para después salir despedidos por el agua, alejándose hasta perderse de vista. Eran unas criaturas inhumanas y no había que tratar de atribuirles motivos humanos. Lo único que importaba de verdad era que yo estaba en libertad, que mi mente seguía perteneciéndome y era dueña, en la medida que lo permitieran las circunstancias, de mi destino.

Comí, bebí agua de un arroyo, monté y proseguí viaje a caballo. Pensé en los que dejaba atrás, en el castillo, en el Comte y la Comtesse, en los caballeros y escuderos que había conocido, en Eloise. Ahora estaba bastante convencido de que no me encontrarían: los cascos de Arístides no dejarían huellas ni en la corta hierba ni en la tierra seca y ellos no podían abandonar el torneo mucho tiempo a cambio de una persecución. Me parecía que estaban muy lejos, no sólo en términos de espacio, sino como personas. Recordaba su amabilidad, la bondad y simpatía de la Comtesse, la risa del Comte, su mano pesada apoyada en mi hombro, pero los recuerdos tenían algo que no era real del todo. A excepción de Eloise. La veía claramente y oía su voz igual que la había visto y oído tantas veces a lo largo de las semanas anteriores. Pero la imagen que más nítida y cruelmente acudía a mi mente era la última: la expresión de su rostro cuando me dijo que se iba al servicio de los Trípodes y añadió: «Soy tan feliz... tan feliz». Espoleé a Arístides, que soltó un relincho de protesta, pero se arrancó a galopar a través de la ladera verde y soleada.

Hacia delante las colinas alcanzaban una altura cada vez mayor. El mapa indicaba un paso y si me había guiado acertadamente por el sol tendría que avistarlo pronto. Al alcanzar la cima de una loma tiré de las riendas y contemplé la pendiente que bajaba. Me pareció distinguir una abertura aproximadamente en el lugar previsto, en la línea divisoria entre el verde y el marrón, pero el halo de calor lo volvía todo borroso, dificultando la identificación. Pero más cerca había otra cosa que me llamó la atención.

Quizá a una milla de distancia había algo que se movía. Una figura... dos, que surgían de un pliegue del terreno, subiendo trabajosamente. Aún no podía identificarlos, pero en aquel paraje desolado, ¿quiénes podían ser sino ellos? Volví a poner a Arístides al galope.

Se volvieron antes de que me acercara, alarmados por el batir de los cascos, pero mucho antes de que yo supiera con certeza que se trataba de ellos. Me detuve a su

altura y me bajé del caballo de un salto, orgulloso —me temo que incluso lo sigo estando ahora—, de la destreza que había adquirido como jinete.

Henry se me quedó mirando fijamente, perplejo, sin saber qué decir. Larguirucho dijo:

—Así que has venido, Will.

—Por supuesto, —dije—. ¿Por qué? ¿Pensabais que no lo haría?

CAPÍTULO 8

UNA HUIDA Y UN PERSEGUIDOR

No les dije nada de Eloise ni de lo que me había hecho cambiar de idea. No era sólo que me diera vergüenza admitir que había pensado seriamente en quedarme y permitir que me pusieran la Placa a cambio de las compensaciones que ello entrañaba; aunque me sentía profundamente avergonzado. También era que no quería hablarle de Eloise a nadie. Posteriormente Henry hizo algunos comentarios despreciativos que obviamente se referían a ella, pero no le hice caso. Aunque por entonces todavía estaba demasiado impresionado por mi aparición como para hablar mucho.

Tal como lo dije sonaba razonablemente y bien planeado; que había pensado que lo mejor era darles veinticuatro horas de ventaja, después robar un caballo y seguirles. Sí les conté mi experiencia con el Trípode. Pensé que tal vez ellos pudieran arrojar alguna luz sobre aquello, que por lo menos Larguirucho sería capaz de elaborar una teoría que lo explicara, pero estaban tan desorientados como yo. Larguirucho insistía en que procurara recordar si había llegado a estar dentro del Trípode y cómo era pero, por supuesto, no pude.

Fue Larguirucho el que dijo que teníamos que abandonar a Arístides. No había pensado en aquello, sólo había imaginado de un modo nebuloso que, si volvía a encontrar a los otros dos, podría dejarles generosamente que se turnaran para montarlo; entretanto yo seguiría siendo su propietario. Pero era cierto, como apuntó Larguirucho, que tres muchachos y un caballo, a diferencia de tres muchachos a pie o un solo muchacho a caballo, ofrecían una imagen que suscitaría preguntas a cualquiera que los viera.

Admití de mala gana el hecho de que no podía quedármelo. Le quitamos la montura, debido a que en ella estaban estampadas las armas de la Tour Rouge, y la escondimos tras una elevación rocosa, echándole suciedad con los pies y amontonando piedras encima para que quedara algo oculta. Acabarían dando con ella, pero no tan pronto como probablemente ocurriría con Arístides. Era un buen caballo y el que se lo encontrara corriendo libremente y sin enjaezar seguramente no se iría demasiado lejos a buscarle un dueño. Le quité la brida y sacudió la cabeza, libre. Después le di una palmada seca en la grupa. Alzó las patas delanteras, trotó unas cuantas yardas y se detuvo, volviendo la vista hacia donde yo estaba. Pensé que no quería dejarme e intenté dar con una excusa para quedármelo algún tiempo más, pero relinchó, volvió a sacudir la cabeza y se alejó trotando hacia el norte. Yo me di la vuelta; no quería verle marchar.

De modo que una vez más reemprendimos la marcha, los tres nuevamente juntos. Estaba muy contento de su compañía y contuve la lengua incluso cuando Henry, ya

repuesto, hizo algunos comentarios despreciativos acerca de lo difícil que debía ser aquello después de la vida lujosa de que había gozado en el castillo. De hecho, intervino Larguirucho para cortarle. Me daba la impresión de que Larguirucho daba por supuesto que si es que había un líder en el grupo, ése era él. Tampoco tenía ganas de poner aquello en tela de juicio, por lo menos de momento.

Efectivamente me cansaba de andar; los músculos que se emplean son totalmente distintos a los que se utilizan para montar a caballo y no cabía duda de que estaba en baja forma como consecuencia de la enfermedad y de la convalecencia prolongada e indolente que vino después. Sin embargo, apreté los dientes y me mantuve a la altura de los otros, procurando que no se me notara el cansancio. Pero me alegré cuando Larguirucho dijo que paráramos para comer y descansar.

Aquella misma noche, cuando dormimos a la intemperie, bajo las estrellas, y en lugar del colchón de plumas al que me había acostumbrado, tuve debajo el duro suelo, no pude evitar sentir cierta lástima de mí mismo. Pero estaba tan cansado después de no haber dormido la noche anterior que no aguanté mucho despierto. Sin embargo, por la mañana tenía doloridas todas las extremidades, como si alguien se hubiera pasado la noche dándome patadas. Volvía a hacer un día luminoso, pero sin el viento que nos hizo pasar frío el día anterior. Éste sería el cuarto día, el penúltimo del torneo. Tendría lugar la lucha colectiva y en el recinto habría equitación. Eloise aún llevaría la corona y daría premios a los vencedores. Y pasado mañana...

Llegamos al paso indicado en el mapa no mucho después de salir. Seguimos un río que nacía de las colinas, de curso interrumpido por ruidosas cascadas, algunas bastante grandes. Más arriba el mapa señalizaba un lugar en el que otro río se aproximaba a éste y llegamos allí antes del atardecer.

Este segundo río, exceptuando unos cuantos puntos en los que las orillas estaban deterioradas, era extrañamente rectilíneo y de anchura uniforme. Además discurría a distintos niveles separados unos de otros por unos dispositivos evidentemente contruidos por los antiguos: maderas en putrefacción, volantes de hierro oxidado y cosas así. Por supuesto, Larguirucho encontró, para satisfacción suya, una explicación. Los hombres habían contruido el segundo río, excavando el lecho y quizá trayendo agua del río principal. Nos mostró que bajo la hierba y otros tipos de vegetación había ladrillos cuidadosamente dispuestos y sujetos con argamasa. En cuanto a los dispositivos, eran un medio para permitir que las barcas pasaran de un nivel del río a otro (un sistema para llenar y drenar el corto tramo que había entre las dos secciones situadas a distinta altura). Tal y como lo explicaba parecía razonable, pero a él se le daba bien hacer que resultaran plausibles cosas fantasiosas.

Se fue entusiasmando bastante con la idea a medida que avanzábamos paralelamente al río. Aquello podía ser, —estaba seguro de que lo había sido—, un Shemand-Fer acuático, con barcas que tiraban de carruajes a lo largo de las aguas

niveladas y gente que se subía y se bajaba en los lugares donde estaban los volantes y demás.

—¿Empujados por tu cacerola de vapor? —dijo Henry.

—¿Por qué no?

—De todos modos es mucha agua.

Dije yo:

—Parece que algunas paradas estaban muy cercanas entre sí y otras a millas de distancia. Y no hay indicios de que haya habido poblaciones allí. Sólo los restos de una casa, a veces ni siquiera eso.

Dijo, con impaciencia:

—No se pueden entender todas las cosas que hicieron los antiguos. Pero construyeron este río, eso seguro, y por tanto deben de haberlo usado. Se podría arreglar y hacer que vuelva a funcionar.

En un punto donde el río rectilíneo giraba bruscamente sobre sí mismo en dirección norte, lo dejamos. El terreno que había a continuación era mucho más accidentado, y había aún menos indicios de cultivos o de que allí habitara el hombre. La comida empezaba nuevamente a convertirse en un problema. Se nos había acabado lo que trajimos del castillo y aquí había pocas cosas que coger. Cuando más hambre teníamos nos encontramos un nido de gallina silvestre. Ésta se encontraba sentada encima de una nidada de catorce huevos, de los cuales fuimos capaces de comernos diez, con la ayuda de un condimento estimulante: el hambre; los demás estaban malos. Nos hubiéramos comido, aún con más ganas, a la gallina, de haber sido capaces de atraparla.

Por fin divisamos desde las colinas un extenso valle verde atravesado por un río. A lo lejos se veían más colinas. Aún más lejos, según el mapa, estaban las montañas, que eran la meta de nuestro viaje. Habíamos recorrido mucho y aún estábamos lejos. Pero el valle era un mosaico de campos y se veían casas, granjas y pueblos. Al á abajo había comida.

No obstante, conseguirla resultó menos sencillo de lo que habíamos creído. Nuestras primeras tentativas de incursión se vieron frustradas, dos por unos perros que ladraron furiosamente, la tercera por el propio granjero, que se despertó y nos siguió dando voces mientras nosotros salíamos del patio en distintas direcciones. Encontramos campos de patatas que nos permitieron aplacar el hambre en sus peores momentos, pero las patatas crudas constituían una dieta escasa para proseguir el viaje y llevar aquella vida tan dura. Pensé con tristeza en toda la comida que se desperdiciaba en el castillo; calculé que hoy se celebraría la Ceremonia de la Placa, día en que las fiestas alcanzaban una magnificencia aún mayor que durante el torneo. Pero al pensar en ello me acordé de Eloise, que ya no estaría en aquella fiesta. Había cosas peores que el hambre, males peores que la incomodidad física.

A la mañana siguiente cambió nuestra suerte. Ya habíamos recorrido más de medio valle (después de atravesar el río a nado y secarnos al sol, tumbados en la orilla, agotados) y de nuevo nos dirigíamos a terreno más elevado. Evitamos un pueblo, pero incluso de lejos vimos que había una gran actividad allí; habían desplegado banderas y estandartes con motivo de alguna celebración local. Pensé en la Ceremonia de la Placa, pero Larguirucho dijo que lo más probable era que se tratara de las muchas fiestas eclesiásticas que tenían lugar a lo largo del año; en este país eran más frecuentes que en Inglaterra.

Estuvimos observando un tiempo y mientras lo hacíamos vimos salir mucha gente de una granja situada a unos centenares de yardas de los arbustos entre los que estábamos echados cuerpo a tierra. Llevaron dos carromatos a la puerta principal, con los caballos engalanados, y la gente se amontonó en ellos, vestidos con ropa de domingo. Tenían aspecto de ser prósperos y, aún más importante, de estar bien alimentados. Yo dije, hambriento:

—¿Creéis que se habrán ido todos?

Esperamos a que los carromatos se perdieran de vista para hacer un reconocimiento. Larguirucho se acercó a la casa, y Henry y yo aguardamos cerca. Si hubiera alguien dentro, se inventaría una excusa y se iría. Si no...

No había ni siquiera un perro, —tal vez se los hubieran llevado a la fiesta—, y no tuvimos que forzar nada para entrar. Había una ventana suficientemente abierta como para que yo me colase y les abriese a los otros los cerrojos de la puerta. No perdimos tiempo y nos dirigimos a la despensa. Nos zampamos medio ganso que había y un poco de cerdo asado. Después de comer tanto como nos fue posible, llenamos las bolsas y continuamos nuestro camino atiborrados y un tanto lentos.

¿Y con complejo de culpabilidad? Era el mayor acto de piratería, —o si se prefiere, robo—, que habíamos cometido hasta el momento. Aún repicaban las campanas por el valle; por la calle principal del pueblo avanzaba una procesión: niños vestidos de blanco seguidos de sus mayores. Seguramente entre ellos estarían el granjero y su mujer, que al volver se encontrarían la despensa vacía. Me imaginé la desolación de mi madre y el desprecio e irritación de mi padre. En Wherton no se permitía que un desconocido se marchara hambriento, pero las normas que delimitaban lo que pertenecía a cada cual eran sacrosantas.

La diferencia estribaba en que nosotros no éramos unos desconocidos; nosotros éramos unos fuera de la ley. A nuestro modo, pobre e insignificante, estábamos en guerra. Esencialmente contra los Trípodes, pero indirectamente contra todos aquellos que, por las razones que fuera, los apoyaban. Incluyendo, —me esforcé por afrontarlo—, a todos cuantos había conocido, y a los cuales había cobrado cariño, en el Château de la Tour Rouge. Todos estaban contra nosotros en el país que cruzábamos. Teníamos que vivir de nuestro ingenio y de nuestros recursos: no valía ninguna de las

normas antiguas.

Más adelante vimos a un Trípode que avanzaba por el valle, el primero en varios días. Pensé que Larguirucho se equivocaba y que se dirigía al pueblo, a una Ceremonia de la Placa, pero en lugar de ir hacia allí se detuvo, lejos de todo lugar habitado, aproximadamente a una milla de donde estábamos. Allí se quedó, tan inmóvil y aparentemente inanimado como el del castillo. Avanzamos algo más deprisa que antes y nos mantuvimos ocultos siempre que nos fue posible. Aunque parecía que no tenía mucho sentido: no había razón para suponer que tuviera que ver con nosotros, ni siquiera que nos pudiera ver. No daba muestras de querer seguirnos. Al cabo de una hora o así lo perdimos de vista.

Volvimos a ver al Trípode, o uno parecido, a la mañana siguiente y una vez más se detuvo a cierta distancia y se quedó allí. Nuevamente nos pusimos en marcha y lo perdimos. El cielo estaba más nublado que antes y hacía mucho viento. Se nos había acabado la comida que cogimos en la granja, —Larguirucho quiso que la racionáramos pero por una vez Henry y yo no le hicimos caso—, y no encontramos más en todo el día. Otra vez teníamos hambre, seguramente acentuada por el hecho de haber comido bien el día anterior.

Al atardecer subimos por unos campos en los que había plantas situadas unas muy cerca de otras, sujetas por palos, y que daban racimos de una fruta verde y pequeña. La recolectarían cuando hubieran crecido del todo y estuvieran maduras, y le sacarían el jugo para hacer vino. Cerca del castillo había unos cuantos campos de éstos, pero me asombró ver la gran cantidad que había aquí, así como la manera en que estaban dispuestas las parcelas, —o, más bien, los bancales—, para recibir la lluvia y el sol. Tenía tanta hambre que probé unas cuantas frutas de las más grandes, pero estaban duras y agrias, y tuve que escupirlas.

Habíamos estado durmiendo al aire libre pero pensamos que, ante la posibilidad de que empeorara el tiempo, sería una buena idea procurarse un refugio para la noche. De hecho descubrimos una cabaña, una cosa improvisada, situada en la intersección de tres campos. Nos acordamos de nuestra última experiencia y entramos cautelosamente, pero Larguirucho nos aseguró que se trataba de un lugar que sólo utilizan durante la recolección de la fruta, y lo cierto es que no había ninguna vivienda a la vista, sólo las largas hileras de palos y plantas que se extendían hasta perderse en la oscuridad. Estaba muy vacía, no había tan siquiera una mesa o una silla, pero el techo, aunque por algunos sitios se veía el cielo, nos preservaría casi totalmente de la lluvia.

Era un alivio haber encontrado un refugio y, después de echar un vistazo, también descubrimos alimentos, aunque casi no se podían comer. Se trataba de unas ristra de cebollas, como las que los hombres de jersey azul traían del otro lado del mar, sólo que éstas estaban secas y marchitas, y en algunos casos podridas. Puede que las

trajeran los trabajadores en la última recolección, aunque era raro que las hubiesen dejado allí. Fuera como fuere, aplacaron un tanto las protestas de nuestros estómagos. Nos sentamos a la puerta de la cabaña, masticándolas y viendo cómo se desvanecía la luz tras la línea de las colinas. Reinaba la calma y a pesar de haber cenado cebollas marchitas y rancias, y a la perspectiva de pasar la noche en un suelo que se desmoronaba, era la vez que más contento me sentía desde que salí del castillo. Pensaba menos en las cosas que me conturbaban, sentía que se quedaban atrás, desvaneciéndose. E íbamos bien. Unos cuantos días más y tendríamos las montañas a nuestro alcance.

Entonces Henry se dirigió al otro lado de la cabaña y un momento más tarde nos llamó para que acudiéramos también. No tuvo necesidad de dirigir nuestra atención hacia él. Fijo sobre la hierba se alzaba el Trípode, a una distancia no muy superior a media milla.

Henry dijo:

—¿Crees que es el mismo?

Dije yo:

—No estaba a la vista cuando llegamos a la cabaña. Miré en esa dirección.

Henry dijo con inquietud:

—Desde luego se parecen todos mucho.

—Hemos de seguir, —dijo Larguirucho—. Puede que sea casualidad, pero es mejor no arriesgarse.

Abandonamos la cabaña y subimos afanosamente la colina. Aquella noche nos tumbamos en una zanja y yo no dormí bien, aunque por fortuna no llovió. Pero dudo que hubiera pegado ojo en la cabaña, sabiendo qué monstruoso centinela montaba guardia fuera.

Cuando salimos por la mañana no se veía el Trípode, pero no mucho después de parar a mediodía él, o quizá otro, apareció a nuestra espalda, asomando por detrás de la cima de una colina, y se detuvo a la misma distancia. Sentí que me temblaban las piernas.

Larguirucho dijo:

—Tenemos que perderlo.

—Sí —dijo Henry—, ¿pero cómo?

—Puede que le estemos ayudando, —dijo Larguirucho—, manteniéndonos a cubierto.

Delante de nosotros había campos, algunos con viñedos, otros con cultivos distintos. A la izquierda, un poco desviados de nuestro curso, había árboles; parecía el lindero de un bosque que se extendía a lo lejos, cubriendo los pliegues del terreno.

—Veremos, —dijo Larguirucho—, si es capaz de divisarnos a través de las hojas

y las ramas.

Nos encontramos un campo de nabos antes de entrar en el bosque, y llenamos las bolsas, sabedores de que podría haber pocas posibilidades de conseguir comida más adelante. Pero era un inmenso alivio sentirse ocultos: el techo de vegetación era tupido. Sólo de cuando en cuando veíamos fragmentos de cielo, pero nada de sol.

Viajar era más difícil, por supuesto, y más agotador. En ciertos lugares había gran cantidad de árboles y en otros la maleza era tan enmarañada que nos veíamos obligados a dar un rodeo en vez de atravesarlo con esfuerzo. Al principio estábamos medio convencidos de que oíríamos los ruidos del Trípode cuando atravesara el bosque siguiéndonos, pero al ir pasando las horas y ver que sólo se escuchaban los ruidos normales del bosque, —los pájaros, el chillido de una ardilla, unos gruñidos lejanos que con toda probabilidad corresponderían al jabalí— fuimos convenciéndonos de que, tanto si habíamos tenido razón al pensar que nos perseguían como si no, aquella idea ya no tenía sentido.

Pasamos la noche en el bosque; dimos por finalizada la jornada un poco temprano, pues tuvimos la suerte de dar con la cabaña de un leñador. Había leña y yo hice una fogata mientras Henry cogía un par de cepos de alambre que estaban colgados de la pared y los colocaba a la entrada de unas madrigueras de conejo que había cerca. Atrapó uno que salía a hacer su recorrido nocturno; lo despellejamos y lo asamos a la lumbre. Nos comimos el conejo solo. Todavía quedaban algunos nabos, pero a esas alturas ya estábamos hartos de ellos.

A la mañana siguiente nos dirigimos de nuevo hacia campo abierto y llegamos en poco más de una hora. No había rastro del Trípode y empezamos a recorrer con buen ánimo un territorio en el que predominaba lo salvaje sobre lo cultivado; en unos pocos prados había vacas pastando y de cuando en cuando se veían campos de patatas y cosas similares, pero la mayor parte era páramo cubierto de hierbas ralas y arbustos, incluyendo una especie que tenía grandes cantidades de una baya azul de sabor dulce y delicado. Nos atiborramos de éstas y llenamos las bolsas de patatas pequeñas.

Progresivamente se iba elevando el terreno, y de modo igualmente progresivo se iba haciendo más baldío. El bosque quedó al oeste, pero había grupos de pinos que espesaban formando extensas arboledas. Atravesamos el silencio apacible de las mismas, en medio del cual hasta el canto de los pájaros sonaba apagado y distante, y al atardecer llegamos a la cima de una loma bajo la cual había una extensión de cien yardas o más, ocupada por pinos talados no hacía mucho tiempo: aún brillaba el blancor de los tocones heridos por el hacha y muchos de los árboles aún seguían donde habían caído, aguardando a que se los llevaran.

Era una posición privilegiada. Podíamos ver el declive del terreno y, por encima de las copas verde oscuro de los árboles que seguían en pie, otras colinas de más altura. Y aún más allá, tan remotas, tan diminutas en apariencia, y sin embargo

majestuosas, con las cumbres blancas que el sol poniente, incrustado en el intenso azul del cielo, teñía de rosa (me maravillé al pensar que aquello era nieve), por fin avistamos las Montañas Blancas.

Henry dijo con voz de asombro:

—Deben tener millas de altura.

—Me imagino que sí.

Me sentí mejor al mirarlas. Parecían por sí solas un desafío a los monstruos metálicos que avanzaban a grandes pasos sin que nada los detuviera, omnipotentes, por las tierras bajas. Ahora sí creía sin reservas que los hombres podrían hallar refugio en ellas y seguir siendo libres. Estaba pensando en esto cuando Larguirucho se movió de repente a mi lado.

—¡Escuchad!

Lo oí y me di la vuelta. Estaba detrás de nosotros, muy lejos, pero supe qué era: la madera que crujía y se astillaba bajo el vigoroso impacto metálico, las pisadas de los grandes pies abriéndose paso por el bosque de pinos. Después cesaron. Pudimos vislumbrarlo a través de una pequeña abertura que dejaban los árboles, recortado contra el cielo.

Larguirucho dijo:

—No se nos ha podido ver en toda la tarde. Ahora no estamos a la vista. Y sin embargo sabe que estamos aquí.

Dije, abatido:

—Podría tratarse de una coincidencia.

—Dos veces, sí. Incluso una tercera. Pero si ocurre lo mismo una y otra vez, no. Nos está siguiendo y no necesita vernos. Al igual que un perro que olfatea un rastro.

Henry dijo:

—¡Eso es imposible!

—Si no es posible explicarlo de ninguna otra manera, lo imposible es cierto.

—¿Pero por qué iba a seguirnos? ¿Por qué no viene y nos coge?

—¿Cómo saber lo que hay en sus mentes? —preguntó Larguirucho—. Puede que les interese lo que hacemos, dónde vamos.

Toda la alegría del minuto anterior se evaporó. Las Montañas Blancas existían. Podían brindarnos refugio. Pero aún quedaban muchos días de viaje que para el Trípode no suponían más que unas cuantas zancadas de gigante.

Henry preguntó:

—¿Qué vamos a hacer?

—Tenemos que pensar, —dijo Larguirucho—. De momento se conforma con seguirnos. Eso nos da tiempo. Pero puede que no mucho tiempo.

Bajamos la pendiente. El Trípode no se movió de su posición, pero ya no nos hacíamos ilusiones al respecto. Bajamos lentamente, en medio de un silencio

desilusionado. Traté de pensar en algo para librarnos de él, pero cuanto más me concentraba más negro lo veía. Esperaba que los otros dos tuvieran más éxito. Por lo menos Larguirucho. Seguro que se le ocurría algo.

Pero cuando nos detuvimos por la noche no había dado con nada. Dormimos bajo los pinos. Seguía el tiempo seco y, pese a la altura, la temperatura era bastante suave y el lecho de agujas de pino, con un espesor de varias pulgadas, al parecer acumuladas a lo largo de muchos años, era lo más blando sobre lo que había dormido después del castillo. Pero ninguna de aquellas cosas me proporcionaba un gran consuelo.

CAPÍTULO 9

ENTABLAMOS BATALLA

Hacia una mañana sombría, a tono con nuestro estado de ánimo; los pinos estaban envueltos en una niebla fina y fría que nos hizo despertar entre temblores cuando apenas había suficiente luz para que viéramos por dónde íbamos. Avanzábamos entumecidos por entre los árboles, moviéndonos para entrar en calor al tiempo que roíamos patatas crudas. La noche anterior no habíamos podido ver gran cosa del valle y ahora no lográbamos ver nada. Aumentó la claridad, pero la niebla limitaba la visibilidad a un círculo de unas pocas yardas; más allá los troncos de los árboles se fundían con el monótono entorno.

Por supuesto, no vimos el Trípode para nada. Ni tampoco lo oímos: el único ruido que se percibía era el que hacíamos al avanzar, y como pisábamos sobre la alfombra de agujas de pino, quedaba tan amortiguado que su alcance no debía rebasar en exceso el del campo visual, si es que no era inferior. Un día antes esto habría resultado alentador pero a aquellas alturas no íbamos a fingir que tuviera alguna relevancia el hecho de que estuviéramos fuera del campo visual y auditivo de nuestro perseguidor. Otro tanto había ocurrido por un período superior a veinticuatro horas y después, tras atravesar un bosque de pinos en el que no había ninguna senda, hizo su aparición y ocupó una posición desde la que nos controlaba. Después de salir del pinar marchamos sobre hierba mojada, empapándonos los pies y la parte inferior de las piernas. Hacia mucho frío. Íbamos a paso más rápido de lo normal, pero el ejercicio no nos hizo entrar en calor. Yo temblaba y me castañeteaban los dientes. No hablamos demasiado y lo que decíamos era escueto y desesperanzado. No tenía sentido preguntarle a Larguirucho si se le había ocurrido alguna solución. No había más que mirar su rostro largo y apesadumbrado, aterido de frío, para saber que no.

Al salir del fondo del valle nos dirigimos hacia el oeste. Según el mapa, si nos manteníamos en aquella dirección, encontraríamos una subida más fácil. Seguimos guiándonos por el mapa de modo mecánico, a falta de algo mejor. Oímos un rumor solitario, un murmullo y chapoteo de agua; encontramos un río y lo seguimos. Llevábamos varias horas de viaje y yo me sentía tan helado y abatido como al principio, y mucho más hambriento. Aquí no había rastros de vida ni de alimentos.

Después, poco a poco, se levantó la niebla. El gris sucio se tornó más blanco, se hizo traslúcido, con reflejos plateados, y de vez en cuando dejaba pasar un haz brillante que destellaba fugazmente sobre la superficie agitada de las aguas antes de desvanecerse. Aquello nos levantó algo el ánimo y cuando hizo aparición el sol, primero como un delgado disco de plata y al final como una esfera de oro en llamas, casi nos sentimos alegres, por contraste. Me dije que tal vez nos hubiéramos equivocado al pensar que el Trípode disponía de algún medio mágico para seguirnos.

Tal vez hubiera empleado un medio sensorial, —la vista, el oído— que fuera superior a los nuestros sólo en cuanto a intensidad se refiere. Y si así fuera, ¿no podría ser que nos hubiera perdido durante la larga caminata a través de la niebla? No era un optimismo racional, pero me hacía sentir mejor. Los últimos trazos de niebla se perdieron en la lejanía; estábamos atravesando un valle ancho y soleado, las zonas elevadas de terreno, a ambos lados, estaban cubiertas de nubes blancas. Los pájaros cantaban. Aparte de ellos, estábamos totalmente solos.

Hasta que oí un crujido distante en la ladera, muy arriba; miré hacia allí y lo vi, medio oculto entre las nubes, pero espantosamente real.

Por la tarde encontramos una mata de rábanos picantes, arrancamos las raíces y nos las comimos. Tenían un sabor amargo y fuerte, pero era comida. Habíamos dejado atrás el valle y empezábamos a subir pendientes largas y suaves, en un terreno abrupto, cubierto de matorral. Habíamos vuelto a perder al Trípode, pero no dejábamos de pensar en él. Cada vez era más poderosa la sensación de impotencia, nos sentíamos cogidos en una trampa que a su debido tiempo se cerraría. En Wherton yo había seguido a pie las cacerías de zorros, pero después de esto ya no me quedarían ganas. Ni siquiera el sol, que calentaba más que nunca en medio de un cielo despejado, era capaz de levantarme el ánimo. Cuando sus rayos declinaban por el oeste Larguirucho dijo que parásemos y yo me dejé caer sobre la hierba, agotado y hambriento. Los otros dos, después de descansar un rato, se pusieron en movimiento a buscar comida, pero yo no me moví. Me tumbé boca arriba con los ojos cerrados contra la luz y las manos entrelazadas por detrás del cuello. Seguí sin moverme cuando regresaron discutiendo si las serpientes eran comestibles, —Henry había visto una pero no logró matarla—, y si, en todo caso, tenían tanta hambre como para comérsela cruda, ya que no había leña para hacer fuego. Yo tenía los ojos cerrados cuando Henry dijo con voz muy distinta, más aguda:

—¿Qué es eso?

Tenía la convicción de que no sería nada importante. Larguirucho dijo, en voz más baja, algo que yo no capté. Hablaban entre susurros. Seguí con los ojos cerrados al sol, que pronto desaparecería entre las colinas. Volvieron a susurrar. Entonces Larguirucho dijo:

—Will.

—Sí.

—Se te ha roto la camisa por debajo del brazo.

Dije:

—Ya lo sé. Me la desgarró un espino cuando veníamos del río.

—Mírame, Will, —abrí los ojos y lo vi de pie, delante de mí, mirándome. Su rostro tenía una expresión extraña—. ¿Qué tienes debajo del brazo?

Me incorporé y quedé sentado.

—¿Debajo del brazo? ¿De qué estás hablando?

—¿No lo sabes? —puse la mano derecha bajo el brazo izquierdo—. No, el otro.

Esta vez me palpé la axila con la mano izquierda. Toqué algo que no tenía la textura de la carne, sino que era más suave y sólido, algo parecido a un botoncito metálico en cuya superficie aprecié con las yemas de los dedos unas estrías tenues, una especie de mal a. Giré la cabeza tratando de verlo, pero no pude. Parecía estar soldado a la piel sin que se apreciara una discontinuidad clara. Alcé la vista y vi que los otros dos me observaban.

—¿Qué es?

—Es el metal de las Placas, —dijo Larguirucho—. Se adentra en la piel, como las Placas.

—El Trípode... —dije yo—. Cuando me cogió en las afueras del castillo, ¿creéis que...?

No tuve necesidad de acabar la frase. Sus rostros evidenciaban lo que pensaban. Dije, vehementemente:

—¿No pensaréis que lo he estado guiando, que estoy bajo su control?

Henry dijo:

—Empezó a seguirnos pocos días después de que nos dieras alcance. ¿No podemos descartarlo, no? ¿Tienes una explicación mejor?

Le miré fijamente. El misterio de cómo el Trípode lograba encontrarnos una y otra vez, y el misterio del pequeño botón metálico, soldado no se sabe cómo a mi cuerpo... eran cosas que no podían disociarse, iban necesariamente unidas. Y sin embargo yo era dueño de mi mente: no era ningún traidor. Estaba tan seguro de aquello como de que existía. ¿Pero cómo probarlo? No veía ningún modo.

Henry se dirigió a Larguirucho.

—¿Qué vamos a hacer con él?

Larguirucho dijo:

—Tenemos que pensarlo mucho antes de hacer nada.

—No tenemos tiempo para eso. Sabemos que es uno de ellos. Le ha estado enviando mensajes mentalmente. Probablemente habrá enviado uno diciendo que lo han descubierto. Puede que se esté dirigiendo a por nosotros en este mismo momento.

—Will nos habló del Trípode, —dijo Larguirucho—. Que lo había atrapado y después lo había vuelto a soltar, que perdió el conocimiento y no se acordaba de nada. Si su mente estuviera al servicio de los Trípodes, ¿habría dicho esas cosas? ¿No habría actuado con cautela cuando se le desgarró la camisa, en vez de tumbarse para que lo viéramos? Además es muy pequeño, no como las Placas, no está cerca del cerebro.

—¡Pero se sirve de él para seguirnos!

—Sí, creo que sí. La brújula... apunta al norte porque allí debe haber mucho hierro. Si se le acerca otro hierro apuntará hacia él. No es posible ver ni sentir lo que causa ese efecto. El Trípode lo cogió cuando huía del castillo y todo el mundo dormía. No le habían insertado aún la Placa, pero tampoco se la puso entonces. Tal vez sintiera curiosidad por lo que iba a hacer, por saber dónde iría. Y le puso ese objeto para poder seguirle, igual que hace la aguja de una brújula.

Aquello tenía sentido: yo estaba seguro de que era verdad. Podía sentir el botón que tenía bajo el brazo con cualquier leve movimiento que hiciera; no dolía pero sabía que estaba allí. ¿Por qué no lo habría notado entonces? A Henry se le debió ocurrir el mismo pensamiento.

—Pero él tenía que saberlo, —dijo—. Con una cosa así.

—Puede que no. ¿Hay en vuestro país... gente que se dedica a divertir a los demás, con animales, ésos que dan volteretas por el aire saltando de una barra, hombres forzudos y cosas así?

—El circo, —dijo Henry—. Una vez vi uno.

—A mi ciudad vino uno; había un hombre que hacía cosas raras. Dormía a la gente y les obligaba a obedecer sus órdenes, y ellos hacían lo que les ordenaba; incluso hacían cosas que les hacían parecer estúpidos. A veces las órdenes duraban algún tiempo. Un marinero que tenía una lesión de cadera estuvo una semana andando sin cojear. Después le volvieron el dolor y la cojera.

—Ahora noto que lo tengo, —dije.

—Te lo hemos descubierto, —dijo Larguirucho—. Tal vez eso anule la orden.

Henry dijo, impaciente:

—Nada de eso altera los hechos. El Trípode puede seguirle sirviéndose de esa cosa y nos puede coger a la vez que a él.

Comprendí qué quería decir. Dije:

—Sólo se puede hacer una cosa.

—¿Cuál? —preguntó Larguirucho.

—Si nos separamos y yo sigo un camino distinto al vuestro... aun así podrá seguirme, pero vosotros estaréis a salvo.

—¿Un camino distinto para ir a las Montañas Blancas? Pero de todos modos lo guiarás hasta allí. Con toda probabilidad, eso es lo que desea.

Negué con la cabeza:

—No iré allí. Me volveré.

—¿Para que te vuelvan a coger y te pongan la Placa?

Recordé el momento en que me arrebataron de lomos de Arístides, cuando vi empequeñecer la tierra bajo mis pies. Esperaba no estar palideciendo por el miedo que sentía. Dije:

—Primero tendrá que cogerme.

—Te cogerá —dijo Larguirucho—. No tienes posibilidades de escapar.
Dije, procurando no pensar en las consecuencias que entrañaba aquello:
—Al menos puedo desviarlo.

Se hizo un silencio. Tal como había dicho yo, era lo único que se podía hacer y no tenía más remedio que estar de acuerdo. En realidad no hacía falta que dijeran nada. Me puse de pie y les volví la espalda. Larguirucho dijo:

—Espera.

—¿Para qué?

—Dije que debíamos pensar. He estado pensando. Esa cosa que tienes bajo el brazo... es pequeña y, aunque va unida a la piel, no creo que llegue muy adentro.

Se detuvo, Henry dijo:

—¿Y bien?

Larguirucho me miró.

—Está lejos de la vena importante. Pero si cortamos para sacarlo te dolerá.

No había entendido por donde iba y cuando lo supe la esperanza me hizo sentir vértigo.

—¿Crees que podrás?

—Podemos intentarlo.

Empecé a quitarme la camisa.

—¡No perdamos más tiempo!

A Larguirucho no había que meterle prisa. Me hizo tumbarme con el brazo levantado y exploró el botón y la piel que lo rodeaba con los dedos. Yo quería que empezara ya, pero estaba en sus manos y me di cuenta de que era inútil mostrarse impaciente. Por fin dijo:

—Sí, te va a doler. Lo haré lo más deprisa que pueda, pero tendrás que morder algo. Y, Henry, tú tienes que sujetarle el brazo para que no lo repliegue.

Me dio la correa de cuero de su bolsa para que la tuviera entre los dientes; sentí en la lengua su sabor áspero y agrio. El cuchillo lo había cogido en la gran ciudad. Estaba muy afilado, pues lo había protegido con una especie de grasa y desde entonces había empleado algunos ratos en afilarlo. A una indicación de Larguirucho, Henry me cogió del brazo, lo extendió y lo sujetó por detrás de mí. Yo estaba echado sobre la cadera izquierda, con la cara vuelta hacia el suelo. Pasó corriendo una hormiga y desapareció entre las hojas de hierba. Después sentí el peso de Larguirucho, que se sentó encima de mí, palpando de nuevo con la mano izquierda la carne debajo del brazo, perfilando el contorno del botón. Estaba dándole un bocado de prueba al cuero cuando hizo el primer corte; una sacudida me recorrió todo el cuerpo y estuve a punto de librarme de la sujeción de Henry. Sentí un dolor atroz.

Después vino otro corte y luego otro. Intentaba concentrarme en la tira de cuero,

que me parecía estar casi atravesando con los dientes. Sudaba tanto que tenía gotas rodando por un lado de la cara y vi cómo una se estrellaba contra la tierra. Quería gritarle para que se detuviera, para que por lo menos me dejara descansar del dolor un momento, y estuve a punto de escupir la tira para hablar, cuando una nueva punzada me hizo volver a morderla junto con un borde de la lengua. Sentí en la boca el sabor caliente y salobre de la sangre y se me saltaron las lágrimas. Después, desde muy lejos, le oí decir: «Ya puedes soltarle», y la mano y el brazo quedaron libres. Aún sentía un dolor tremendo, aunque suave si lo comparaba con el que había sentido poco antes. Larguirucho se levantó de encima de mí y me dispuse a intentar levantarme. Para hacerlo tuve que mover el brazo y sentí náuseas.

—Lo que pensaba, —dijo Larguirucho—, es sólo superficial. Observa.

Me libré de la mordaza y miré lo que tenía en la mano. Era de color gris plata, aproximadamente de media pulgada de diámetro, más grueso por el centro, estrechándose hacia los bordes. Era compacto pero daba la impresión de tener centenares de cables diminutos inmediatamente debajo de la superficie. Se le habían quedado pegados trozos de la carne que había cortado Larguirucho.

Larguirucho presionó el botón con el dedo.

—Es curioso, —dijo—. Me gustaría estudiar esto. Es una pena que tengamos que abandonarlo.

Su mirada revelaba un interés desapasionado. Henry, que también estaba mirando, tenía la cara verdosa. Cuando me quedé mirando los fragmentos de carne que tenía adheridos volví a sentir náuseas y esta vez tuve que retirarme a vomitar. Cuando me recuperé Larguirucho aún seguía mirando el botón.

Dije sin aliento:

—Tíralo. Y más vale que echemos a andar. Cuanto más nos alejemos, mejor.

Asintió de mala gana y lo dejó caer en la hierba. Me dijo:

—El brazo... ¿te duele mucho?

—No me importaría pasarme un par de horas haciendo lanzamientos rápidos.

—¿Lanzamientos rápidos?

—De cricket. Es un juego que practicamos en nuestro país. Oh, da igual. Vamos a seguir. Me ayudará a no pensar en ello.

—Hay una hierba que cura las heridas. La buscaré por el camino.

Ya había sangrado mucho y aún seguía sangrando por el costado. Me había limpiado con la camisa; ahora hice una pelota con ella, me la puse bajo el brazo y caminé llevándola en dicha posición. Mi esperanzada sugerencia de que al viajar me olvidaría del dolor no dio muy buen resultado. Me seguía doliendo igual o más. Pero me había librado del botón del Trípode y a cada paso que daba lo dejaba más atrás.

Seguíamos ascendiendo sobre terreno abrupto, aunque descubierto. El sol se estaba poniendo a nuestra derecha; por el lado opuesto formábamos con nuestras

sombras alargadas una línea recta casi perfecta. No hablábamos, en mi caso porque estaba demasiado ocupado apretando los dientes. Hacía, si se tenía humor para valorarlo, una tarde apacible y deliciosa. Tranquila y silenciosa. No se oía nada, excepto...

Nos separamos a escuchar. Pareció que se me contraía el corazón y durante un momento el dolor quedó borrado por el poder superior del miedo. Venía de atrás, era difícil pero se hacía más fuerte a cada instante: el ulular espantoso y acompasado que habíamos oído en el camarote del «Orión», el toque de caza de los Trípodes.

Unos segundos después apareció, bordeando la base de la colina y ascendiendo, —inconfundiblemente—, hacia nosotros. Se encontraba a varias millas de distancia pero avanzaba velozmente, a una velocidad muy superior —pensé— a la que empleaba normalmente.

Henry dijo:

—Los arbustos...

No le hizo falta decir más; los tres corríamos. Lo que él había indicado ofrecía uno de los escasos lugares cubiertos que había en la ladera, el único que teníamos al alcance. Era un matorral poco extenso, que nos llegaría aproximadamente por los hombros. Nos arrojamos entre los arbustos, reptamos hacia el centro y allí nos quedamos agachados.

Dije:

—No puede ser que aún me esté siguiendo. ¿No?

—El botón, —dijo Larguirucho—. Debe ser que al extirparlo dio la alarma. De modo que ha venido siguiéndote, y esta vez en son de caza.

—¿Crees que nos ha visto? —preguntó Henry.

—No lo sé. Estaba lejos y hay poca luz.

De hecho se había puesto el sol; el cielo que veíamos desde nuestro escondrijo ya no tenía color oro, sino azul más oscuro. Pero aún había una claridad aterradora; había mucha más luz que la mañana en que abandoné el castillo. Traté de consolarme pensando que entonces lo había tenido mucho más cerca. El aullido se hizo más fuerte, estaba más próximo. Debía de haber alcanzado y rebasado el lugar donde Larguirucho me operó. Lo cual significaba...

Sentí estremecerse la tierra bajo mis pies, reiteradamente, cada vez con más fuerza. Entonces una de las patas del Trípode surcó el azul y vi el hemisferio negro, recortado contra la bóveda celeste; quise que me tragara la tierra. En aquel momento se detuvo el aullido. En medio del silencio oí un sonido distinto, el silbido de algo que traspasaba el aire a una velocidad tremenda; lancé una ojeada temerosa y vi que arrancaban dos o tres arbustos y los lanzaban por el aire.

Larguirucho dijo a mi lado:

—Nos tiene. Sabe que estamos aquí. Empezará a arrancar arbustos hasta dejarnos

a descubierto.

—O hasta que nos mate al arrancarlos, —dijo Henry—. Si te golpea esa cosa...

Dije:

—Si me dejas ver...

—Es inútil. Sabe que somos tres.

—Podríamos salir corriendo en distintas direcciones, —dijo Henry—. Uno de nosotros podría escapar.

Vi más arbustos volando por el aire como si fueran confeti. Pensé que uno no se acostumbra al miedo; te atenaza con la misma firmeza. Larguirucho dijo:

—Podemos luchar contra él.

Lo dijo con la calma propia de un loco y me entraron ganas de soltar un bufido. Henry dijo:

—¿Con qué? ¿Con los puños?

—Con los huevos de metal, —ya tenía la bolsa abierta y estaba buscando. El tentáculo del Trípode volvió a descender silbando. Arrancaba los arbustos sistemáticamente. Después de unas cuantas pasadas (media docena como máximo) llegaría adonde estábamos—. Puede que esto fuera lo que utilizaban nuestros antepasados para luchar contra los Trípodes. Puede que por eso estuvieran en el Shemand-Fer subterráneo, que salieran de allí para luchar contra ellos.

Dije:

—¡Y perdieron! ¿Cómo crees que...?

Había sacado los huevos. Dijo:

—¿Qué otra cosa hay?

Henry dijo:

—Yo tiré los míos. Me ocasionaba muchas molestias llevarlos.

El tentáculo cayó entre los arbustos y esta vez nos salpicó de tierra al arrancarlos. Larguirucho dijo:

—Hay cuatro, —le pasó uno a Henry y otro a mí—. Yo me quedo con los otros. Cuando tiremos de la anilla contamos tres y los arrojamos. Contra la pata que tengamos más cerca. El hemisferio es demasiado alto.

Esta vez vi el tentáculo a través de los arbustos, cuando arrancó más. Larguirucho dijo:

—¡Ahora!

Tiré de las anillas de los huevos y Henry hizo otro tanto. Yo tenía el mío en la mano izquierda y necesitaba pasarlo a la derecha. Al hacerlo el dolor me desgarró la axila de nuevo y se me cayó. Estaba buscándolo en el suelo cuando Larguirucho dijo nuevamente: «¡Ahora!». Se pusieron de pie y yo cogí el último huevo, haciendo caso omiso del dolor que sentía en aquel momento, y me puse de pie con ellos. Tiré de la anilla en el momento que ellos efectuaban el lanzamiento.

El pie más cercano del Trípode estaba apoyado en la ladera, unas treinta yardas más arriba de donde estábamos. El primer lanzamiento de Larguirucho salió muy desviado, —no quedó ni a diez yardas del blanco—. Pero su segundo lanzamiento y el de Henry llegaron cerca del objetivo. Uno de ellos alcanzó el metal y pudimos oír el estrépito. Estallaron casi al tiempo. Se oyeron tres explosiones casi simultáneas y salieron volando por el aire tierra y polvo.

Pero aquello no oscureció un hecho bien patente: los huevos no habían dañado al Trípode. Seguía en pie, tan firme como antes, y el tentáculo descendió chasqueando, esta vez directamente hacia nosotros. Echamos a correr; en mi caso más bien me dispuse a hacerlo. Porque antes de poder moverme me había rodeado la cintura.

Le di un tirón con la mano izquierda, pero era igual que intentar doblar una roca. Me tenía sujeto con una precisión asombrosa, con firmeza pero sin estrujarme y me levantó como yo hubiera podido hacerlo con un ratón. Sólo que un ratón podía morder y yo no podía hacerle nada a aquella superficie dura y brillante que me tenía sujeto. Cada vez estaba más alto. La tierra empequeñecida a mis pies y con ella las figuras de Larguirucho y Henry. Los vi salir disparados como si fueran hormigas. Yo me encontraba a la altura de un campanario, más alto. Alcé la vista y vi el agujero lateral del hemisferio. Y me acordé que aún tenía en la mano derecha el huevo de hierro.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que tiré de la anilla? Con el miedo y la confusión me había olvidado de tirar. Varios segundos. No podía faltar mucho para que estallara. El tentáculo me conducía ahora hacia el interior. El agujero se encontraba a cuarenta pies de distancia, a treinta y cinco, a treinta. Me eché hacia atrás apretándome contra la banda que me rodeaba. Volví a sentir una sacudida de dolor en el brazo, pero no hice caso. Lancé el huevo con todas mis fuerzas y con toda la precisión de que era capaz. Al principio creí haber fallado, pero el huevo golpeó el borde de la abertura y entró de rebote. El tentáculo siguió tirando de mí hacia adentro. Veinte pies, quince, diez...

Aunque me encontraba más cerca de la explosión no fue tan fuerte como las otras, probablemente porque tuvo lugar dentro del hemisferio. Se oyó solamente un estallido sordo, bastante hueco. Volví a desesperarme: había perdido la última oportunidad. Pero en aquel instante sentí que el metal aflojaba la sujeción y caía.

Era una altura tres veces mayor que la de un pino grande; me machacaría los huesos al estrellarme contra el suelo. Me aferré desesperadamente al objeto contra el que luchaba unos segundos antes. Mis manos asieron el metal, pero yo seguía cayendo y cayendo. Miré al suelo y cerré los ojos al ver que me acercaba a él vertiginosamente. Y entonces sentí un tirón que casi me hace soltarme, y la caída se detuvo. Mis pies se agitaban a unas cuantas pulgadas de la superficie. No tuve más que soltarme y caer de pie.

Los otros se acercaron a mí. Levantamos temerosamente la vista y nos quedamos mirando al Trípode. Allí se alzaba, aparentemente intacto. Pero nosotros sabíamos que estaba acabado, destruido, sin vida.

CAPÍTULO 10

LAS MONTAÑAS BLANCAS

Larguirucho dijo:

—No sé si pudo avisar a otros antes de morir, pero creo que más vale que no nos quedemos aquí.

Henry y yo estábamos completamente de acuerdo con él. Por mi parte, aun sabiendo que estaba muerto, seguía, irracionalmente, teniéndole miedo. Me imaginé que se venía abajo y nos aplastaba bajo su peso formidable. Tenía unas ganas desesperadas de alejarme de aquel lugar.

—Si vienen otros, —dijo Larguirucho—, registrarán los alrededores. Cuanto más lejos estemos antes de que suceda eso, tanto mejor para nosotros.

Nos pusimos a correr pendiente arriba. Corrimos hasta quedarnos sin aliento; el corazón nos palpitaba de un modo delirante, los músculos de las piernas nos torturaban a causa de la fatiga; aun así proseguimos con paso vacilante. Me dolía mucho el brazo, pero después de algún tiempo lo noté menos que el resto de los dolores y molestias. Una vez me caí y me pareció un placer exquisito estar tumbado, jadeante pero sin moverme, la cara contra la hierba y la tierra polvorienta. Los otros me ayudaron a levantarme y me sentí tan irritado como agradecido.

Nos llevó una media hora alcanzar la cima. Larguirucho se detuvo entonces y nosotros con él. De todos modos, no creo que hubiera podido avanzar más de unas cuantas yardas sin volver a caerme. Y esta vez ninguna ayuda habría logrado levantarme. Engullía el aire, lo cual me dolía, pero me era necesario. Poco a poco remitió la rigidez que tenía en el pecho y pude respirar sin hacerme daño.

Contemplé la larga pendiente que habíamos subido. Caía la oscuridad, pero aún pude ver al Trípode allí. ¿Sería posible que lo hubiera matado de verdad? Me di cuenta de la enormidad de lo que había hecho, no tan orgulloso como asombrado. Los invencibles e indiscutibles dueños de la tierra... y con mi mano derecha había acabado con él. Me pareció comprender cómo se debió sentir David al ver a Goliat caer sobre el polvo del valle de Elah.

Larguirucho dijo:

—Mirad.

Su voz no solía tener muchos matices, pero esta vez sonaba alarmada. Dije yo:

—¿Dónde?

—Hacia el oeste.

Señaló. Muy lejos se movía algo. Una forma conocida surgió por encima de la línea del horizonte, seguida por una segunda y una tercera. Todavía estaban muy lejos, pero los Trípodes se acercaban.

De nuevo echamos a correr, bajando por la ladera opuesta. Los perdimos de vista enseguida, pero aquello nos brindaba un consuelo escaso, sabiendo que estaban en el valle contiguo y conscientes de cuán insignificante era nuestra velocidad máxima comparada con la de ellos. Yo esperaba que se detuvieran un tiempo junto al Trípode muerto, pero dudaba que lo hicieran. Era más probable que su preocupación inmediata consistiera en vengarse del asesino. Pisé terreno desnivelado, me tambaleé y estuve a punto de caer. Por lo menos había una oscuridad cada vez más intensa. A menos que tuvieran visión de gato nuestras perspectivas mejoraban un poco.

Y necesitábamos toda la ayuda que pudiéramos recabar. No parecía que en este valle hubiera más lugares a cubierto que en el anterior. Menos, porque no podía ver ni un arbusto aislado, no digamos ya una zona de matorral. Todo era hierba desigual entre la que sobresalían piedras. Descansamos apoyándonos en una cuando por fin el agotamiento nos obligó a detenernos de nuevo. Habían salido las estrellas pero no había luna: tardaría una hora en salir. Aquello nos alegró mucho.

No había luna, pero por encima del borde montañoso se veía una luz en el cielo, una luz que se movía y cambiaba de forma. ¿Varias luces? Le dije a Larguirucho que se fijara en ello. Dijo:

—Sí. Ya lo he visto.

—¿Los Trípodes?

—¿Qué, si no?

La luz se convirtió en unos rayos que surcaban el cielo como tentáculos. Se acortaron y uno de ellos se combó formando un arco penetrante que recorría el cielo apuntando hacia abajo, en lugar de hacia arriba. No podía ver qué había detrás del rayo, pero era bastante fácil de imaginar. El Trípode había rebasado la cima. Los rayos de luz procedían de los hemisferios y les permitían iluminar el camino.

Estaban espaciados unos de otros, a unas cien yardas de distancia, y los rayos de luz barrían el suelo que tenían por delante de sí. Viajaban más lentamente de lo que había visto hacer a los Trípodes, pero aun así iban más rápido que nosotros cuando corríamos. Y por lo que sabíamos, no se cansaban. No hacían ruido, a excepción del golpe sordo de sus pisadas que, no sé por qué, resultaba más terrorífico que el aullido del otro Trípode.

Corríamos, descansábamos, y volvíamos a correr. En lugar de aguantar el esfuerzo extra de descender por la pendiente del fondo, seguimos el valle en dirección oeste. Tropezábamos en la oscuridad y caíamos sobre el suelo abrupto, haciéndonos magulladuras. Por detrás nos seguía la luz, zigzagueando implacablemente en todas direcciones. Al hacer un alto vimos que los Trípodes se habían dividido: uno subía por el lado opuesto del valle y otro avanzaba hacia el este. Pero el tercero venía en nuestra dirección, ganando terreno.

Oímos un arroyo y, a una sugerencia de Larguirucho, nos dirigimos hacia él.

Puesto que al parecer los tres buscaban en direcciones distintas, no era probable que se guiaran por el olfato, como los perros, aunque cabía tal posibilidad, así como la de que siguieran las huellas que dejábamos en la hierba y en terreno blando. Nos metimos en el arroyo y avanzamos chapoteando. Sólo tenía unos cuantos pies de ancho y, afortunadamente, muy poca profundidad, y un cauce en su mayor parte liso. A las maravillosas botas de cuero que me hizo el zapatero del castillo no les sentaría demasiado bien el remojo, pero tenía cosas más urgentes en que pensar.

Volvimos a detenernos. La corriente nos daba en las piernas justo por encima del tobillo. Dije:

—No podemos seguir así. Nos alcanzarán antes de un cuarto de hora.

—¿Qué otra cosa podemos hacer?

—Ahora sólo hay un Trípode. Su luz viene a cubrir todo el suelo del valle y puede que parte de las paredes. Si nos desviamos y subimos la pendiente tal vez nos pierda y pase de largo.

—O tal vez encuentre las huellas que dejamos al salir del arroyo y nos siga.

—Deberíamos correr el riesgo. Por aquí no tenemos ninguna posibilidad, —no dijo nada—. ¿Tú qué crees, Larguirucho?

—¿Yo? —dijo—. Creo que ya es demasiado tarde. Mirad al frente.

Recorría el valle una luz que se hizo más intensa y, cuando la estaba observando, se transformó en un rayo. Lo miramos en silencio, desesperados. Entonces apareció otra luz sobre la cima de la pendiente que yo había sugerido subir, describió un giro en el aire y después se arqueó apuntando hacia abajo. Y había otras luces, menos nítidas, por encima de la pendiente opuesta. Ya no se trataba de un Trípode que nos iba ganando terreno implacablemente. Nos rodeaba todo un destacamento.

—¿Conviene que nos dispersemos? —apuntó Henry—. Supongo que separados tendremos alguna posibilidad más que juntos.

Dije:

—No. Las mismas posibilidades. Es decir, absolutamente ninguna.

—Creo que yo me voy a ir, —dijo Henry—. Tal vez como están las cosas, en cuanto enfoquen a uno nos cogen a todos.

Larguirucho dijo:

—Espera:

—¿Para qué? Dentro de unos minutos será demasiado tarde.

—Aquella roca, allí.

La visibilidad había mejorado debido a la luz difusa que originaban los rayos de los Trípodes. Podíamos vernos unos a otros, como si hubiera una tenue luz lunar, y también un poco en derredor nuestro. Larguirucho se alejó chapoteando por el arroyo, y nosotros detrás de él. El arroyo discurría justamente al lado de la roca, la cual pude ver que había desviado su curso un tanto. La roca tendría unos treinta pies de largo.

La parte superior era lisa y suave y estaba levemente inclinada hacia atrás; no brindaba la más mínima protección. Pero por la parte inferior...

El arroyo había tenido más fuerza y turbulencia en el pasado y su energía había excavado un hueco en la base de la piedra. Nos agachamos y la exploramos con las manos. La parte más alta no superaba los dos pies y tenía una profundidad equivalente; pero parecía recorrer toda la longitud de la roca. Aparecieron otros dos rayos de luz por la escarpadura norte del valle y uno de ellos se movía lejos pero en línea con nosotros, lanzando destellos que pasaban peligrosamente cerca del lugar que ocupábamos. No podíamos retrasarnos. Nos acurrucamos en la grieta, en fila, los pies de uno tocando la cabeza del siguiente; primero Larguirucho, luego Henry y el último yo. Tenía el brazo derecho contra la roca, pero el izquierdo me quedaba fuera. Intenté meterme más, aunque me lastimara el brazo al hacerlo. Si levantaba la cabeza un ápice tocaba con la frente el techo de piedra. El ruido de mi respiración parecía reverberar en el recoveco.

Larguirucho susurró:

—Nada de hablar. Tenemos que estar en silencio. Una hora quizá.

Vi que el exterior se iluminaba cuando se acercaron los Trípodes y oí el ruido sordo de sus pisadas, cada vez más fuerte. Finalmente vi que, más hacia adelante, se reflejaba la luz en la superficie del arroyo. Después, justo delante de mi cara, la noche se transformó en día y pude ver piedras pequeñas, hojas de hierba, un escarabajo inmovilizado, todo con una claridad tremenda. Y el suelo tembló cuando el pie de un Trípode cayó sobre el suelo a sólo unas yardas de donde estábamos. Me apreté fuertemente contra la roca. Iba a ser una hora muy larga.

Y tanto que fue larga. Durante toda la noche los rayos de luz recorrieron las colinas, avanzando y retrocediendo, pasando una y otra vez por el mismo sitio.

Por fin amaneció, pero no cesó el acoso. Había un tráfigo ininterrumpido de Trípodes: teniendo en cuenta que reiteradamente pasaban los mismos por encima de nosotros, debían de contarse por docenas.

Pero no nos habían visto y, a medida que las horas pasaban lentamente, cada vez estábamos más confiados en que no nos verían. Incluso a la luz del día nuestra hendidura debía de resultar invisible desde la altura de los hemisferios. Pero por la misma razón no nos atrevíamos a abandonar aquel refugio. Estábamos echados, cada vez más incómodos, aburridos y hambrientos, todo lo cual, en mi caso, se aderezaba con el dolor que sentía. El brazo me empezó a doler muchísimo; a veces me entraban ganas de morderme el labio hasta hacerme sangre y notaba cómo se me saltaban las lágrimas y me caían rodando por las mejillas.

Hacia mediodía se había empezado a relajar la intensidad de la búsqueda. Había períodos de hasta cinco y diez minutos durante los cuales nos atrevíamos a salir a

estirar las piernas, pero siempre concluían cuando avistábamos otro Trípode; de vez en cuando un tropel cruzaba ruidosamente el valle. No podíamos alejarnos de la grieta; no había ningún otro refugio al alcance.

El día fue avanzando hacia el crepúsculo y, tras éste, vino la noche y con ella, nuevamente, los rayos de luz. No eran tantos como antes, pero jamás había un momento en el que no se vieran, ya en el valle, o bien iluminando las alturas del cielo. De vez en cuando daba una cabezada, pero nunca duraba mucho. El saber que tenía roca justamente encima de la cara me lo impedía. Tenía frío, estaba dolorido y el brazo me ardía y palpitaba. Una vez me desperté gimiendo de dolor. ¿Verdad que seguramente se irían al despuntar el día? Miré al cielo, buscando ávidamente los primeros indicios de luz natural. Al fin llegó un amanecer gris y nublado y salimos, temblorosos, mirando en torno a nosotros. Hacía media hora o más que no se veían rayos de luz, y ahora tampoco había ninguno. Pero cinco minutos después corrimos a escondernos de nuevo, pues se acercaba otro Trípode dando bandazos por el valle.

Así se pasó toda la mañana y buena parte de la tarde. Yo me sentía fatal, aturdido de hambre y de dolor, como para ocuparme de nada que no fuera ir soportando cada momento que pasaba, y no creo que a los otros les fuera mucho mejor. Cuando, al atardecer, tras un período prolongado en el que no hubo Trípodes, pareció que acaso la búsqueda hubiera terminado, nos costó trabajo aceptarlo. Salimos de la hendidura, pero nos pasamos por lo menos dos horas acurrucados junto al arroyo, aguardando indicios de su regreso.

Caía la oscuridad cuando nos decidimos a continuar, lo cual indicaba bien en qué estado de abatimiento y confusión nos hallábamos. Estábamos debilitados por el hambre y completamente agotados. Unas millas después nos derrumbamos y pasamos toda la noche a descubierto, sin posibilidades de ocultarnos caso de que volvieran los Trípodes. Pero no volvieron y el amanecer nos descubrió un valle vacío, flanqueado por cerros silenciosos.

Los días que vinieron a continuación fueron duros. Sobre todo para mí, ya que se me infectó el brazo. Al final, Larguirucho tuvo que volver a cortar y mucho me temo que esta vez fui menos estoico y grité de dolor. Después Larguirucho aplicó a la herida hierbas curativas que había encontrado y las sujetó con una venda hecha con los faldones de mi camisa, y Henry dijo que sabía que debía haberme dolido de modo atroz: él habría gritado mucho más. Su gentileza me alegró más de lo que yo hubiera creído.

Encontramos unas pocas raíces y bayas pero pasamos hambre todo el tiempo, y con aquellas ropas tan finas, temblábamos de frío, sobre todo de noche. Había cambiado el tiempo. Estaba muy nublado y soplaba un viento frío del sur. Llegamos a terreno elevado, desde el cual debiera haber sido posible ver las Montañas Blancas,

pero no había ni rastro de ellas, sólo el horizonte vacío y gris. Hubo momentos en los que me daba la sensación de que habíamos visto un espejismo, más que algo real.

Después bajamos a una llanura y había una extensión de agua tan inmensa que no se veía dónde acababa: el Gran Lago que indicaba el mapa. Era una tierra rica y fértil. Pudimos encontrar más y mejor comida y, satisfecha el hambre, se nos empezó a levantar el ánimo. Comprobé que las hierbas de Larguirucho habían dado resultado; ahora el brazo se me estaba curando limpiamente.

Una mañana, después de pasar una buena noche durmiendo en el heno de un granero, nos encontramos al despertar con que el cielo estaba nuevamente azul y todas las cosas diáfanas y luminosas. Se veían las colinas que bordeaban la llanura al sur y, tras ellas, espléndidas y tan cercanas que daba la sensación de que podían tocarse, con estirar la mano, las cumbres nevadas de las Montañas Blancas.

Naturalmente no estaban en absoluto tan cerca como parecía. Aún quedaban millas de llanura por recorrer, y después las estribaciones montañosas. Pero al menos las podíamos ver y nos pusimos en marcha con el corazón alegre. Llevábamos una hora de viaje, Henry y yo estábamos haciendo chistes sobre la gigantesca cacerola de vapor de Larguirucho, cuando éste nos cortó. Pensé que le habían molestado los chistes pero entonces sentí, como antes lo hiciera él, que la tierra temblaba bajo nuestros pies.

Venían del nordeste, desde atrás, por la izquierda; dos Trípodes que se movían velozmente, directamente hacia nosotros. Miré desesperadamente en torno pero ya sabía qué iba a ver. El terreno era llano y verde, no había árboles, rocas, setos ni zanjas, y la granja más cercana se encontraba a media milla.

Henry dijo:

—¿Corremos hacia allí?

—¿Correr hacia dónde? —preguntó Larguirucho—. Es inútil.

Su voz era categórica. Si él reconocía que no había nada que hacer, pensé yo, es que verdaderamente no había nada que hacer. Dentro de unos minutos los tendríamos encima. Aparté la vista de ellos y miré hacia las refulgentes almenas blancas. Haber llegado tan lejos después de soportar tanto y perder cuando teníamos el objetivo a la vista... era injusto.

La tierra tembló aún más violentamente. Estaban a cien pies de distancia, a cincuenta... Vi que marchaban uno junto al otro y que hacían cosas raras con los tentáculos, lanzándoselos el uno hacia el otro y replegándolos describiendo trayectorias complejas por el aire. Algo que se movía entre y por encima de ellos, algo dorado que destellaba con intensidad cuando lo lanzaban de un lado a otro, ahora contra el azul del cielo.

Ya estaban a nuestra altura. Aguardé a que descendiera un tentáculo y me asiera;

más que miedo sentía una rabia fútil. Unas yardas más allá de donde estábamos golpeó el suelo un pie enorme. Después ya nos habían rebasado y se alejaban; sentí que me flaqueaban las piernas. Larguirucho dijo, asombrado:

—No nos han visto. ¿Porque estaban muy ocupados uno con otro? ¿Un ritual de apareamiento, quizá? Pero son máquinas. ¿Entonces qué? Es un enigma cuya respuesta me gustaría conocer.

Pensé que se sentía tan agradecido al enigma como a su respuesta. Lo único que sentía yo era la debilidad del alivio.

Un viaje largo, difícil y peligroso, me dijo Ozymandias. Así resultó ser. Y al final aguardaba una vida difícil. También en eso tuvo razón. No tenemos nada que sea lujoso, y aunque pudiéramos no lo querríamos: nuestras mentes y cuerpos han de mantenerse tensos y en forma para las tareas que nos aguardan.

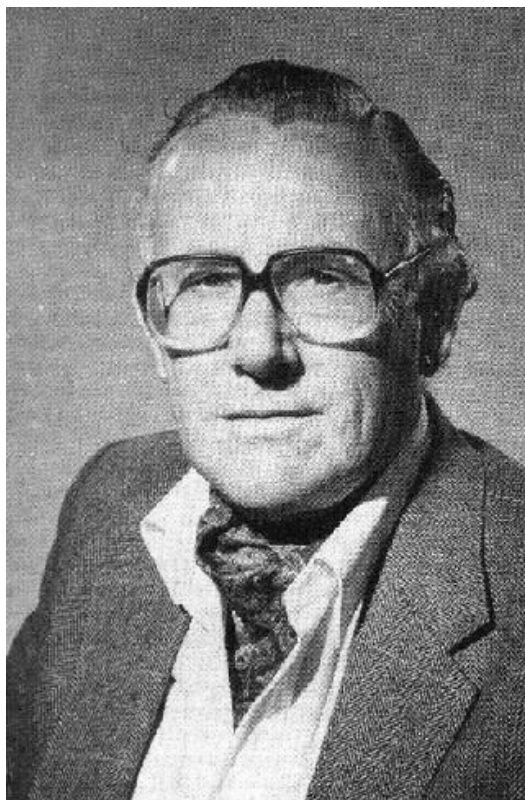
Pero hay maravillas, la mayor de las cuales es nuestra nueva vivienda. No sólo vivimos entre las Montañas Blancas; vivimos en el interior de una. Pues los antiguos también construyeron aquí un Shemand-Fer, de seis millas de largo y que se elevaba hasta una altura de una milla por medio de un túnel excavado en roca viva. No sabemos por qué lo hicieron ni qué grandioso proyecto tenían; pero ahora, con nuevos túneles que llegan aún más dentro del corazón de la montaña, nos proporciona una plaza fuerte. Incluso cuando llegamos, en verano, había hielo y nieve alrededor de la entrada del túnel principal; da a un lugar desde el que se domina un río de hielo que desciende lentamente entre cumbres congeladas, hasta perderse en la lejanía. Pero dentro de la montaña hace una temperatura que no pasa de ser fresca, ya que estamos protegidos por gruesas capas de roca.

Hay puntos de observación en la ladera desde los que se puede mirar. A veces voy a alguno y contemplo el valle verde y lejano allá abajo. Hay pueblos, campos diminutos, carreteras, el ganado, que son unas manchitas del tamaño de la cabeza de un alfiler. Allí la vida tiene aspecto de ser cálida y cómoda, comparada con la aspereza de la roca y el hielo que nos rodean. Pero no le envidio su comodidad a la gente del valle.

Porque no es del todo cierto decir que no tenemos lujos. Tenemos dos: la libertad y la esperanza. Vivimos entre hombres que son dueños de sus mentes, que no aceptan el dominio de los Trípodes y que, después de haber soportado pacientemente mucho tiempo, ahora incluso se preparan para hacer la guerra al enemigo.

Nuestros jefes se mantienen circunspectos; nosotros sólo somos unos recién llegados, unos muchachos. No podíamos esperar saber en qué consistían sus proyectos ni cuál podía ser nuestro papel dentro de ellos. Pero desempeñaremos un papel, eso seguro. Y hay otra cosa segura; acabaremos destruyendo a los Trípodes y los hombres libres disfrutarán la bondad de la tierra.

FIN



JOHN CHRISTOPHER, seudónimo del escritor británico Samuel Youd. Nació en Huyton, Lancashire, el 16 de abril de 1922. Dejó los estudios y empezó a trabajar a los 16 años. Más tarde fue periodista y redactor-jefe de una revista científica. Desde 1950 se dedicó a escribir novelas, muchas con seudónimo. Su irrupción en la literatura juvenil tuvo lugar con «La trilogía de los trípodes». Falleció en Bath el 3 de febrero de 2012, a causa de las complicaciones provocadas por un cáncer de vejiga.

NOTAS

[1] La denominación francesa de ferrocarril es *chemin-de-fer*, que se pronuncia de manera muy parecida <<